

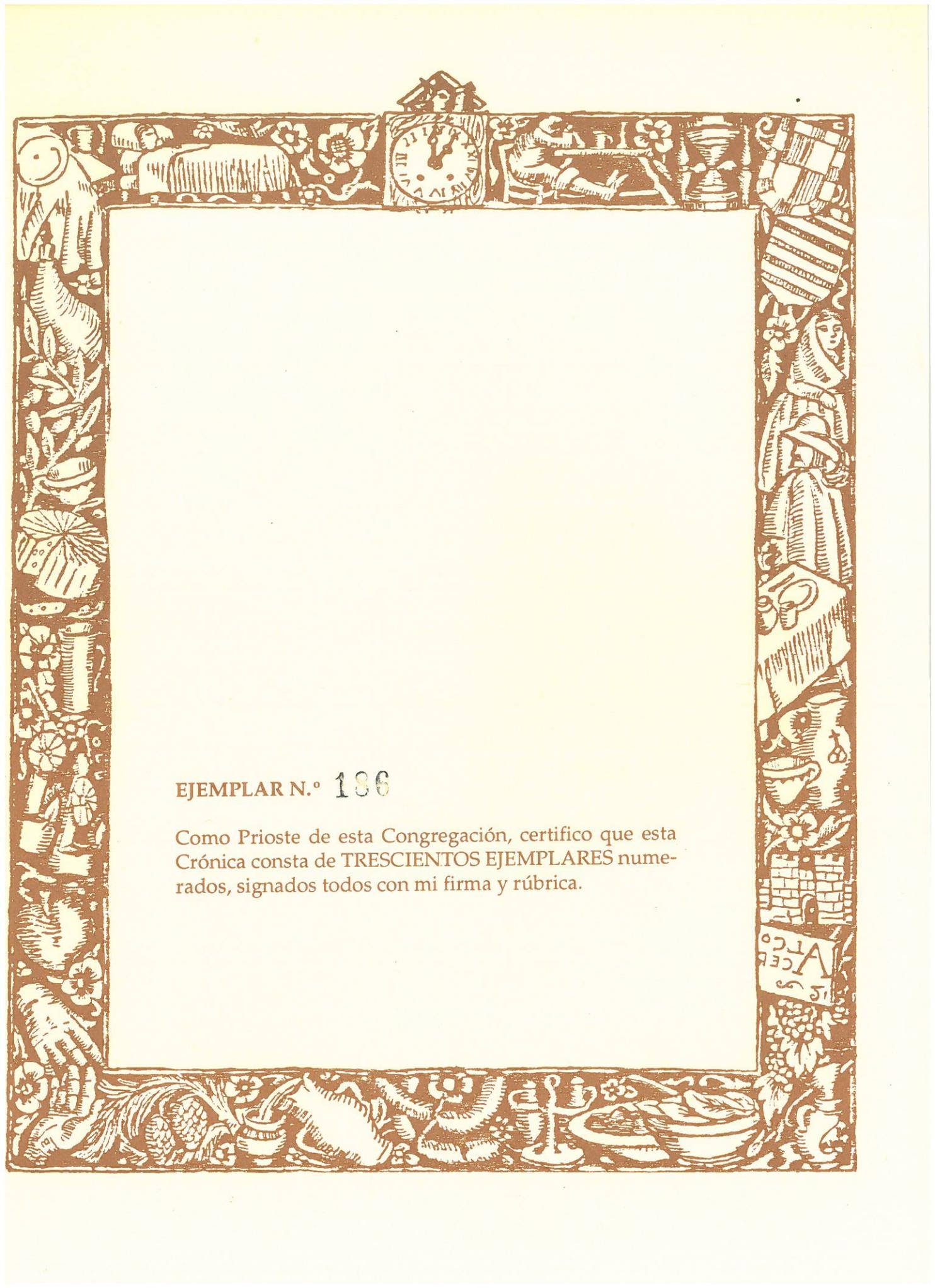
**CRONICA DE LA
CENA JOCOSA
DE 1993**



ESTA CAMARA
OFICIAL DE
COMERCIO E INDUSTRIA
DE JAEN FUE CREADA
POR REAL DECRETO
DE 9 ABRIL 1886

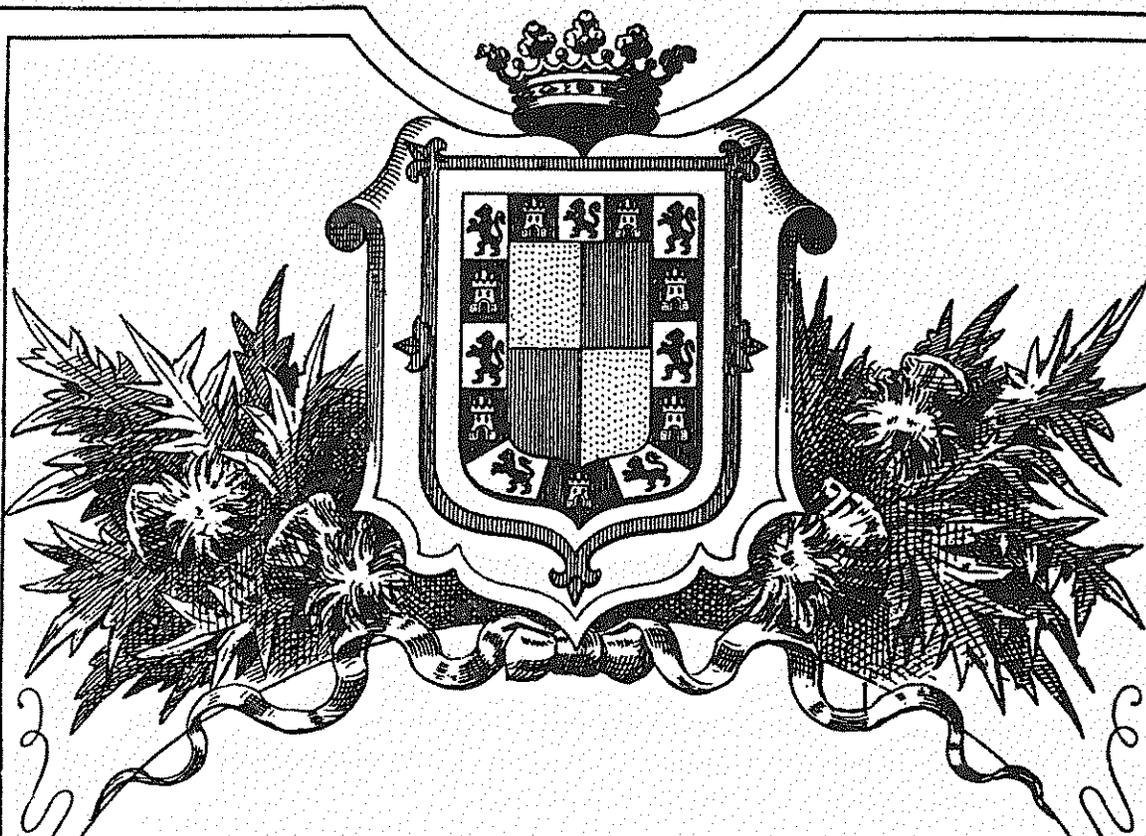


**AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN**

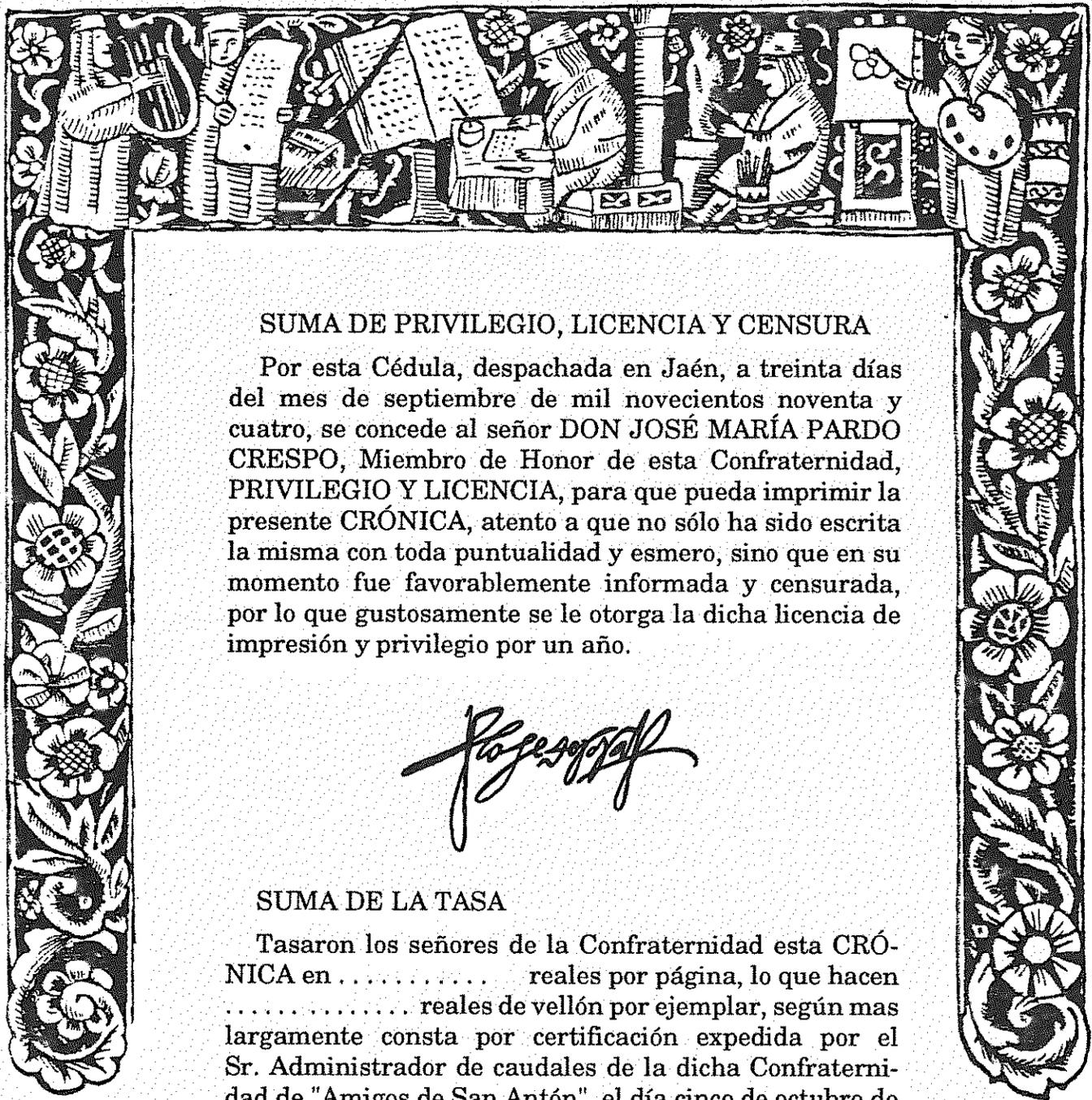


EJEMPLAR N.º 186

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.



CRÓNICA DE UNA MUY FAMOSA CENA QUE
LOS "AMIGOS DE SAN ANTÓN" CELEBRARON
EN LA NOCHE DEL DÍA 27 DE NOVIEMBRE
DE 1993, EN LAS ESTANCIAS PRINCIPALES
DE LA CASA NÚMERO 27, DE LA CALLE
HURTADO DE JAÉN, SEDE DE LA
CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO
E INDUSTRIA, POR GENTIL
ACOGIMIENTO
DE SU JUNTA DE GOBIERNO
PRESIDIDA POR
DON FRANCISCO ESPINOSA
GARCÍA-OLAYA.

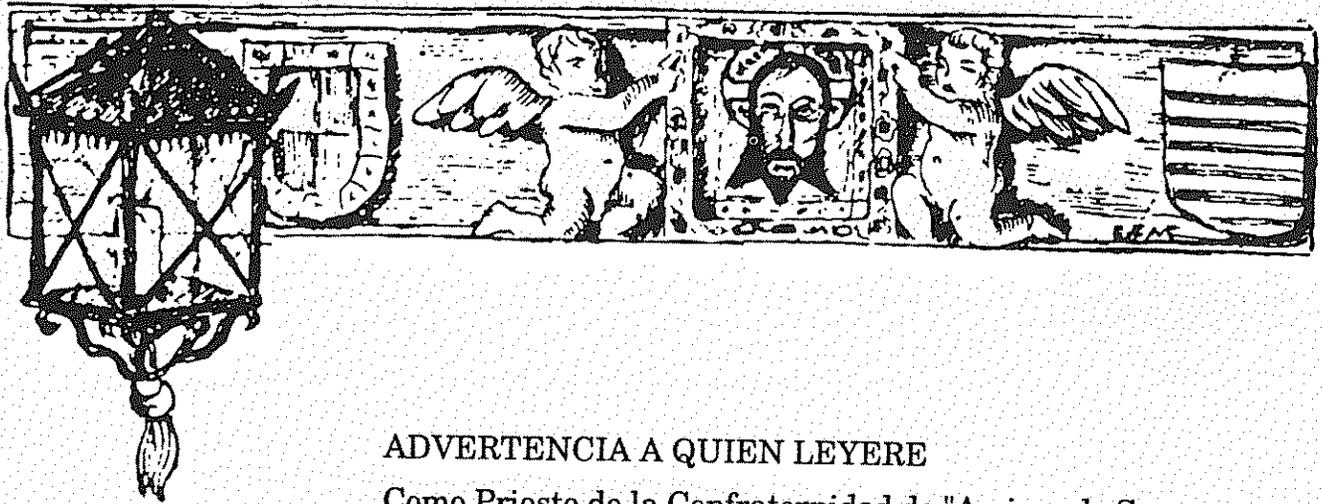


SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a treinta días del mes de septiembre de mil novecientos noventa y cuatro, se concede al señor DON JOSÉ MARÍA PARDO CRESPO, Miembro de Honor de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en reales por página, lo que hacen reales de vellón por ejemplar, según mas largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de caudales de la dicha Confraternidad de "Amigos de San Antón", el día cinco de octubre de este año de gracia de 1994.

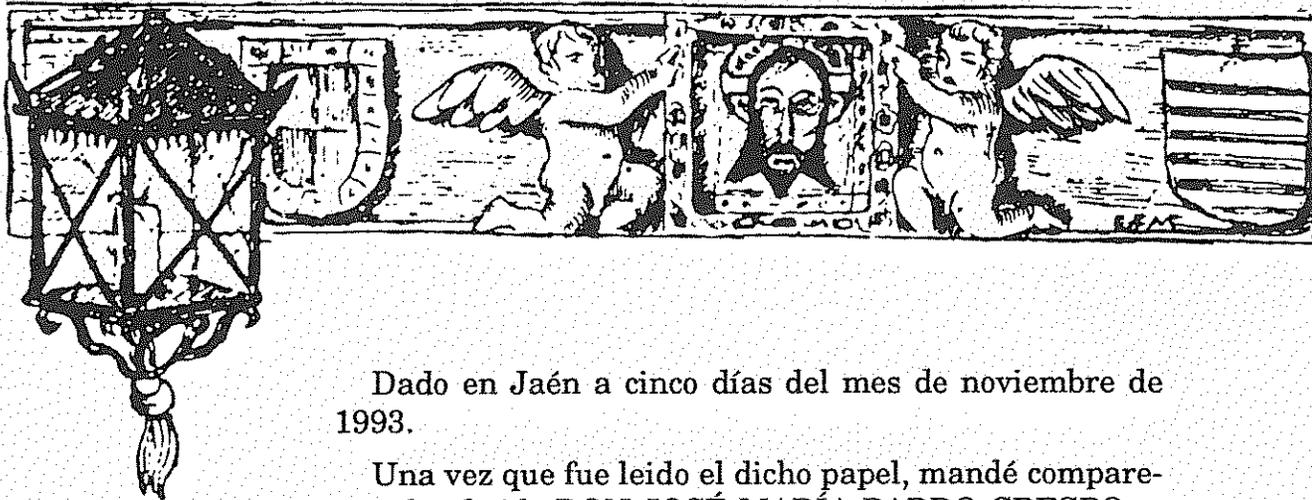


ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de "Amigos de San Antón" debo manifestar, que en la noche del día veintisiete de noviembre de mil novecientos noventa y tres, pasado que había sido el toque de ánimas y, estando reunida la dicha Confraternidad, así de miembros de Número como de Honor, en las estancias principales de la casa número veintisiete de la calle Hurtado de esta ciudad de Jaén, sede de la Cámara Oficial de Comercio e Industria, leí cierto papel cuyo tenor es el siguiente:

"Notorio y manifiesto sea a todos los aquí presentes, como la Asociación "Amigos de San Antón", estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día veinte de septiembre de 1993, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros acuerdos adoptó el siguiente:

"Dadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, miembro de Honor de esta Asociación, DON JOSÉ MARÍA PARDO CRESPO, se conviene por unanimidad que le sea comunicado el deseo de que sea el Cronista o Relator, de las incidencias y pormenores del desarrollo de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1993, que ha de tener lugar en la noche del día 27 de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica, un fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, para su constancia a la posteridad".



Dado en Jaén a cinco días del mes de noviembre de 1993.

Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer al referido DON JOSÉ MARÍA PARDO CRESPO, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

– Muy honorable señor DON JOSÉ MARÍA PARDO CRESPO, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viereis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1993?

A lo cual atentamente respondió el dicho DON JOSÉ MARÍA PARDO CRESPO:

– Si, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestele:

– Complacidos agradecemos esta aceptación, y os encarecemos y exhortamos a que sin dilación ni demora alguna comencéis con el encargo, entregandoos para ello el correspondiente recado de escribir.

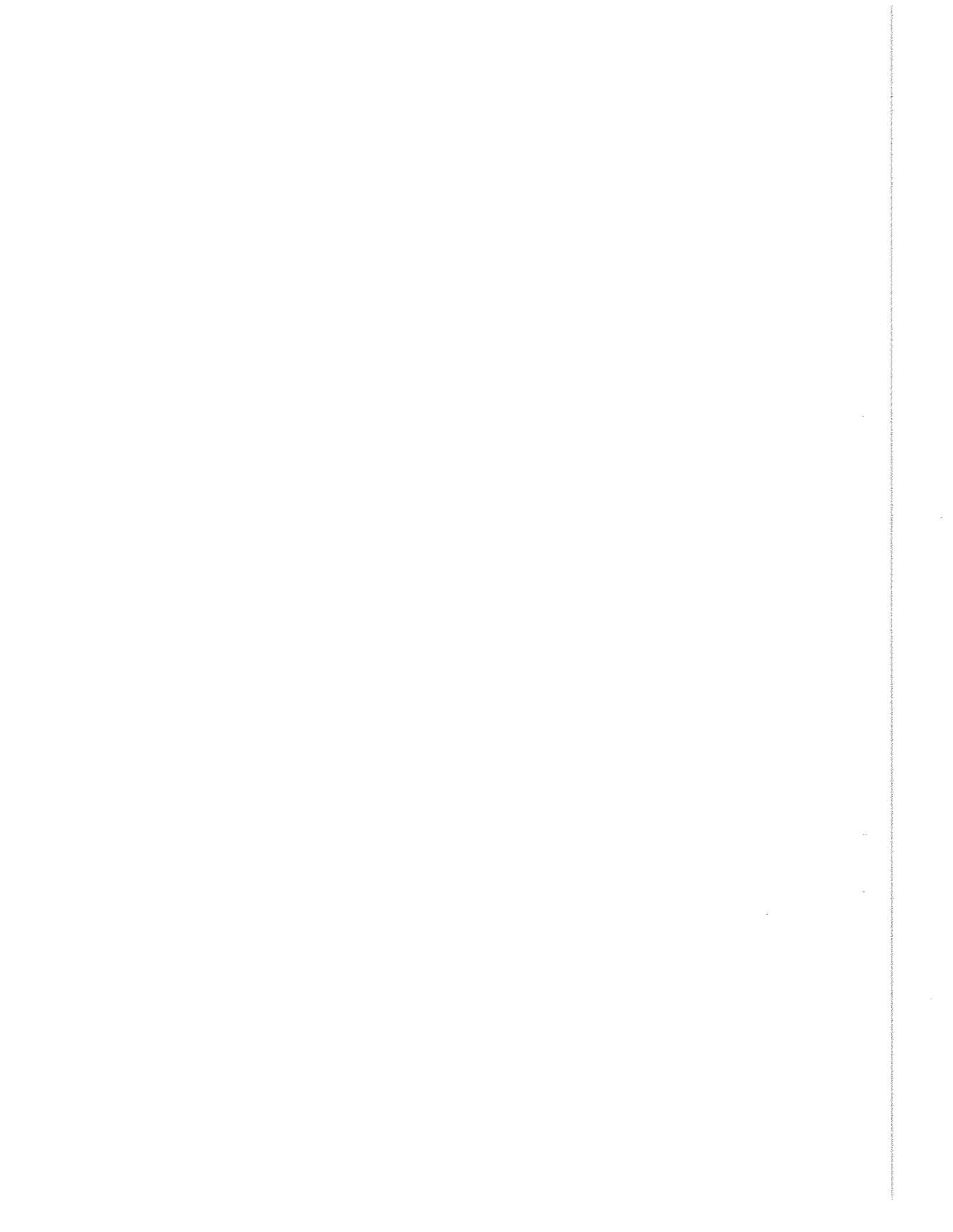
Aceptó el tal DON JOSÉ MARÍA el recado del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

Julio Puga Romero.- Juan Cuevas Mata.- Luis Coronas Tejada.- Angel Viedma Guzmán.-
Juan Miguel Jiménez Díaz.- Ramón Ruiz Ruiz.- Ignacio Ahumada Lara.- Manuel
Caballero Venzalá.- José Martínez Castillo.- José Chamorro Lozano.- Vicente Oya
Rodríguez.- Manuel López Pérez.- Juan Eslava Galán.- José María Pardo Crespo.-
Francisco Cerezo Moreno.- Francisco Olivares Barragán.- Antonio Martos García.-
Francisco Espinosa García Olaya.- Juan Higuera Maldonado.- Diego Jerez Justicia.-
Pedro Jiménez Cavallé.- Felipe Molina Verdejo.- José Casañas Llagostera.- Antonio
Martínez Lombardo.- Fernando Lorite García.- Luis Armenteros Basterrechea.- Miguel
Calvo Morillo.- Pedro Casañas Llagostera.- Juan Castellano de Dios y Antonio Casañas
Llagostera.



CRÓNICA DE LA CENA JOCOSA O DE SANTA CATALINA DEL AÑO 1993.

Rebuscando entre los múltiples y grasientos papelotes de estraza, que mi abuelo me dejó en herencia, he podido desempolvar una muy curiosa Crónica de una *Cena Jocosa*, que los Amigos de San Antón celebraban, hace ya muchos años, en las dependencias de una casa de la calle Hurtado de la Muy Noble, Famosa y Muy Leal Ciudad de Jaén.

¡Ah! ¡Perdón! No me he presentado.

Yo soy *Cleofás*, un joven gato con inquietudes intelectuoides, que, gracias a las lecciones magistrales de mi querido y difunto abuelo, he podido aprender algunas cosas de los humanos y, a veces, gracias a su legado de archivo, he podido saber que todavía quedan algunos hombres con afanes culturales, que se agrupan con otros congéneres para escribir bellas páginas de las costumbres de sus tierras y de sus gentes.

Mi madre era una gata siamesa de familia noble y adinerada del barrio de San Ildefonso, barrio este donde se decía que había habido hace muchos años una procesión con gran cantidad de gente de la ciudad, alrededor de una Señora que había bajado de las estrellas para ponerlos alegres y darles ánimos o ... algo así. Y mi padre, un gato de cola gorda y empinada muy hacia arriba, de los que llaman gatos amontaraos, y que vino al barrio cuando era pequeño, procedente de las vegas del río de Jaén, y se vio hermoso en los tejados de la vecindad comiendo algún pichón que otro, de las torres de esa casa grande de piedra que los hombres llaman iglesia de la plaza, o averiguándose alguna bolsa de plástico con raspas de pescado dentro, procedente de alguna casilla de la calle del Arroyo y que ahora dicen de Teodoro Calvache, o en alguna callejuela de esas que en el barrio quedan en buen número y pintorescas por demás.

Pues como iba diciendo, en esos papelotes de estraza que mi abuelo me dejó, ha aparecido el relato de una comida de noche, que unos hombres amigos celebraron hace muchos años, allá por 1993, hasta

altas horas de la madrugada, en una casa grande, con gran patio central y que la llaman Cámara Oficial de Comercio e Industria de Jaén, que por lo que mi abuelo me contó, esta Cámara defendía a los comerciantes de unas reuniones de vendedores con puestos y tendertes, a los que acudían muchas gentes a comprar y que llamaban "mercadillos", pero que según el canoso y bueno de mi abuelo no pudieron con ellos. Yo pienso que debían de ser aquellos muchos y los comerciantes pocos.

Bueno, a lo que iba. En esa casa grande y destartalada en la que precisamente yo nací, en tenebrosa y húmeda leñera y por demás en obras, cuando se puso el sol, fueron llegando los hombres que se denominaban *Amigos de San Antón*, que eran unos más viejos que otros, pero todos de buen humor y se iban preguntando por sus familias, por sus hijos, como se encontraban de salud ... y eso, lo hombres lo llaman educación social.

Esta casa destartalada era, como digo, la Cámara de Comercio y cuyo presidente, un hombre simpático y agradablemente obeso, se llamaba Francisco Espinosa García-Olaya, que estaba siempre acompañado por otros dos hombres, también sonrientes y de buen humor, y que se nombraban Ramón Ruiz Ruiz y José Martínez Castillo; estos dos, decía mi abuelo que estaban allí por si le pasaba algo al hombre simpático y presidente de la Cámara y tenían que socorrerlo; por lo visto a los que socorren al presidente le llaman vicepresidentes. ¡Pues así será, digo yo!

Conforme iban llegando, subían al piso de arriba –que yo al decir verdad frecuento poco, porque es nuevo y no tengo confianza–, y se tomaban unos líquidos amarillo-verdosillos con espuma, que llamaban "cerveza", y que según mi abuelo, la fabrican a las afueras de la ciudad, unos hombres venidos de fuera y que hablan muy raro.

Estaban animosamente hablando de sus cosas viejas, pues según lo relatado en los papelotes de estraza ya dichos, del erudito e ilustrado abuelo, estos hombres hablan sólo de cosas de la ciudad de Jaén, de sus costumbres, de sus venturas y desventuras a lo largo del tiempo; a estos amigos les gusta el tipismo de la cocina de la tierra, de sus vinos provinciales y de sus laboriosos postres. Eso sí, la Crónica cuenta que en cada Cena de estas, que se celebran todos los años puntualmente por Santa Catalina, se ponen como "el gato de la Tomasa", que es

pariente lejano de mi familia gatuna y que no se pierde ninguna matanza del barrio. Es lo que los hombres llaman un auténtico glotón.

Bueno, pues cuando en animada tertulia estaban, de pronto sonó una campanilla, como la que usan los chavales en la casa de piedra de la plaza, y un hombre con voz serena, comenzó a hablar diciendo unas palabras de bienvenida a lo que tituló *Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1993*. Este hombre, me contaba mi abuelo, era como el jefe de toda la reunión. Este era el que mandaba, los demás eran los que comían. Se le notaba que sabía de todo aquello más que ninguno. A estos personajes los llaman Priostes. ¡Que palabrejas más curiosas usan los hombres!

Este Prioste, al que llamaban Pedro Casañas Llagostera, requirió a uno de los allí presentes, un hombre que hace dibujos y pintarrajos que sirven de muestra para hacer casas, y le encargó muy seriamente que sin demora ni dilación alguna, tomara buena nota de todo lo que allí se hiciera, para que de ello quedara siempre memoria.

Después leyó en unos papeles el nombramiento de dos nuevos miembros de esta reunión, dijo que el primero que nombraba era como miembro de Número y el segundo miembro de Honor. A continuación encargó a otros dos antiguos que les entregasen a cada uno de ellos un cuadro que llamaron título para que así les constara.

No paró aquí de hablar este Prioste, pues siguió dando las gracias al hombre simpático y Presidente de la Cámara, entregándole una placa de cerámica de la granadina Fajalauza, conmemorativa de esta anual Cena. Contaba mi abuelo, que en sus palabras le "doró la píldora", por aquello de haber cedido tan gran casa para esta celebración. Estas cosas que son normales entre los hombres las llaman convivencia y confraternidad. ¡Cuántas cosas tenemos que aprender los gatos en eso de la convivencia!

Unas palabras amigos, breves palabras, que sirvan como preámbulo o prólogo en el devenir y pasar, que ha de ir acaeciendo en esta Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1993.

*Un hito más para esta jornada que con solicitud y desvelo anualmente se aguarda, y que puntualmente la Asociación Amigos de San Antón, convoca y celebra, como evocación entrañable de aquella ocu-
rrente y donosa CENA, que imaginara el marcial sevillano Baltasar de Alcázar, allá en la plenitud del siglo XVI: "En Jaén donde resido, vive don Lope de Sosa ...".*

*Alegremosnos una vez más de poder reunirnos con tan festiva oca-
sión, y disfrutemos de estas horas gratificantes, lamentando de cora-
zón la ausencia de aquellos confraternos que por diversos imperativos
no nos han podido acompañar.*

*Además de ser estas palabras como digo, la entrada o intróito de la
velada, sirvan principalmente y sobre todo, como el más sincero expo-
nente del reconocimiento hacia quienes han propiciado que esta cele-
bración tenga lugar en el sitio en que nos encontramos. Estas palabras
van pues, especialmente destinadas a las más destacadas responsabi-
lidades de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Jaén: Don
Francisco Espinosa García Olalla, su Presidente; y los Vicepresidentes
Don Ramón Ruiz Ruiz y Don José Martínez del Castillo.*

*Gratitud, tanto por la buena acogida que habéis dispensado a la
idea de reunirnos en estas señeras estancias para la Cena de 1993,
como por la mejor disposición ofrecida para facilitar el acomodo con-
veniente que para el caso se previene.*

*No he de ser yo el que haga alusión a la Cámara de Comercio, ya
que habrá quien en el transcurso de la noche toque ese tema. Sólo
sirvan estas palabras, vuelvo a repetir, para expresar el más rendido
reconocimiento por la hospitalidad que se nos dispensa, y el acogi-
miento que se hace, en esta hermosa casa número veintisiete, de esta
tan jaenera calle Hurtado, calle todavía céntrica del casco urbano de
la ciudad, otrora novicia calle, en el que fuera llamado Arrabal de San
Ildefonso.*

*Y esta gratitud queremos hacerla patente, al igual que en cuantos
lugares hemos celebrado las cenas anteriores, dejando un hito, una
constancia de la celebración, ofreciendo una placa conmemorativa del
acto.*

*Así pues, Don Francisco Espinosa García-Olalla, Ustá de la Asam-
blea Legal del Negocio y Destraza de Jaén, o para un mejor entender,*

Oportuna observación a tripas satisfechas con lo
que esta minuta les ofrece

Tipas orondas que estáis
ayunas desde temprano,
por dejarle a mucha cena
el camino despejado,
mirad en este papel,
que es mapa coronomiográfico,
carta de espumas raras
y de musición catiloga,
mirad, andorras, si fue
suficiente lo ayunado,
habida cuenta y razón
de qué, de cómo y de cuánto
van a platicaros lenguas
y a arrebataros dentelladas
nuestros torcidos espacios.
Para tan copiosas empuje,
que Don Lope y su Criado,
por mor de famosa cena,
os preparan cada año,
tendréis que hazeros oscetas
durante tiempo más largo,
porque no estorbéis discursos
de comensales preclaros
con impertunos donaires
de aplausos regurgitados.

PEREZ.

Cena de Santa Catalina 1993



Amigos de San Antón
Jaén

La calle Hurtado, ha venido manteniendo hasta hace
unos años el carácter especial y definitorio del barrio en
que está enclavada, al haber estado formada por casas
hidalgas y labradoras, que sin llegar a ser monumenta-
les, conservaban el equilibrio de la arquitectura propia
de los siglos XVII y XVIII.

Notables fachadas con supereriores interiores, estor-
cias altas y bajas, patios delimitados por sencillas pero
hermosas columnas, escaleras de amplias peldaños y
barandales de maderas talladas y molduradas.

La calle Hurtado ha perdido mucho o casi todo de
aquél carácter, pero aún restan algunos reductos como
testimonio del empuje de esta calle que, junto a la calle
Ancha, han sido la unión de los barrios de Santa María
y San Julián, paso obligado a su vez, de los Cabildos
catedralicio y municipal, en los cumplimientos votivos a
la patrona de la ciudad.

En la señera casa marcada con el número veintisiete,
sede de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de
Jaén, por beneplácito del presidente Don Francisco
Espinoza García Ojalla y miembros de su Junta de
Gobierno, celebran los Amigos de San Antón la tradicio-
nal Cena Jucosa o de Santa Catalina, en la noche del día
27 de noviembre de 1993.

CONVITE DE ENTRADA

Arduras de Corchuela
Patatas fritas de "Caso Pico"
Carbones Tostados
Almendras Saladas

Jamón Serrano, de Charilla
Queso Manchego, a 800 g

Chorizo de Cazorla
Morcilla de Caracheño

Croquetitas caseras
Pinchos de tortilla

Cerveza "El Alcazar" Premium
Vinos finos y Manzanilla
Refrescos varios.

CENA

Caldo de Puchero con avío

Cazuela de Per Espada,
guarnecida de huevo duro, gambas y patatas

Chuletitas de Cordero, acompañadas de verduras

Vinos de Bailén:
Blanco Añejo: "Amanecer Andalúz"
Tinto: "Duque de Bailén"

Pan, de la Panadería Plaza de Cazorla

Postre:
Macedonia de frutas de 1 tiempo

SOBREMESA

Higaldrinas
Sultanas de Cazorla
Encicos de Anis
Yemas de Las Dovesitas.

Anis "Castillos de Jaén" y
Crema de Café, de Angel Turado.

Minuta del año anterior.

como con tanta sabiduría nos aclara el Criado Portugués, Presidente de la Cámara Oficial de Comercio e Industria, recibid esta placa recordativa de este anual acontecimiento, para que así lo estima el Gobierno de esta Casa, quede en su momento colocada en el lugar del inmueble que más oportuno consideréis. Recibid con ella, nuestra más sincera gratitud.

Cuenta la Crónica, que el aludido Presidente de la Cámara, le contestó con unas palabras cariñosas, quedándose con la placa de cerámica para colocarla en su momento, en el lugar más adecuado del inmueble. ¡Que cumplidos son estos Amigos de San Antón!

Queridos amigos: Sea bienvenida la Asociación Amigos de San Antón, a esta Cámara Oficial de Comercio e Industria de Jaén, asociación a quien todos admiramos y expresamos nuestra alegría y satisfacción, por ver que su trayectoria es ocuparse de las cosas de nuestro querido Jaén.

Cuando vuestro Prioste me visitó para sugerirme la posibilidad de celebrar este tan particular evento en la sede de la Cámara, nos alegramos y de muy buen grado asentimos en que aquí se celebrase esta Cena Jocosa de 1993.

No es precisamente el mejor momento para ello por las obras de consolidación y mejora que se llevan a cabo en este veterano edificio. Pero con gusto se han obviado todos los problemas que se planteaban, ya que no queríamos privarnos del honor de tener aquí a tan jaenera Asociación, rogando disculpen por no estar en las condiciones óptimas que nos gustaría estuviese el inmueble para este acontecimiento.

En los ciento cincuenta años de esta Corporación, yo creo que es la primera vez que se reúne aquí una cofradía o confraternidad de estas características para celebrar un acto de esta clase. Lógicamente, la casa está preparada para otros menesteres más profanos. En esta misma mesa, que se concibió para realizar planes económicos, realizar

estadísticas, para tratar de tantos por cientos, hoy se vé convertida como en altar por mor de esta celebración, para que las ilustres plumas que aquí están, puedan ofrecer a su Jaén sus mejores intenciones y sus mejores inteligencias.

Es para mi como para el gobierno de esta casa una satisfacción para que así sea, porque unas veces será para loar a Jaén, otras para hacer crítica constructiva de él y muchas para dolerse de tantos desafueros que se cometen contra esta tierra.

Tanto mis compañeros de Corporación aquí presentes como yo, estamos contentísimos con teneros aquí, y os diré tomando palabras del Criado Portugués, que vuestras mercedes han tomado posesión de su casa. Y os damos la bienvenida más cariñosa y afectiva, al mismo tiempo que aspiramos si es posible, que en el hondón de esa memoria que se hará, quede señalada esta noche como una noche inenarrable y gustosa para todos y, quizás algún día, desempolvando esa memoria, nos solicitéis venir otra vez a la Cámara de Comercio e Industria de Jaén, que con muchísimo gusto se os recibirá.

Esta placa conmemorativa que nos entregáis, se colocará en su momento en lugar preferente. Se lo merece. Ella será el recuerdo diario y permanente de que aquí, entre estas paredes, celebraron la Cena Jocosa de 1993, unos hombres que aman a Jaén.

Después de estas expresiones de cariño y afecto, los comensales continuaron hablando y, ¡como no!, tomando unas copitas que llaman de entretenimiento.

De pronto, sonó otra vez la campanilla de marras, y el Prioste dio la palabra a un hombre bajito y rechoncho, de lo más agradable y simpático, que tenía chapetillas en la cara y le llamaban Juan Castellano de Dios. Según narran estos papeles viejos, era este Amigo de San Antón uno de los más veteranos del grupo, siendo un crítico temible para los hombres de los dibujos y pintarrajos. Les criticaba todo lo que hacían y se conocía Jaén mejor que nadie, pues por lo visto

iba todas las noches con un perro grande a los barrios de Jaén antiguo. Debía ser un guardián o algo parecido.

Como iba diciendo, este Amigo de San Antón presentó a un hombre joven para que pudiera incorporarse a la reunión. Por lo que se vé, van incorporando gente joven y así no se termina nunca el grupo.

Este Amigo nuevo le llamaban Juan Cuevas Mata, y se dedicaba a poner bien y en orden los papeles y los libros en una casa grande que está en una plaza principal. A esta casa los hombres le llaman Ayuntamiento. Por lo que se vé, también es un hombre de letras y según la Crónica debía ser un hombre muy listo.

Esta fueron las palabras que el tan Juan Castellano dijo referentes al recién llegado Juan Cuevas Mata.

Queridos amigos:

Esta noche, por la gracia de Dios, vamos a celebrar la décimo sexta Cena Jocosa, o de Santa Catalina, que todos los años organiza nuestra Asociación, lo que quiere decir que ya han transcurrido 15 años desde aquella primera cena de 1978, que se celebró en el Parador de Turismo de Jaén. Y digo esto de los 15 años, porque a la sazón los que tenían 35 años hoy día tienen 50, los que tenían entonces 50 ya están en los 65 y los que contaban en 1978 con 65, Dios ha querido que ahora cuenten ya con 80 años. Teniendo en cuenta que, como se ve, el tiempo pasa inexorablemente por las personas, los Amigos de San Antón se dan cuenta de ello, y, por este motivo, hay que tomar medidas si no urgentes, si racionales para hacer frente a lo que irá ocurriendo en este tiempo venidero. Esta es la razón para que esta noche presentemos dos nuevas personas, jóvenes, pero no niños, que estamos seguros tienen honorabilidad, capacidad, responsabilidad y además un gran cariño a Jaén y a la Asociación Amigos de San Antón, que ambos conocen perfectamente y se identifican totalmente con nuestra manera de hacer

las cosas y con nuestro sentir. Estas dos personas, amigas de todos, son Ignacio Ahumada, que será presentado por Vicente Oya y Juan Cuevas del cual voy a tener la satisfacción y orgullo de hablaros.

Juan Cuevas Mata nació en La Guardia, pueblo muy cercano a la Capital, el día 12 de diciembre de 1959. Estudió bachillerato en el Instituto Virgen del Carmen de Jaén, y, más tarde se hizo Licenciado en Historia Contemporánea en la Universidad de Granada. En la actualidad es Archivero y Bibliotecario y Director del Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento en cuyo cargo está haciendo una labor de gran mérito, como se puede comprobar con el número de libros que lleva editado nuestro Ayuntamiento bajo la dirección de Juan Cuevas.

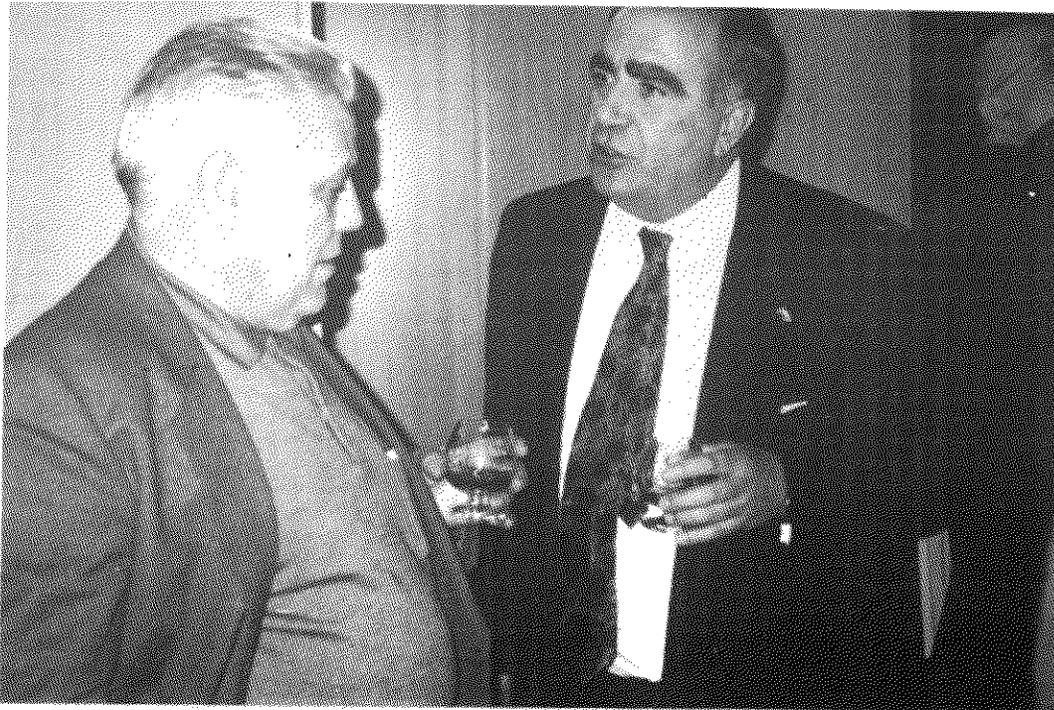
Asimismo es colaborador de los Diarios Jaén e Ideal y de nuestra Revista Senda de los Huertos. Pertenece al Grupo de Historia Medieval de la Universidad de Granada.

Ha realizado trabajos de tipo profesional en el Boletín de la Asociación de Archiveros y Bibliotecarios. Prepara su tesis doctoral en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada sobre "la transición del Antiguo Régimen a la Época Contemporánea de Jaén". También la transcripción y edición de la Crónica del Condestable Iranzo, en colaboración con el doctor don José Rodríguez Molina.

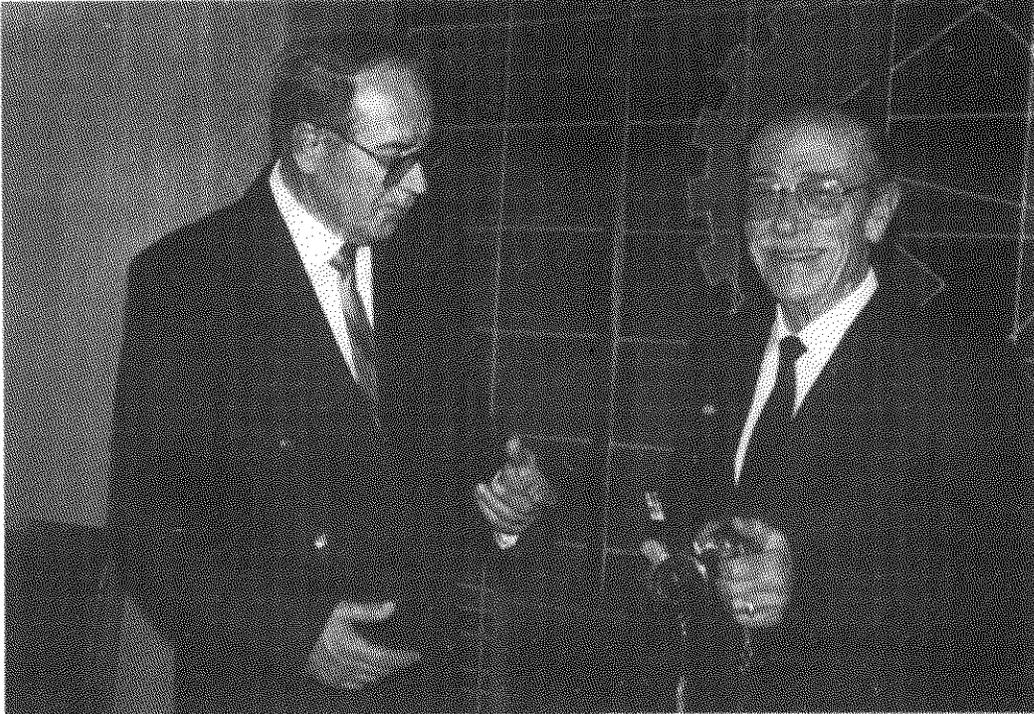
Como veréis su capacidad de trabajo, en una persona que cuenta solamente 34 años, es grande y con calidad. En todos sus trabajos aparece siempre su cariño e interés por nuestra provincia, a la que ama y defiende con el ímpetu que se quiere a una madre. Juan Cuevas se enfada cuando ve que no se hacen las cosas bien o como quisiéramos una mayoría de las personas que estamos enamorados de nuestra tierra y goza cuando comprueba que todavía hay un grupo de personas que se reúnen una vez al año en una cena llamada Jocosa y un jueves sí y otro no en el Arco de San Lorenzo, siempre para hablar de temas relacionados con la provincia de Jaén. Por ello, tanto Juan Cuevas, como ahora nos dirá Vicente Oya de Ignacio Ahumada, tiene que contar desde ahora con nuestra amistad y sentarse con nosotros para compartir también el pan y los manteles en esta sencilla pero muy entrañable reunión de amigos. Nos sentimos orgullosos de tí y te deseamos que tu permanencia en esta Asociación sea larga y provechosa para bien de nuestra provincia, todo ello por la extraordinaria colaboración que esperamos recibir de tu persona.



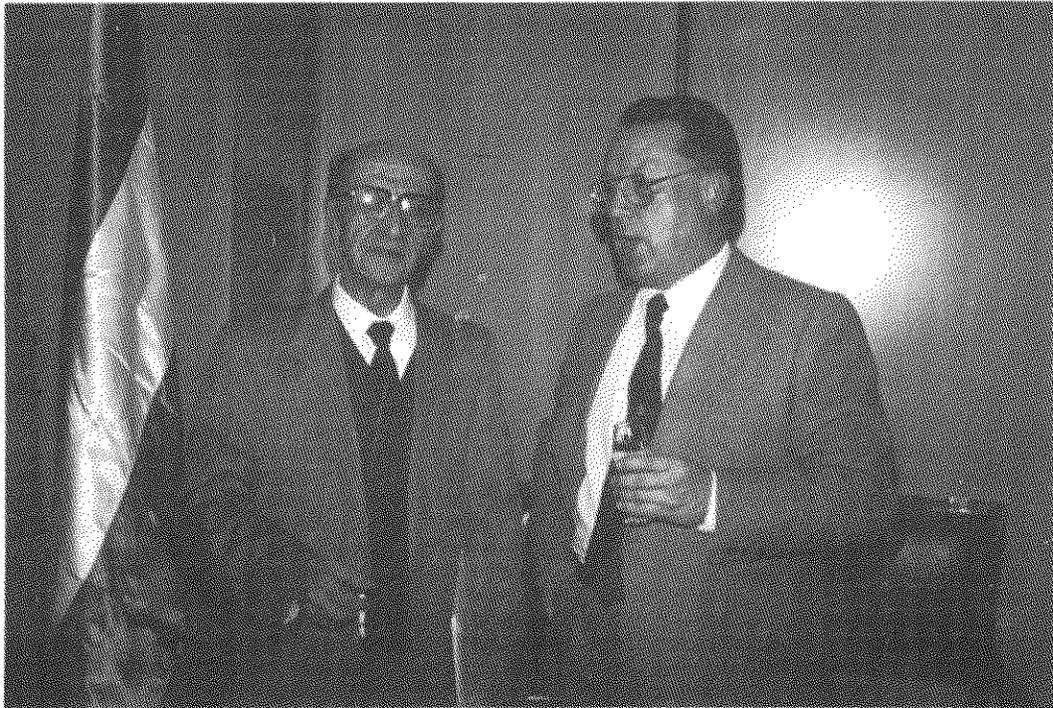
Pedro Jiménez Cavallé e Ignacio Ahumada Lara.



José Casañas Llagostera y José Martínez Castillo.



Luis Coronas Tejada y Antonio Martínez Lombardo



Manuel Caballero Venzalá y Pedro Casañas Llagostera.

Y como son muy agradecidos estos Amigos de San Antón, inmediatamente el recién recibido se dirigió a los presentes con unas palabras de agradecimiento y que fueron muy aplaudidas. ¡Estos Amigos aplauden mucho!

Mi abuelo, como era muy ordenado, guardó aquellos papeles en donde se leen las palabras sabias y eruditas de este nuevo Amigo de San Antón, que por lo visto nació en un pueblo, que está cerca de la ciudad grande, que llaman La Guardia de Jaén, a la que se va por el camino de Jontoya, que es el pago en donde mi padre nació, en una soleada mañana de primavera, junto al río.

INICIATIVAS DE LA CÁMARA DE COMERCIO EN RELACIÓN CON LAS INFRAESTRUCTURAS DE COMUNICACIONES DE LA PROVINCIA DE JAÉN: HISTORIA DE UNA FRUSTRACIÓN.

Quiero que mis primeras palabras como miembro de esta Confraternidad de tanta solera y prestigio sean para mostraros a todos mi más profundo y sincero agradecimiento por el inmenso privilegio que me habéis concedido, confiando que podáis disculpar mis defectos y errores con vuestra benevolencia.

También quiero que sepáis que me siento especialmente obligado porque con mi nombramiento, los amigos de San Antón, habéis hecho una apuesta de futuro y permanencia en el tiempo, como acaba de expresar mi querido amigo, el "adalid" de la defensa de Jaén, Juan Castellanos. Tan sólo puedo deciros que procuraré, dentro de la medida de mis posibilidades, cumplir el "fin principalísimo" que esta insigne Congregación se impuso en aquella singular e histórica primera Cena Jocosa de 1978 "... tributar devoto culto a cuanto la ciudad de Jaén encierra de Historia, Arte y Tradición, y defender y exaltar cuantas añejas tradiciones nos legaron nuestros abuelos...", o, lo que entiendo que es lo mismo en estos momentos, defender, difundir y colaborar con la obra cultural de los Amigos de San Antón: La Senda de los Huertos y las Tertulias del Arco de San Lorenzo. Sin olvidar que esto debe ir unido al fomento y profundización de la amistad de los miembros de la Asociación, pilar que la lleva sosteniendo desde hace más de 30 años.

Y ahora, como es costumbre entre los neófitos de las cenas jocosas, voy a leeros un trabajo dedicado a los esfuerzos que la cámara Oficial de Comercio e Industria de Jaén, institución que tan gentilmente nos ha cedido su sede social para celebrar la de 1993, a pesar de estar llevando a cabo en ella obras de reforma, ha realizado en relación con el tema de las infraestructuras de comunicaciones en la provincia de Jaén, uno de los que ha tratado con más profusión y defendido con más ardor desde el mismo momento de su creación en 1886, recogiendo las aspiraciones de comerciantes, industriales y de los ciudadanos en general.

* * *

Aunque la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Jaén fue creada por Real Decreto de 9 de abril de 1886, cuando verdaderamente toma el carácter con el que la conocemos actualmente es a partir de la promulgación de la Ley de 29 de junio de 1911, mediante la cual las Cámaras de Comercio obtienen la consideración de instituciones de Derecho Público, con la doble función de representación de intereses y prestación de servicios. La nueva consideración jurídica de las Cámaras confiere a la de Jaén nuevos bríos que la llevan a intervenir más decididamente en la vida política, social y económica de la provincia, creando su Boletín y promoviendo, entre otras muchas cosas, en el aspecto de la infraestructura de comunicaciones, la construcción de dos nuevas líneas de ferrocarril que comunicasen, con criterios de "conveniencia económico-comercial", las zonas de la provincia por las que debía discurrir su trazado y las enlazase con el resto de España y Europa. Con estas iniciativas, la Cámara, se incorporaba los esfuerzos que sobre este tema venían realizando la práctica totalidad de las denominadas "fuerzas vivas" de la provincia: Diputación, Gobierno Civil, ayuntamientos, Real Sociedad Económica, diputados, prensa, etc., en uno de los pocos ejemplos de trabajo común y unánime de toda la sociedad giennense en defensa de sus intereses. Se trataba de conseguir la construcción de dos nuevas líneas de ferrocarril que completasen las ya construidas: la General de Andalucía, la Linares-Puente Genil y la Linares-Almería, sacando de su secular aislamiento a varias zonas de la provincia —de los 99 pueblos que tenía en aquellos momentos sólo 18 estaban comunicados directamente por ferrocarril—, no corregido por las líneas recientemente inauguradas, conectándolas, al mismo tiempo, entre sí: las sierras de Cazorla, Segura y casi todo el Subbético giennense. (Las vicisitudes por las que ha atravesado el ferrocarril en la provincia de Jaén durante su primer siglo de existen-

cia pueden verse en el trabajo de Manuel López Pérez titulado Jaén 1881-1981: Un siglo de Ferrocarril, publicado en el número 105 del Boletín del Instituto de Estudios Giennenses).

La red ferroviaria nacional, de servicio general, a la que pertenecían las líneas que ya recorrían la provincia de Jaén, se fue extendiendo de acuerdo con la Ley General de Ferrocarriles (1855) y el Plan General (1877), y a principios de siglo estaba prácticamente terminada. El sistema adoptado fue el de concesiones administrativas con reversión al Estado a los 99 años. Durante este período, hasta la guerra de 1914, el transporte ferroviario en España vivirá sus mejores años.

A comienzos de los años 20 el ferrocarril empieza a tener gravísimos problemas, puesto que a consecuencia de la primera guerra europea las tarifas ferroviarias, fijadas en las cláusulas de las concesiones, empiezan a deteriorarse, ante la subida de los precios y la decisión de los gobiernos de no autorizar la de las tarifas. Este hecho y el menor tiempo disponible del plazo de concesión, ya en gran parte transcurrido, agravaron los problemas financieros de las compañías concesionarias, que no atendían debidamente a la modernización de sus redes por falta de rentabilidad de las inversiones. Ante esta situación, y dado el interés público del transporte por ferrocarril, el Estado modifica mediante el Estatuto Ferroviario de 1924, el régimen jurídico de las explotaciones. El Estatuto establece un consorcio entre el Estado y las compañías, mediante el cual el primero aportaba capitales para la mejora de las explotaciones y la construcción de nuevas líneas, y mejoraba las condiciones contractuales de las concesiones, en cuanto al nivel de las tarifas y a las condiciones de rescate al llegar al plazo previsto de su expiración legal.

Los nuevos ferrocarriles, en los que los giennenses venían concentrando sus esfuerzos a partir de la segunda década del siglo, eran el de Jaén-Granada y el de Baeza-Requena, con los que pretendían enlazar mediante el tren a otros 25 pueblos y ciudades más, la mayoría de ellos pertenecientes a las zonas de la provincia más aisladas. Estas propuestas, con ligeras modificaciones en los trazados, venían siendo solicitadas desde el comienzo de los ferrocarriles en España, como puede verse en el Informe-contestación de la Junta Provincial de agricultura, industria y comercio de Jaén, sobre el Plan General de Ferrocarriles, redactado por Don Manuel Muñoz Garnica en 1864, y, ahora, de acuerdo con el nuevo esquema legal, se vislumbraban nuevas posibilidades de conseguirlas.

La primera línea de ferrocarril propuesta, la de Requena-Baeza (empalme), debía seguir en la provincia de Jaén un trazado paralelo a la carretera de Jaén a Albacete, pasando por Villarodrigo, Génave, Benatae, La Puerta, Orcera, Beas de Segura, Villanueva del Arzobispo, Iznatoraf, Villacarrillo, Torreperogil, Úbeda, Baeza y Baeza (empalme), para, después continuar como un ramal que pasando por Garcétez, Jimena, Torres y Mancha Real, terminase en Jaén.

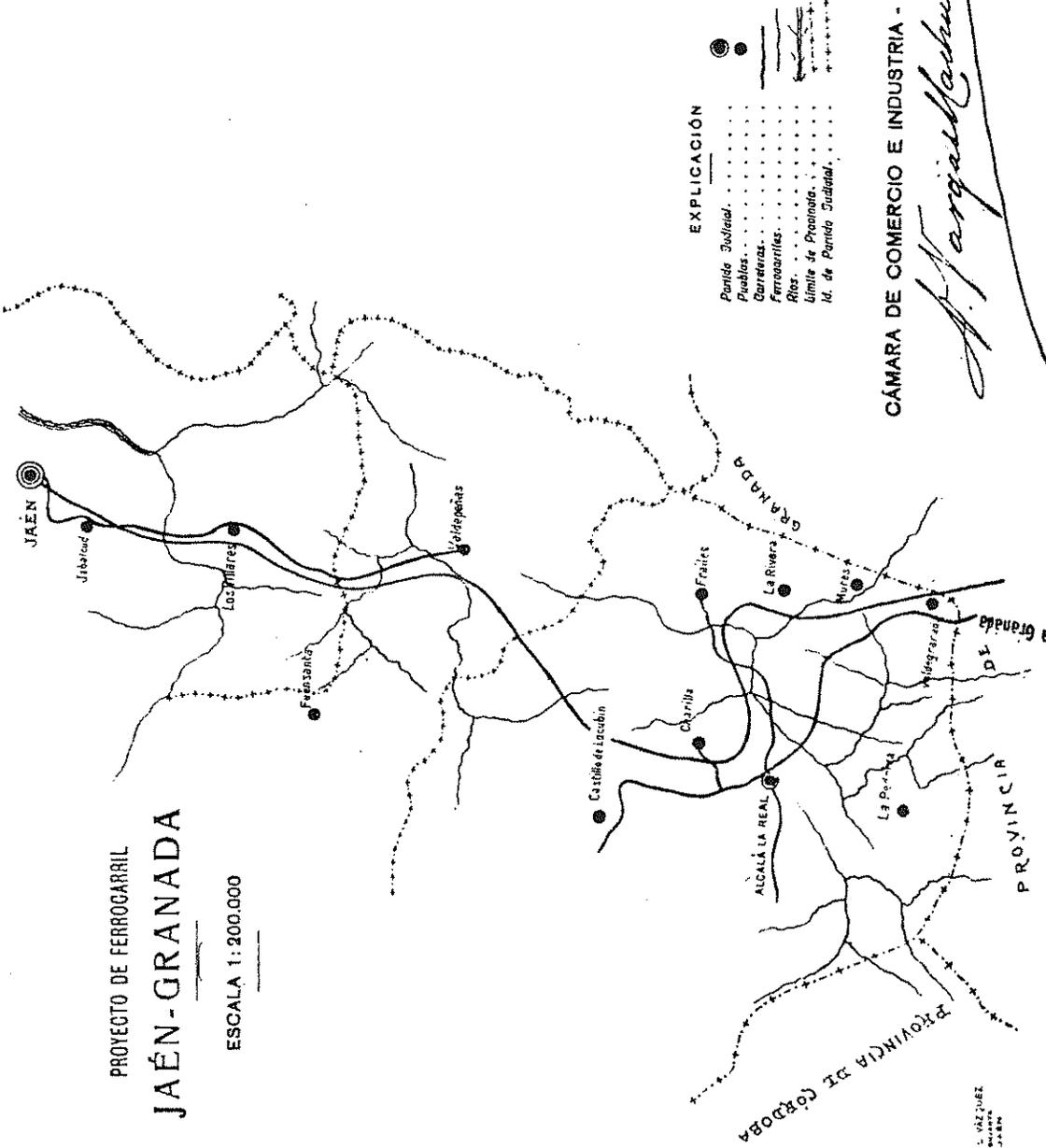
Se rechazará la propuesta, realizada en el Informe-contestación... sobre el plan de Ferrocarriles de 1864, de que el trazado discurriese por el Condado, siguiendo el curso del Guadalimar, parece ser que por presiones del ubetense general Saro, optando por atacar la dorsal de la Loma de Úbeda desde Villarodrigo, punto más elevado desde el que la recorrería sin necesidad de salvar grandes desniveles, y que a la postre obligará a numerosos replanteos por atravesar terrenos compuestos por margas y arcillas expansivas. Orcera debía convertirse, según la propuesta de la Cámara de Comercio, en un punto estratégico en el que emplazar un gran depósito en el que concurriesen todos los productos forestales, ganaderos, agrícolas y mineros de la Sierra de Segura. Beas de Segura, Villanueva del Arzobispo, Iznatoraf, Villacarrillo, Torreperogil, Úbeda y Baeza, podrían sacar fácilmente sus productos desde sus propias estaciones, y verían aumentar su comercio al estar unidos directa y cómodamente, al igual que los pueblos atravesados por el ramal que haría terminar la línea en Jaén: Begtjar, Torres y Mancha Real. Este último, al mismo tiempo, se convertiría en un importante centro de exportación e importación de mercancías de otros pueblos como Pegalajar, Jimena y Cambil. Jaén, finalmente, ganaría en su capitalidad, acercando sus servicios a la vasta zona recorrida por el nuevo ferrocarril.

Con el mismo criterio "económico-comercial", proponía la Cámara la construcción del ferrocarril Jaén-Granada, siguiendo un trazado que tocaría Jabalcuz, Los Villares, Fuensanta, Valdepeñas, Castillo de Locubín, Frailes, Las Riveras, Mures y Alcalá la Real, para entrar en la provincia de Granada por Pinos Puente.

Esta línea establecería una menor distancia entre las provincias de Granada y Jaén, que sólo estaban comunicadas por los ferrocarriles Linares-Almería y Madrid-Málaga, con enlace en Bobadilla, ofreciendo una salida fácil y económica para los viajeros y productos naturales de los pueblos y sus zonas de influencia que comunicaría directamente.

PROYECTO DE FERROCARRIL
JAÉN-GRANADA

ESCALA 1:200.000

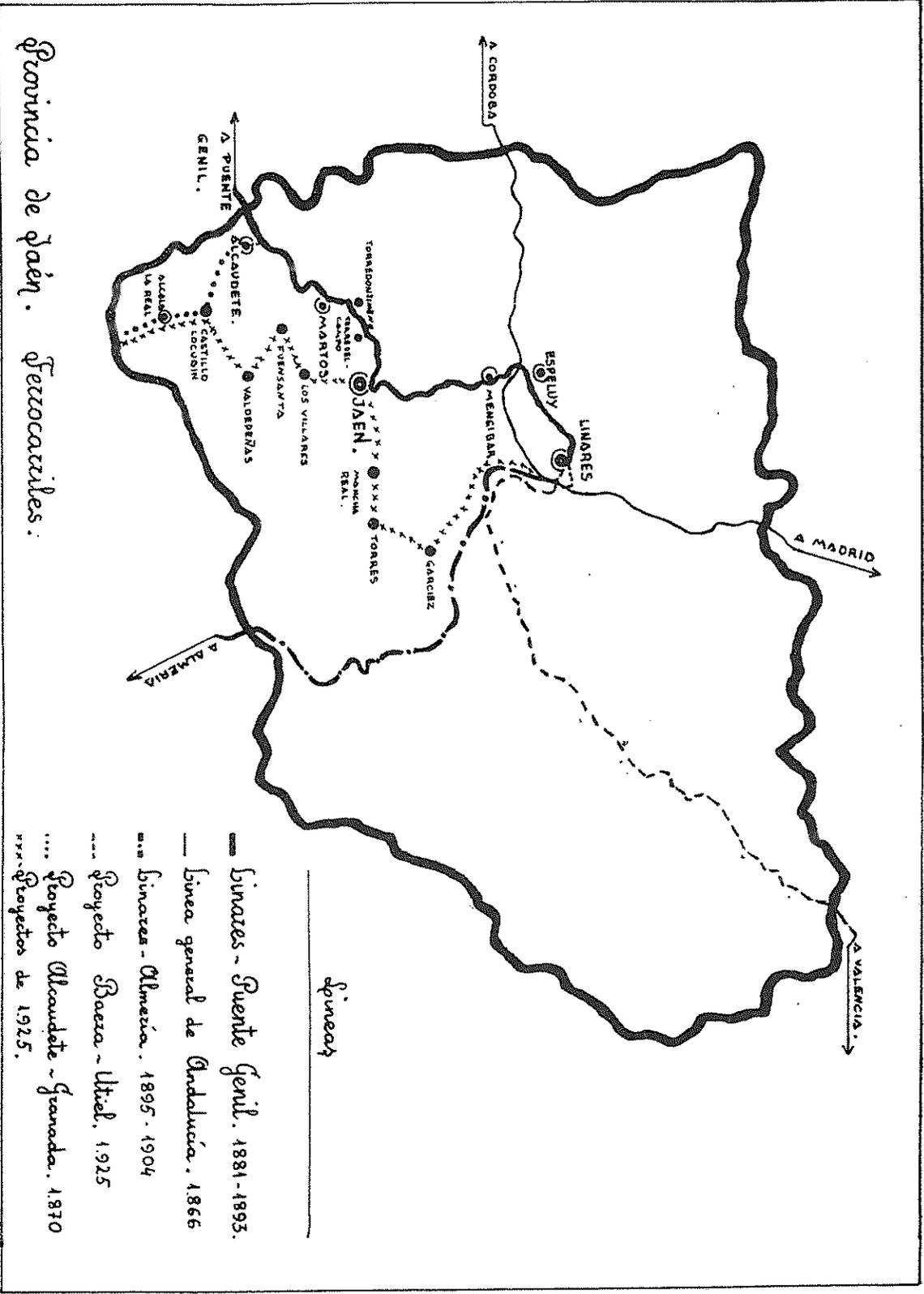


- EXPLICACION**
- Puesto Substancial.
 - Puntos.
 - Carreteras.
 - Ferrocarriles.
 - Rios.
 - Limite de Provincia.
 - Id. de Partido Judicial.

CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA - JAÉN

J. Fargués

MANUEL VAZQUEZ
 DISEÑADOR
 JAÉN



Provincia de Jaén. Ferrrocarriles:

- Linazares - Puente Genil. 1881-1893.
- - - Linea general de Andalucía. 1866
- Linazares - Almería. 1895-1904
- · - · Proyecto Baza - Utiel. 1925
- Proyecto Alcaudete - Granada. 1870
- Proyectos de 1925.

Linazares

El enlace de estas dos líneas en Jaén, permitiría atravesar España desde Port Bou, en la frontera francesa, hasta Motril sin cambiar de tren. Resulta evidente, por tanto, el interés económico —en especial para Jaén—, e incluso, el interés estratégico de las líneas desde un punto de vista nacional.

También propuso la Cámara solicitar la construcción de varias carreteras que enlazasen los pueblos que quedaban sin línea directa de ferrocarril con alguna estación próxima y a algunos pueblos entre sí, el mejoramiento de los servicios de correos y telégrafos y la derogación de un Real Decreto, de 4 de julio de 1924, sobre transporte de viajeros y mercancías en vehículos de motor mecánico, que había provocado situaciones kafkianas en algunos pueblos al suprimir la libre competencia entre empresas e imponer la explotación de las líneas mediante concesión exclusiva, lo cual, en casos como el de Alcalá la Real, que tenía la estación ferroviaria más cercana en Alcaudete, obligaba a los usuarios del correo procedente de Madrid, que llegaba a Alcaudete a las 14 horas, a hacer noche en este pueblo, porque el auto-camión de la Alsina Graells no partía hacia Alcalá hasta recoger, a las 10'40 del día siguiente, a los viajeros del tren Madrid-Málaga.

Estas propuestas fueron presentadas, en 1925, a la Asamblea Magna Provincial en Defensa de las Comunicaciones en relación con la provincia de Jaén, que las hizo suyas con leves modificaciones y las elevó al Directorio Militar. Este incluyó la línea Jaén-Granada en el Plan General de Comunicaciones, y la Baeza-Requena, con la denominación de Baeza-Utiel-Teruel-Lérida-Saint Giron, que con un trazado paralelo a la costa pretendía ser otro elemento de enlace entre el sistema ferroviario español y francés, en el Plan de Ferrocarriles de Urgente Construcción de 1926.

A partir, pues, de 1924-1926, el planteamiento del transporte ferroviario en España sufre una profunda modificación. Hasta esa fecha, las compañías de ferrocarriles explotaban este medio de transporte ferroviario con independencia de la Administración del Estado, si bien bajo las cláusulas de sus concesiones respectivas y de su supervisión; a partir de esos años, el Estado tomará parte en el mantenimiento, expansión y mejora del transporte ferroviario de servicio general. Ya se han apuntado, dos de las causas que motivaron este cambio de condiciones: una el retraso en atender el deterioro del nivel económico de las tarifas ferroviarias producido por la subida general de los precios de

la primera posguerra europea; y otra la cláusula de reversión a los 99 años de las concesiones otorgadas hacia los años 70-80 del siglo XIX, que daba lugar a que en 1925 hubieran transcurrido ya unos 50 años del plazo, esto es más de la mitad. Ambas causas producían escasa rentabilidad a las inversiones ferroviarias necesarias para su expansión y mejora.

Pero aún hay otra tercera causa muy destacable; el progreso tecnológico, dio a luz al transporte por carretera en vehículos con motor de explosión. El automóvil que había iniciado sus balbuceos en el siglo XIX alcanzó su consagración definitiva como vehículo utilitario en la guerra del 14 al 18. Para fechar el momento de la aparición en España del transporte comercial en automóvil, es importante recordar que precisamente en 1926 se crea el Circuito Nacional de Firmes Especiales, que significó para la red de caminos la transformación de los más importantes, construidos para carros y caballerías, en caminos aptos para el tráfico automóvil. Al amparo del mismo se construyeron casi todas las carreteras principales de la provincia, que sólo ahora están modificándose sustancialmente. Con la competencia del transporte por carretera, se viene abajo una de las premisas económicas de la era ferroviaria, el monopolio del transporte interior a favor del ferrocarril.

Estos hechos, que hemos descrito para España, competencia creciente y agresiva del transporte por carretera, escasez de las tarifas y próxima expiración del plazo de las concesiones, se manifiesta igualmente en otros países, con un mayor grado de desarrollo económico, como Gran Bretaña, Francia, Alemania o Italia. Hay, sin embargo, una diferencia notable con ellos, pues mientras en esos países la construcción de los ferrocarriles coincide con situaciones económicas nacionales expansivas y prósperas, en España tuvo mayores dificultades —guerras civiles, coloniales, retraso industrial, etc.— y, por ello, cuando aparece la crisis ferroviaria la red todavía no estaba terminada. Producto de esta diferencia de situaciones relativas es el Plan de Construcción de Ferrocarriles, a realizar por el Estado, que circunstancias posteriores, como la guerra civil de 1936-1939 y la posguerra fueron dificultando, e hicieron, a la postre, que el proyecto de ferrocarril Jaén-Granada fuese abandonado definitivamente.

No obstante, el Plan de Ferrocarriles de Urgente Construcción, denominado generalmente Plan Guadalhorce, por ser este Ministro su

impulsor, promulgado mediante el Real Decreto-Ley de 5 de marzo de 1926, y que incluía entre los ferrocarriles a construir el Baeza-Utiel, siguió adelante. Posteriormente, esta línea sería también incluida en el Plan de Obras, Colonización, Industrialización y Electrificación de la Provincia de Jaén, aprobado en 1953.

Las obras de construcción del ferrocarril Baeza-Utiel comenzaron en 1927, siguiendo a buen ritmo durante el período 1928-1931, ritmo que perdieron durante la República y la guerra, aunque ni siquiera en el período bélico llegaron a paralizarse, y alcanzaron una mayor actividad entre 1944 y 1964, año en el que se había ejecutado casi un 80% del total de la obra. En efecto, en 1964, las obras de fábrica entre ellas 25 viaductos que sumaban 3.176 mts. y 107 túneles con una longitud total de 28.111 mts. y toda la explanación estaban terminadas. También estaban hechas casi todas las estaciones e, incluso, estaba colocada la vía en 80 kms. a contar desde Albacete. El estado de conservación, a pesar de los años transcurridos era bueno, y, según los técnicos, sólo eran necesarios pequeños trabajos para la puesta en funcionamiento de todo lo ejecutado. Faltaba por terminar solamente la instalación de vía en unos 170 kms., colocar la señalización y tender las líneas de telecomunicaciones y suministro de energía eléctrica.

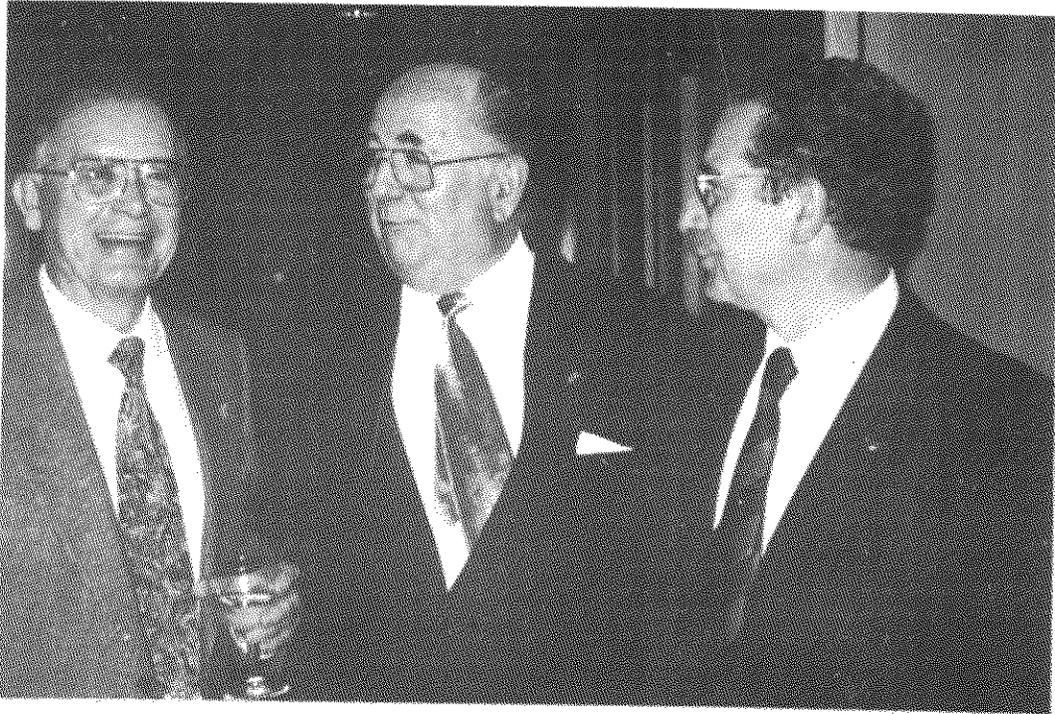
Mediante una Orden Ministerial de 7 de enero de 1967, volvía a aparecer ante la opinión pública la vieja cuestión del ferrocarril Baeza-Albacete, como se denominaría en estos años. Dicha Orden creaba la Comisión Técnica y Económica del ferrocarril, que debía realizar un estudio sobre el estado de las obras ya realizadas, comenzadas hacía más de cuarenta años, y que tras muchas interrupciones, replanteos y estudios ahora se pretendían volver a retomar.

Dicha Comisión solicitó, a su vez, a las Cámaras Oficiales de Comercio e Industria de las Provincias de Jaén y Albacete, un estudio socio-económico de la zona de influencia atravesada por el trazado de la referida línea y de las posibles repercusiones que la terminación de las obras del Baeza-Albacete produciría sobre ellas. El informe incluía también una crítica de otros anteriores de organismos nacionales: Consejo Superior de Ferrocarriles y Transportes por Carretera, Subcomisión de Transportes por Ferrocarril del I Plan de Desarrollo Económico y Social, Comisión Permanente de Dirección del Plan Jaén, etc., todos partidarios de la terminación de las obras, y de los emitidos por

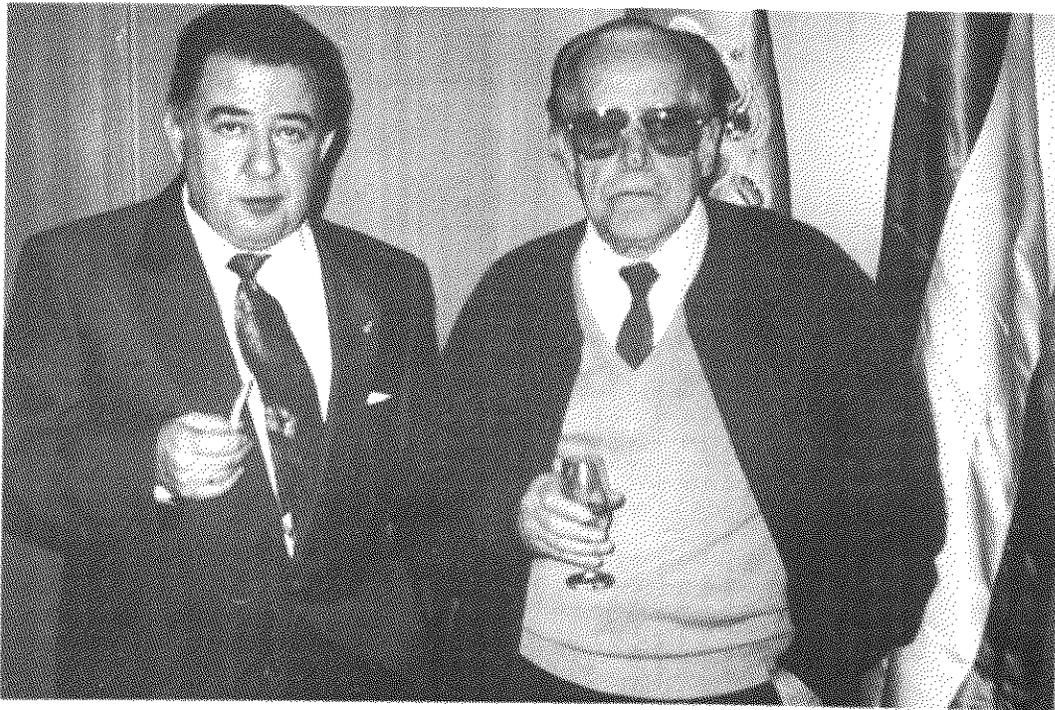
el Banco Mundial y la consultora francesa SOFRERAIL, contrarios a la continuación de las mismas.

Los informes de los organismos nacionales ofrecen argumentos de distinta índole para justificar la continuación de las obras, entre los que se pueden destacar la importancia de las inversiones ya realizadas y, por consiguiente, lo reducido del porcentaje restante; que la línea Baeza-Albacete cortaría una de las mallas más abiertas de la red ferroviaria de vía ancha, con una superficie de 32.000 Km²; la reducción de la distancia ferroviaria entre Andalucía y Levante en 48 km.; que la rentabilidad por km. que se esperaba obtener era superior a la media de las obtenidas por RENFE; el impulso que la puesta en servicio de la línea podía ofrecer al desarrollo del área servida por ella y, por último, dar satisfacción a los habitantes de unas comarcas tradicionalmente aisladas y deprimidas.

Como consecuencia del Plan de Estabilización Nacional de 1959, que inicia un proceso de liberalización de la economía española, el Gobierno Español invitó formalmente al Banco Mundial a que enviase una comisión de expertos que analizara la economía española. El informe resultante de la misión, publicado en 1962, optimista en general respecto al futuro, creía que algunos sectores —especialmente los transportes— tenían muchas posibilidades de créditos exteriores, siempre y cuando se siguiesen las recomendaciones de sus expertos. Y éstos, con una visión a escala nacional, sin entrar en detalles regionales y con criterios economicistas, aconsejaron la concentración de los esfuerzos inversores en la RENFE —que aún seguía con importantes déficit de explotación por la obsolescencia de parte de su equipo—, en la red principal de carreteras y en unos cuantos puertos marítimos importantes del país. En el sector ferroviario los sacrificados serán los ferrocarriles de la red general aún no terminados, que según el informe debían ver paralizadas sus obras hasta que no se realizase un "estudio de su justificación". Dicho estudio se encargó a la consultora francesa SOFRERAIL, cuyas conclusiones principales son las siguientes: "Pensamos que, en plan estrictamente económico, la continuación de los trabajos no es de aconsejar, por el momento. Sin embargo, el balance económico no es tal que sea aconsejable la sugerencia de renunciar definitivamente a este proyecto y, por consecuencia, emprender la recuperación de los materiales... Recomendamos suspender los trabajos en un primer período de 5 años y examinar entonces, después de un



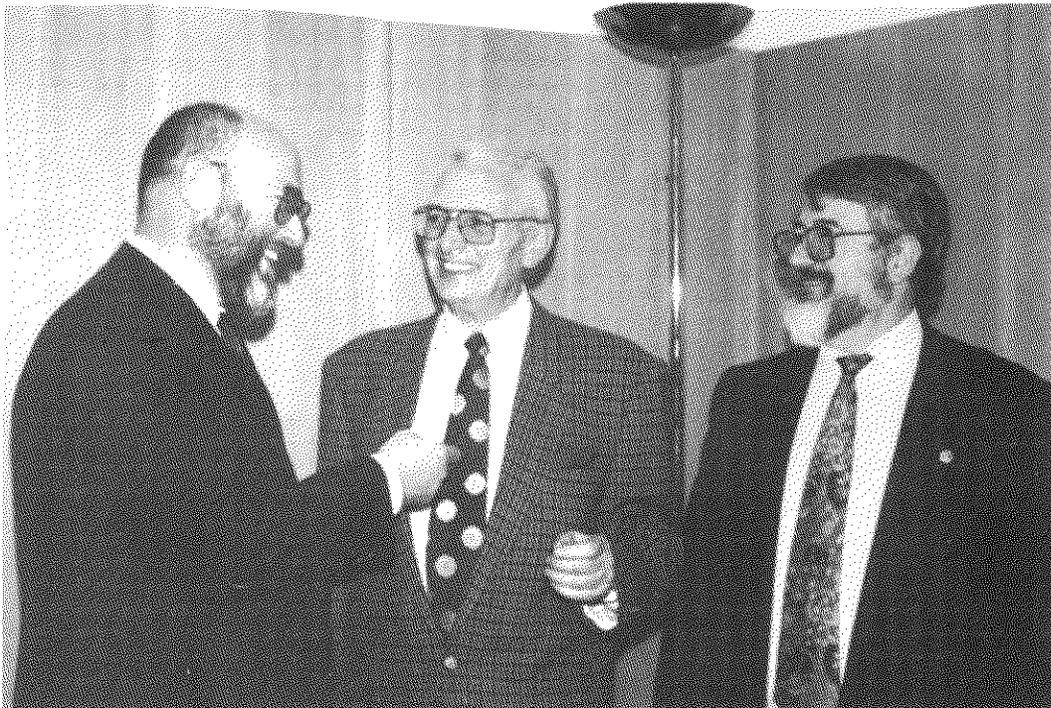
Juan Higuera Maldonado, Francisco Espinosa y Pedro Jiménez Cavallé.



Miguel Calvo Morillo y Francisco Cerezo Moreno.



José Chamorro Lozano, Francisco Olivares Barragán, Manuel López Pérez, Vicente Oya Rodríguez y Fernando Lorite García.



Juan Eslava Galán, Diego Jerez Justicia y Angel Viedma Guzmán.

mejor conocimiento de los salarios, de las tarifas y de los precios, los resultados de un nuevo estudio. Esta paralización de los trabajos permitirá dedicar a la terminación de la línea Madrid-Burgos, si ésta terminación se decide, el máximo de crédito compatible con una ejecución racional de los trabajos".

Desde entonces, y a pesar de las protestas de la sociedad giennense, con la Cámara de Comercio a la cabeza, la política de RENFE, respecto a los ferrocarriles que circulan por la provincia de Jaén, no sólo no los ha potenciado, sino que, al ponderar únicamente la rentabilidad inmediata, prácticamente, los ha desmantelado, condenándola a carecer de un sistema apropiado de transportes, sin el que no es posible el desarrollo económico y social, ni la utilización plena de los recursos naturales y humanos de la misma.

En consecuencia, se ha caído en uno de los círculos viciosos que caracterizan al subdesarrollo y de los que existen numerosos ejemplos en nuestro país: no se construyen vías de comunicación porque no hay una producción importante que transportar, que haga rentables las inversiones necesarias; pero, al no mejorarse las comunicaciones no se potencian las fuerzas productivas de la región que permitirían a la larga un desarrollo de los transportes y demandarían un incremento y mejora de la red. El círculo, que sólo puede romperse mediante una política inversora en el sistema de comunicaciones, creadora de un transporte fácil y de calidad, y favorecedora de la promoción económica en todos los campos, no parece que se vaya a romper próximamente, por lo menos en cuanto al ferrocarril se refiere. Está por ver si, una vez descartado el ferrocarril como sistema eficaz de transportes, las inversiones en carreteras serán suficientes y si se realizarán con la agilidad necesaria, pues, de lo contrario, éstas se convertirán en una frustración más que sumar a las que secularmente viene padeciendo la provincia de Jaén.

Cuando terminó de hablar Juan Cuevas, todos apuraban los vasos de líquido verdosillo y tomaban otro líquido brillante en unas copas pequeñas. Y a todos se les veía más dicharacheros y habladores. ¿Qué

tendrá este majuje que los hombres toman y que los pone tan alegres? Mi abuelo, que tan listo era, no me lo supo explicar nunca.

Agusto estaban nuestros queridos amigos, cuando se levantó uno de ellos, ya antiguo en la Confraternidad, que era bajito y con una humanidad grande que, según mi dicho abuelo, escribía en unos papelotes grandes que llaman periódicos. Por los asistentes era llamado Vicente Oya Rodríguez y, según cuenta la Crónica, presentó a un nuevo Amigo de San Antón como miembro de Honor. Después de manifestar que era un hombre muy sabio y enseñaba a muchos jóvenes en un lugar público, que los humanos llaman Universidad, lo presentó con el nombre de Ignacio Ahumada Lara.

También he podido encontrar, en el archivo de mi venerable abuelo, los papeles de lo que dijo el hombre humano y tranquilo, que aunque viejos y borrosos, creo se leerán bien.

Mañana dirán las Crónicas que Ignacio Ahumada Lara, por la puerta grande de sus méritos personales y profesionales, entró una noche de noviembre en esta confraternidad de Los Amigos de San Antón. Dentro de los días señalados de la octava de Santa Catalina, en la tradicional "Cena Jocosa", cuando habían tocado a ánimas los esquilonos de los conventos jiennenses, jaeneros o jaencianos. A esa hora mágica en que los grajos, tras su regreso de los pagos del Guadalbullón, se encuentran acomodados en la Catedral de Juan Eslava y nuestra. A esa hora en que las tinieblas nocturnas son como un paño grande, extendido sobre el tapete del campo, jardín animado, otrora aireado por el ministro-contertulio, León Herrera y Esteban, cuando llevaba la cosa pública del Turismo. Nos llega Ignacio Ahumada, a través de la Cámara Oficial de Comercio e Industria, que representa a todo un mundo apasionante, porque, como dice el maestro, Manuel Alvar, el comercio y la industria, escuelas de relaciones humanas, son caminos, por las palabras, que llevan a la libertad de los hombres.

En otras "Cenas Jocosas" tuve la ocasión de presentar a otros muy queridos comensales. Pero he aquí que, para esta vez de 1993, por encargo expreso de nuestro Prioste y Presidente, Pedro Casañas Llagostera, se me proporciona la enorme alegría de recibir, en nombre

de todos nosotros, a Ignacio Ahumada Lara, defensor infatigable de la Lengua Oficial del Estado, la Lengua histórica común, la que, por la Constitución, "todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla".

Pese a su juventud, Ignacio Ahumada Lara es hoy, entre nosotros, una importante figura humana, científica, dentro de nuestro panorama cultural. Y eso hay que subrayarlo en una sociedad como la actual en la que parece que es mayor la eficacia de la imagen ante la letra y la palabra. Se ha creado, ciertamente, una cultura de la imagen y parece que estamos volviendo un poco a la Edad Media, al sustituir por revistas ilustradas, proyecciones, televisión y videos, las antiguas vidrieras de las Catedrales. Cuando las Catedrales, mucho más que un templo, eran lecciones vivas de cosas. Cuando las gentes aprendían la religión y sus misterios en los bajorrelieves, en las vidrieras y después en los cuadros de pintores primitivos. Es importante contar con personas como Ignacio Ahumada en estos tiempos en que la mente humana asimila más, pero comprende menos. Alguien ha dicho que el éxito de "los culebrones" y de "los comics" es el fruto de haber suplantado la letra por la figura, en esta hora en que tenemos acceso a los medios de comunicación, pero, cuando, a un mismo tiempo, la creación poética y literaria se ve afectada por una sociedad que no busca el libro.

Ignacio Ahumada Lara nació el 2 de octubre de 1953, en Higuera de Arjona. Se licenció en Literatura Hispánica, promoción 1973-78, por la Universidad Complutense de Madrid. En dicha Universidad hizo los cursos de Doctorado, leyendo su tesis, en la de Granada, bajo la dirección de los profesores Fernández Sevilla y Martínez Martín. Se casó en 1980 con María Dolores Berdonces Lara, también de su pueblo. Durante cuatro años, entre 1980 y 1984, fue profesor colaborador en la Organización de Estados Americanos. Aquellos años, que fueron para él una experiencia inolvidable, trabajó en Bogotá, Colombia, y para el Instituto "Caro y Cuervo", en un estudio del léxico español. Allí le nació su hijo Ignacio, que tendrá luego otro hermano, Diego, venido al mundo ya en la tierra de sus padres. Después Ignacio Ahumada sería profesor titular en la Escuela Universitaria de Magisterio de Linares y, finalmente, profesor de la Universidad de Granada. Adscrito al Campus Universitario de Jaén, en 1989, fue designado decano de la Facultad de Humanidades. Creada la Universidad de Jaén, fue confirmado, con fecha 8 de septiembre pasado, como Decano de la nueva Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, en la

que se ha integrado la hasta ahora Escuela de Formación del Profesorado de EGB, de Jaén.

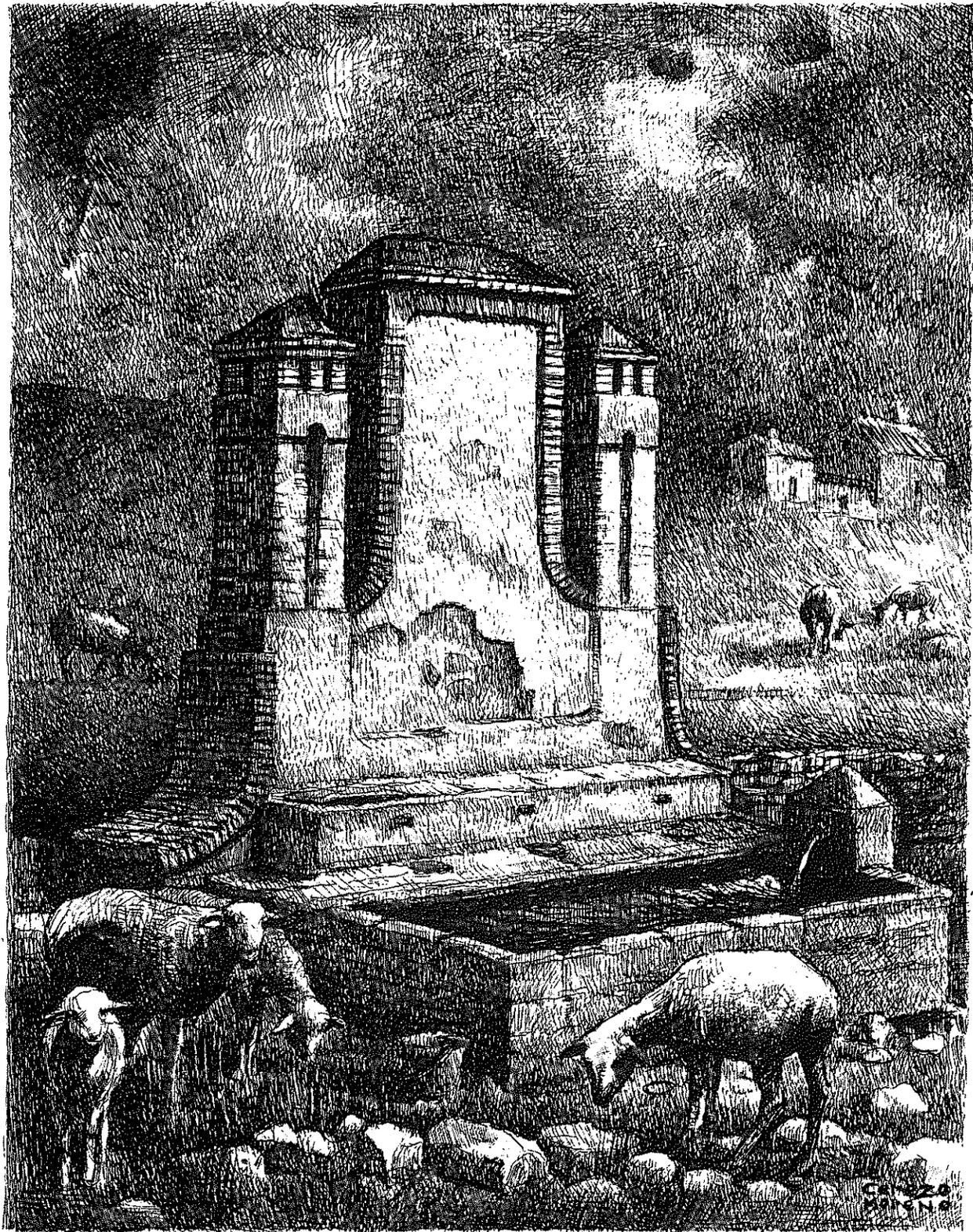
Toda una amplia bibliografía puede hacerse de la importante, variada, intensa actividad del profesor Ignacio Ahumada. Lo suyo, su especialidad, lo que domina, es la redacción de Diccionarios. Las palabras clave, en su labor, son la Lingüística, la Lengua Española, la Lexicología, la Lexicografía. Libros propios y artículos, en revistas especializadas, culturales, ponen de relieve su alto nivel de preparación. Ello le ha llevado, por otro lado, a dirigir proyectos tan apasionantes como el de la confección de varios diccionarios, así como también inventarios dialectales de distintas comarcas andaluzas y de Jaén. Ha dirigido, igualmente, cursos de Doctorado y dado muchas conferencias en Congresos, Asambleas y otras reuniones, tanto en España como en el extranjero.

Desde su llegada al Campus Universitario de Jaén, y ahora ya en nuestra Universidad, Ignacio Ahumada, continuamente, muestra su inquietud alumbrando toda clase de actividades. Recordamos, entre ellas, el I Seminario de Lexicografía Hispánica, celebrado en Jaén, del 21 al 24 de enero de 1991, que reunió en nuestra ciudad a destacados especialistas y que tuvo, entre sus resultados positivos, la publicación del libro "Diccionarios Españoles: Contenido y Aplicaciones" y en el que se incluía un Catálogo de la "Muestra de Diccionarios de Lengua Española, 1490-1990, en las Bibliotecas Giennenses".

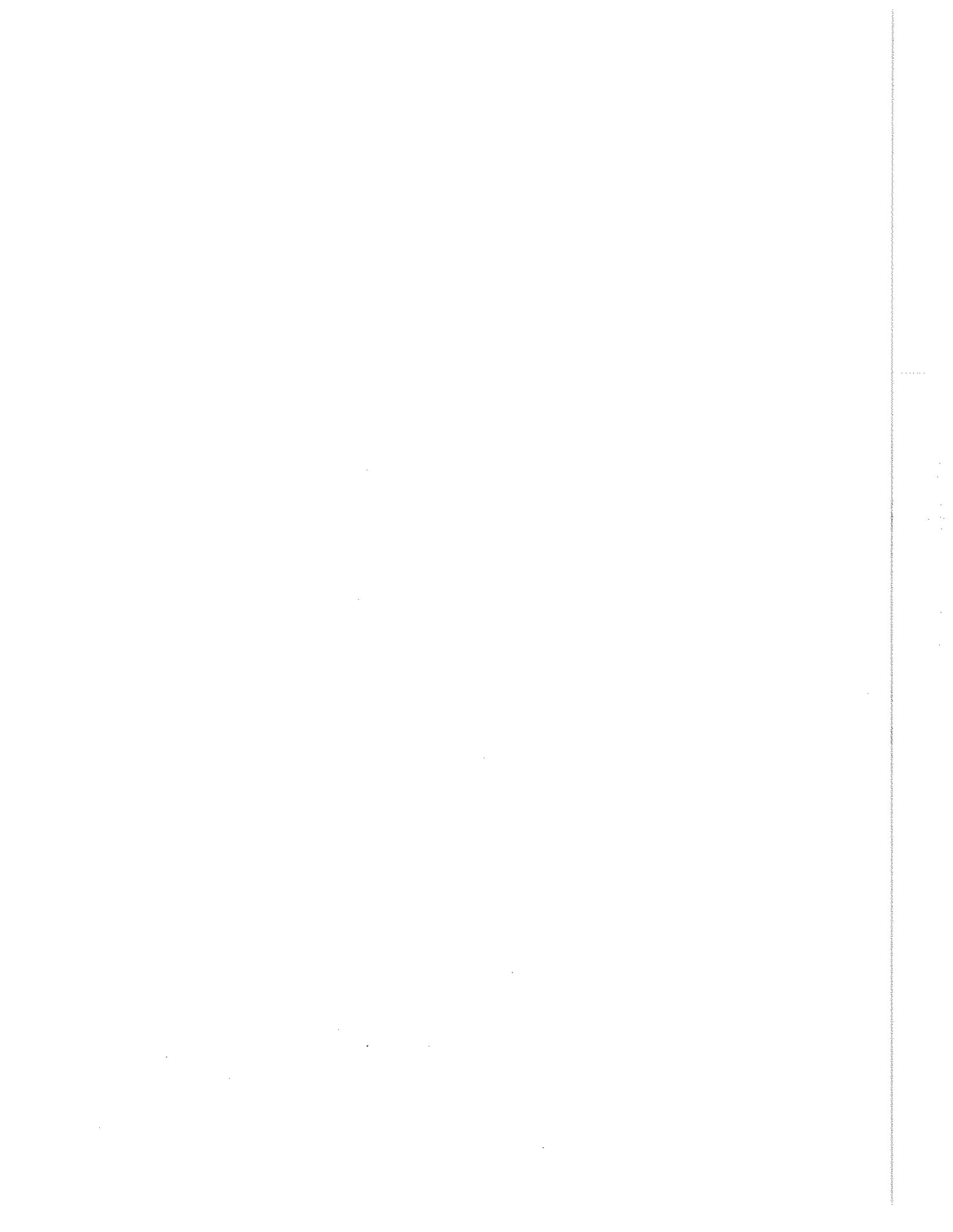
En esa línea de inquietud, dentro de una labor de investigación y estudio, a Ignacio Ahumada se debe la aparición de la Revista de la Facultad de Humanidades, que ya sacó a la calle su primera edición, con tres tomos, uno dedicado a Filología; otro a Geografía e Historia y el tercero a Psicología.

Los maestros de Ignacio Ahumada, en la Universidad, han sido Rafael Lapesa, Manuel Alvar y el fallecido Julio Fernández Sevilla, pero él es ya un maestro consumado, que agrupa en torno a sí a nuevas generaciones preocupadas por la Filología Hispánica.

Ignacio Ahumada vive una vida intensamente dedicada al estudio, a la enseñanza, a la investigación, a su familia. Pero a una familia muy numerosa, muy amplia, formada por los suyos, sus alumnos, sus compañeros, sus amigos, a quienes transmite el calor humano de su afecto y de su bondad, afecto y bondad que se ven correspondidos.



Villargordo "Las Pilas". (Dibujo de Francisco Cerezo).



Creo que la provincia de Jaén debe mucho a Ignacio Ahumada Lara, porque, desde 1978, viene trabajando, con dinámico afán, en el estudio científico del léxico giennense y sus aportaciones, en este campo, enriquecen el patrimonio cultural de nuestra tierra. Su interés, por este tema, nació en Ignacio Ahumada a raíz de inventariar los materiales recogidos en encuestas lingüísticas llevadas a cabo en la comarca de Andújar. Gracias a sus trabajos se ha podido demostrar que la provincia de Jaén, debido a sus especiales circunstancias históricas, geográficas y lingüísticas, merece toda la atención de los dialectólogos.

Dentro de este ambiente, Ignacio Ahumada Lara, hace un estudio científico, que no significa, ciertamente, una recopilación indiscriminada de datos y ordenación alfabética de los mismos. Esto es tan sólo un punto de partida, un primer paso. El estudio científico del léxico, para Ignacio Ahumada, es el análisis objetivo de esos materiales a la luz de las periódicas repoblaciones que sufrió el antiguo Reino de Jaén, desde 1212, cuando la Batalla de Las Navas, hasta nuestros días. Análisis de censos, cuando los hay, de la especial ubicación de la provincia y algunas de sus comarcas, de las distintas áreas lingüísticas que nos rodea. Un estudio, en fin, según los principios establecidos por la tradición filológica histórica, la llamada Escuela de Menéndez Pidal, y la lingüística moderna, esto es, el llamado estructuralismo funcional.

Dice Ignacio Ahumada que es incuestionable la riqueza léxica giennense. Señala que las especiales circunstancias históricas y geográficas de Jaén, como puerta de las dos Andalucías, han colaborado sustancialmente a esa riqueza, pero también en el hablante giennense alienta un especial instinto por conservar lo heredado, es decir, que gusta de mantener su caudal lingüístico. En este sentido, el profesor Ahumada Lara, tiene recogido el léxico de un contingente humano, de origen conquense, establecido en Jaén, como aquella repoblación que se produjo por la zona de Santiago de la Espada en el siglo XVI; o aquella influencia decisiva del Arzobispado de Toledo, en toda el área del Adelantado de Cazorla; o aquellas repoblaciones de Sierra Mágina, en el siglo XVI, o cuando la de Sierra Morena, con las Nuevas Poblaciones, mandadas a hacer por Carlos III en el siglo XVIII.

Es fundamental la labor del profesor Ignacio Ahumada, que, en sus clases y seminarios, de iniciación a la investigación, persigue, entre otros, estos tres objetivos: Despertar el interés de los futuros licenciados

y doctores por el estudio serio y riguroso de nuestra variedad lingüística; la formación de un archivo dialectal giennense, tomando como base los datos del ALEA, esto es, el Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía; y, en tercer lugar, el incremento paulatino de dicho archivo con el registro de los materiales incluidos en otras obras que se ocupan total o parcialmente del léxico giennense.

En esta tarea, yo creo que trascendente, está el profesor Ignacio Ahumada, quien, para satisfacción de la Universidad de Jaén, y para orgullo de nuestra tierra, ha sido invitado, como conferenciante, en 1994, al I Congreso Internacional de la Lengua Española, que se va a celebrar en Méjico, con la presencia del Rey de España, Juan Carlos I, y el presidente Salinas de aquel Estado.

Es para mí una gran satisfacción presentar a Ignacio Ahumada Lara, defensor auténtico de la Lengua Española, tan hermosa, de Miguel de Cervantes, de Lope de Vega, de Calderón, de los Místicos Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, de Fray Luis de León, de Quevedo, de este Ignacio Ahumada, que, como un dignísimo hijo de Nebrija, ha recreado esa literatura, también en Hispanoamérica, como los José Martí, Rubén Darío, Hidobro, César Vallejo, Jorge Luis Borges, Miguel Angel Asturias, Alejo Carpentier, Lezama Lima, Onetti, Octavio Paz, Juan Rufo, Roa Bastos, Julio Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, José Donoso y tantos otros.

Ignacio Ahumada, humano, sencillo, cordial, desde el rigor científico de quien está dedicado a la defensa del léxico, es como un ángel de la guarda, para tantas palabras como se nos pierden, para tantas expresiones nuestras que están indefensas y huérfanas.

Quiero destacar, finalmente, que Ignacio Ahumada es como un buen crítico de arte. Porque arte, en definitiva, es su labor. La crítica es análisis, descripción, clasificación, como premisas para poder juzgar. Ortega y Gasset decía que antes de ser juez de las cosas es preferible ser su amante. Ignacio Ahumada, como excelente crítico, es un amante de su obra. El fruto de su trabajo, que es trabajo bien hecho, no entra en la crítica fría, puramente académica. Sus trabajos tienen un jugo que inspira curiosidad. Porque analiza con acopio de datos que sabe recabar, como resultado de una investigación responsable. Por eso escribe con objetividad plena. Después de su trabajo investigador, detrás de cada dato que aporta, Ignacio Ahumada nos muestra su profunda humanidad. Su humanísima vibración. Como en Antonio Machado, el

dato impregnado de amor a la tierra, al pueblo, al paisaje, a nuestras gentes. Ignacio Ahumada, con su imagen de hombre bueno, sonriente, bondadoso, con su estilo propio, con su ancho y denso caudal de saberes, es como un torrente que arrastra.

De pronto, como si les hubiera picado una mosca de esas, de las huertas, se levantaron y con gran orden bajaron todos al patio, a mi querido patio, pues aquí me crié yo y pasé mi infancia, en medio de las columnas y de las macetas verdes y frescas que regaba todos los días la limpiadora Prudencia. Se acomodaron todos alrededor de unas pequeñas mesas blancas, encima de las cuales se encontraban los nombres impresos en unas cartulinas. ¡Que ordenados son estos buenos amigos!

Cuando estaban todos sentados y bien acomodados por pequeños grupos, el Prioste le instó a uno de los comensales —que según mi abuelo era hermano suyo y que además era cura—, que bendijera la cena. Este, se levantó y con voz pausada dijo:

Señor San Antón Abad,
los aquí cenantes, tus amigos,
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengas siempre unidos.

Que como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar,
este año y otros años.

Y como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar,
regado con vino espeso.

Amén.

Estas palabras mágicas, por lo visto, son las que hacen que los alimentos estén buenos y no hagan daño, pero lo que más me molesta, es que al final hacen un garabato que los niños llaman la "cruz del gato" y, yo me pregunto: ¿acaso mis congéneres hacen estas cruces? Estos hombres hay veces que se pasan y además ofenden. ¡Puñeta!

Pero bueno, continuemos con nuestro relato de esta sabrosa Cena Jocosa que celebraron en mi querida casa, marcada con el número veintisiete de la calle Hurtado.

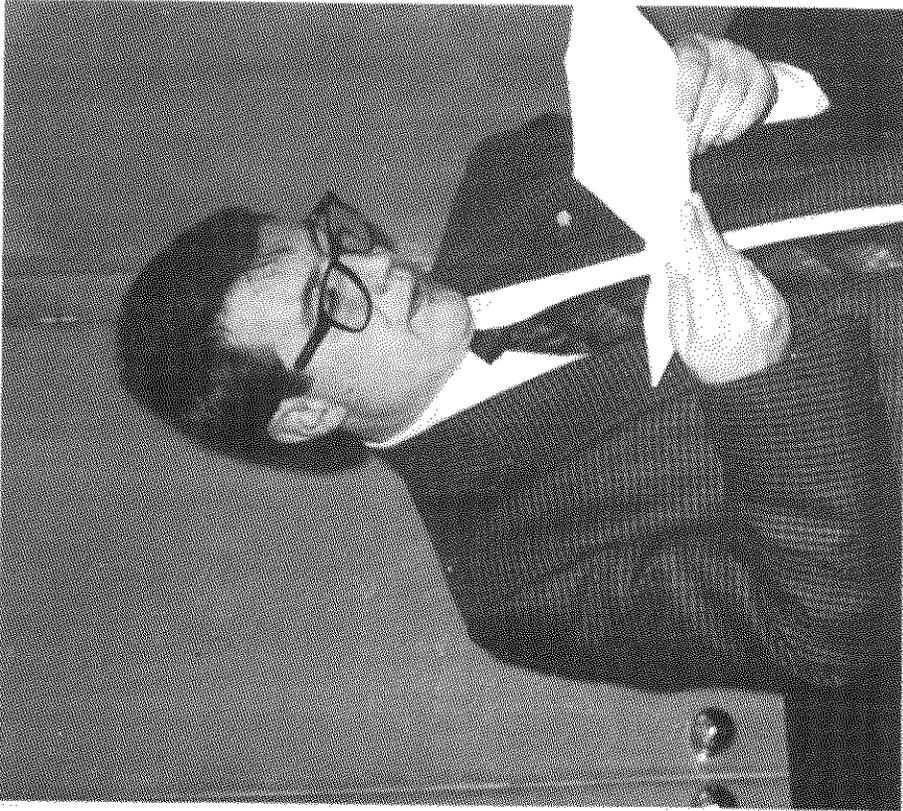
Cuando terminó de decir las palabrejas de marras el cura de la reunión, José Casañas Llagostera, que así es como se llamaba, apareció un hombre alto, vestido de negro y blanco, que los Amigos llaman Maestresala, José Sánchez Díaz. Comenzó a servir las mesas con mucho ánimo, voluntad y pericia, siendo ayudado por un joven compañero suyo, que lo nombraban como José Manuel Cobo Güeto y, que al decir del abuelo, formaban parte de una gran casa de comidas que denominaban "La Ponderosa", propiedad de Antonio Molina Fernández.

La Crónica habla de que la Cena estuvo servida con esmero y diligencia, siendo esta casa de comidas la que siempre asiste a estos Amigos de San Antón en estos menesteres. ¡Son tantos años ya de Cenas servidas!

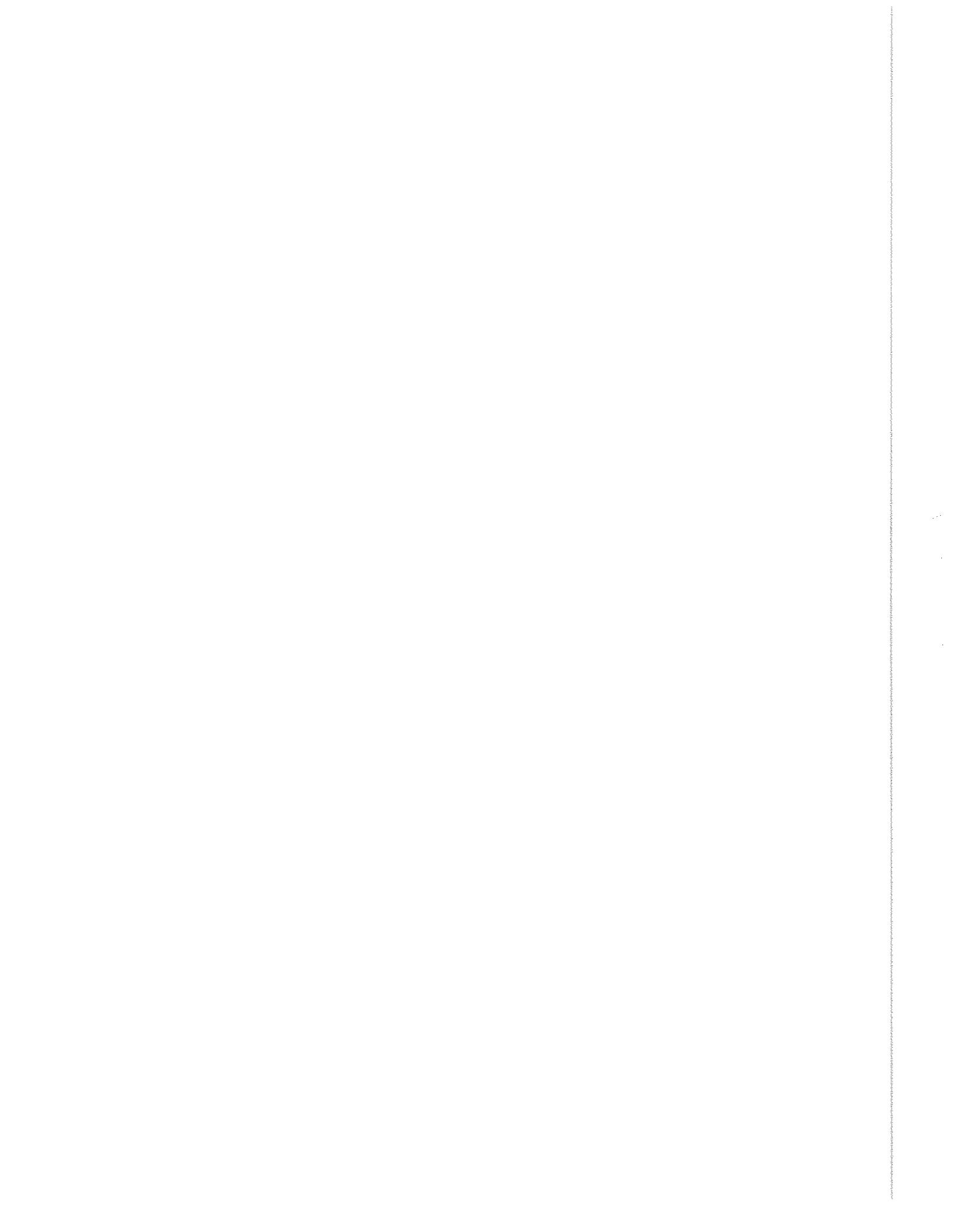
No habían terminado de apurar el calentito caldo con avío, que les sirvió el diligente Maestresala en llamativos pucheros de cerámica, confeccionados expresamente para la Cena por la *Cerámica Santa Lucía* de Arjonilla, cuando a golpe de campanilla se levantó el recién presentado Miembro de Honor, Ignacio Ahumada Lara, contestándole al hombre bonachón que lo presentó, dándole las gracias de rigor, y hablando de cosas que yo no entiendo, como era "balbuces y vagidos". Pero mejor es que lean lo que este sabio doctor dejó escrito en esa noche iluminada de luz propia.

Prioste, cabildo, gobierno y demás miembros de Confraternidad Amigos de San Antón:

No tengo palabras que respondan al honor y a la honra que me dais. Ni siquiera me queda la palabra.



Juan Cuevas Mata e Ignacio Ahumada Lara, nuevos miembros de Número y Honor respectivamente.



Mi condición de iniciado en esta Confraternidad no me permite más allá de un vagido, todo lo más un balbuceo. Y discúlpeleme que mi bisoñez y costumbre inveterada me lleve a dos palabras tan unidas al aprendizaje de una lengua, de una patria: "Mi patria es mi lengua".

El vagido es inexcusable que sea ronquido, que sea ronquío, y el balbuceo, justificación.

Nuestro Almendros Aguilar quiso en 1868 hundir la justificación del ronquío en la historia. Hubo moros, escarpados riscos y jaeneros en duermevela... Y de todo aquel cuento lo más cierto fue la acepción de ronquío:

*en oyendo
un disparate o palabra
que merezca menosprecio,
o, como quien dice, "Vaya
¿pues qué, yo me mamo el dedo?",
al "sursum corda" le ronque,
en nuestro Jaén, el pueblo.*

Pero el ronquío ya sea en esta ya en otra ocasión –que las hay–, no es exclusivo de la tierra, o al menos su aceptación llegó a pagos vecinos. Don Juan Valera cuatro años más tarde (1872) puso en letra de imprenta que en Priego y en la comarca que lo viera nacer "es frecuentísima cierta interjección que se confunde con un ronquido". Priego fue tierra de Jaén y desde allí ¡quién dice que no pudo alcanzar el solar de Valera!

El ronquío llamó la atención de los filólogos –el ilustre egabrense hizo escarceos en este terreno, pero tuvo mejor fortuna en la crítica literaria–. Habló del lingüista de Gotha, Hugo Schuchardt. En 1879 visitó Andalucía. Acompañado por Antonio Machado y Álvarez, Demófilo, recorrió Sevilla –El bachiller de Osuna a su lado. Pasó por Jaén, se dice que anduvo por Granada con Simonet o con Eguilaz y Yanguas. Lo cierto es que al publicar en 1881 "Los cantes flamencos", deja constancia del ronquío jaenés:

*El ronquido de Jaén parece corresponder
al acento fuerte, según la costumbre danesa.*

H. Schuchardt no afirmó nada. Es el padre de la dialectología. No tuvo argumentos para aseverar.

"El acento fuerte, según la costumbre danesa" es una entonación dura, gutural que se produce al principio de una emisión vocálica y que muy pocas veces afecta a una consonante.

Creo que esta apreciación cautelosa de Schuchardt llevó a correrse de ligero a algún colega e identificar el ronqueto de Jaén con la articulación más o menos tensa de la jota, que, por otro lado, resulta ser fuera de Jaén la explicación más extendida.

Espinosa (hijo) y Rodríguez Castellano, dialectólogos del ALPI, recorrieron entre 1931 y 1936 nuestra provincia. Ellos transcribieron la pronunciación de la jota jaenesa —con honrosas excepciones que de inmediato veremos—, de la misma forma que lo hicieron en la mitad oriental de Granada y en toda la provincia de Almería. Y de igual manera que en Ciudad Real, Toledo, Albacete, Madrid, Ávila ... hasta Santander.

En 1955 don Manuel Alvar y G. Salvador hicieron encuestas dialectales por casi toda nuestra provincia. No dejaron de transcribir la jota tal y como lo habían hecho sus predecesores.

De por medio anduvieron en el asunto Cazabán y González López. Al poco terció Mozas Mesa y en los últimos quince años no pocos colegas. En ellos no hay uno solo que no deje de repetir que Jaén es la tierra del ronqueto por la falta de aspiración de la jota, frente al resto de las provincias andaluzas. ¡Habrase visto semejante infundio!

En Noalejo, Campillo, Cárcel y Carchelejo, Cambil, Huelma y Pegalajar, Valdepeñas y Los Villares he oído parejos ambos movimientos guturales: roncar en la expresión y, por el contrario, suavizar la jota en la pronunciación. Son todos ellos tan giennenses como los hablantes de la Campiña, el Condado, Las Sierras o La Loma. ¿Vamos a desposeerlos de semejante timbre de gloria prosódica?

Desconozco dónde se originó el infundio, pero prometo que no pararé hasta ver quién fue aquel que tomando la autoridad de Schuchardt confundió la historia.

*Pus sacabó la guerra
y er cuento está concluido
dijo lanzando un ronquido
al estilo de la tierra.*

Son versos de aquella hortelana de Montero Moya (1874) que pregona oñigales. Precisamente por esta calle y apostada a la puerta de esta noble casa.

Terminando de sonar los aplausos estaban, en honor del hombre culto de la Universidad, cuando el diligente y espigado José Sánchez Díaz, apareció con unas cazuelas de pez espada que quitaban el hipo; vaporeaban un humillo tan sabroso, que todos los congéneres del barrio se despertaron al paso de tan suculento manjar. Sin prisas y con gran apetito, los Amigos de San Antón saborearon salsa, gambillas, patatas y huevo duro, que era la guarnición del pez marino, perfectamente condimentado por la cocina de "La Ponderosa".

En ello estaban, cuando de pronto y tras sonar tres o cuatro veces la ruidosa campanilla del Prioste, se levantó un hombre bajito, y un tanto flamenco, que dijeron era poeta, o sea de esos que componen cosas que le dicen versos y pareados. Bueno ¡Que no lo sé explicar! Que duda cabe que mi abuelo se dejó muchas cosas en el tintero.

Este poeta explicó en prosa, que no en verso, muchas e interesantes cosas viejas y antiguas.

La Crónica cuenta que este hombre, un tanto socarrón, que le decían teniente, era de un pueblo que tiene una roca muy grande y que está cerca de mi Jaén, pero no dice más. No sé cual será.

El poeta teniente, se llamaba Miguel Calvo Morillo y con voz clara y propia de un militar dijo:

APUNTES PARA LA HISTORIA Y OTRAS JOCOSIDADES

Las cosas pasan porque tienen que pasar, si no, no pasarían. Y dando por bueno lo que acabo de decir, me explico:

Esta que llamamos CENA DE SANTA CATALINA, nació sin grandes pretensiones. El Prioste de la Confraternidad Amigos de San Antón —que todo lo lleva anotado—, sacó su vademécum, dejando

caer en una reunión, como las damas que se desprenden del pañuelo dejándolo que vuele hasta el suelo cuando eran seguidas por el galán de sus sueños, así, el Prioste, como digo, no dejó caer el pañuelo, sino la siguiente sugerencia:

"No sé si sabéis, que este año de gracia se cumple el cincuenta aniversario de la famosa Cena Jocosa, que el día 25 de noviembre de 1928, se celebrara en el antiguo palacio del Condestable de Castilla, don Miguel Lucas de Iranzo, en honor de un excelentísimo señor llamado don Alfredo Cazabán Laguna, padre de tantas cosas que sería obvio y largo enumerar".

La confraternidad sanantoniana recogió el pañuelo de la sugerencia y sin la menor duda ni vacilación se fijó día y hora: el 25 de noviembre de 1978.

Y para tal efeméride ¿a quien invitamos? fue la unánime pregunta:

—A todos los que hicieron, de una manera generosa y desinteresada, algo por Jaén. Fue la respuesta.

En aquellas calendas con los dedos de las manos sobraron para hacer la lista de invitados. Y como se pretendía que la cena fuera de altura, se eligió uno de los lugares más eminentes de la Ciudad de Jaén, y nada más alto que el Parador Nacional de Santa Catalina. Y tan sabrosa y magnífica resultó la experiencia que desmintiendo al incrédulo Cervantes, don Miguel, el del Quijote, para no confundirlo con el del Teatro de la Plaza de las Palmeras, que hay quién lo hizo, en esta ocasión la segunda parte también resultó buena, y tanto, que, sin querer, llevamos dieciséis ediciones de una cena que cambió con jaenerísimo criterio el apelativo "Jocosa", por el patronal de Santa Catalina.

Hay quien dice que tengo buen saque, pero la verdad es que, lo que yo tengo es buen diente, y no me había preocupado de lo que es una cena, aunque cultivo el arte culinario, de una manera tan profunda como hasta ahora.

Y hete aquí, que mi curiosidad me hizo topár con un palimpsesto (perdón por la palabreja) en el cual se habla de una manera histórica y cumplida de la CENA. Con datos sabrosísimos, en los cuales he comprobado, como nosotros, ignorándolo y sin querer, estamos realizando lo que en Grecia se hacía más de tres mil años ha.



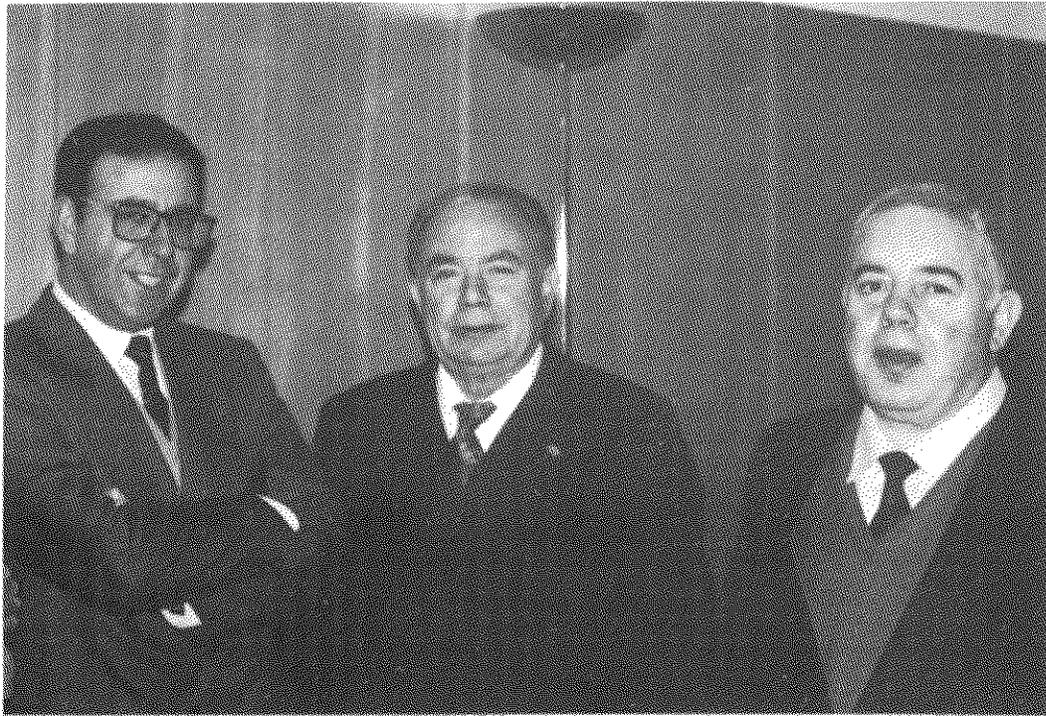
Luis Coronas Tejada, Manuel Caballero Venzalá y Juan Eslava Galán.



Antonio Casañas Llagostera, José María Pardo Crespo y Ramón Ruiz Ruiz.



Pedro Jiménez Cavallé, Antonio Martos García, Luis Armenteros Basterrechea y José Casañas Llagostera.



Manuel López Pérez, Juan Castellano de Dios y Vicente Oya Rodríguez.

El texto explica que desde los tiempos homéricos la CENA era la comida principal entre los griegos. Al principio fue como un acto religioso que cada cual celebra en su casa. Homero describe como en la CENA los hombres aparecen reunidos en mayor o menor número —y, oído al parche— dirigidos por uno que, en nombre todos, ofrece el sacrificio. En nuestras CENAS en vez de degollar un cabrito, el Prioste entrega papel y cálamo para que el sacrificado 'de calamo currente', vaya tomando nota para la confección de la crónica-cenatoria.

Como hemos dicho, ya en la antigüedad existían priostes al estilo de nuestro querido y nunca bien ponderado don Pedro de Jaén, de la Tribu de los Casaña Llagostera, oriundos de las tierras del noreste que baña el Mare Nostrum.

Siguiendo con el relato digo: Después del sacrificio tenían lugar una serie de ceremonias tan parecidas a las nuestras que casualmente nos aproximan a los helenos, y así podemos decir que no hay nada nuevo bajo el sol. Y para adornar la frase con la belleza del latín, diremos de nuestra CENA: "NON NOVA SED NOVE", "No cosa nueva, sino de una manera nueva".

Antiguamente las CENAS se celebraban para conmemorar algún acontecimiento, y las había en las que cada comensal llevaba o hacía llevar a su esclavo los manjares que había de comer; pero como nuestra economía no da para tanto, hemos de comer todos de las mismas viandas. También en la antigüedad, por regla general, eran los reunidos los que pagaban, a escote, los gastos originados. Por el ajetreo de la vida moderna de hace tres mil años, la CENA se celebraba al medio día, después del mercado o de las sesiones de los tribunales, pero la prolongación de las tareas públicas hizo que se fuera retrasando hasta fijar la hora del condumio al finalizar el día. Tan popular se hizo la CENA que se formaron muchas asociaciones las cuales se reunían para celebrar los nocturnos ágapes, pagando suscripciones y cotizaciones para tal fin.

Al igual que el recado de nuestro Criado Portugués, en Grecia se hacía las invitaciones con gran antelación, y dice la historia que, en Stbaris, con un año para que las damas se pudieran hacer vestidos. Por eso nosotros comemos "desdamados", es decir, sin mujeres.

Todo individuo unido por amistad o parentesco a la familia que invitaba podía presentarse a la cena sin invitación. A estos individuos

se les llamaba parásitos, aunque por regla general éstos se presentaban en el Symposium, es decir, a la hora de las libaciones o los postres.

Presten atención: la etiqueta exigía a los invitados que llegaran a la hora señalada, pues hasta que no llegaban todos no se ponía la mesa. El cubierto se reducía a una cuchara para tomar los alimentos líquidos que en ocasiones se sustituía por una corteza de pan. No se conocía el tenedor, y el cuchillo sólo lo utilizaba el trinchador de las viandas. El dueño de la casa —aquí es misión del Prioste— hacía que el cocinero le enviara la lista de los platos para enterarse del orden de presentación (en nuestro caso para designar el orden de los "largantes") y después de elegir entre los comensales al REY DE LA CENA —generalmente echando los dados— ya veremos la finalidad del monarca. Porque en nuestra CENA desde hace diecisiete años "ALEA LACTA EST", y no hay tío páseme Vd. el RUBICÓN. El Rey fue coronado en su día y no necesita ejército para mantener sus derechos, sus vasallos saben defenderlo como él se merece.

El Rey de la Cena, —versus Prioste— era el encargado de evitar las excesivas licencias, dar la señal para beber en copa grande, fijar el número de brindis —aquí de lectores— y llegado el momento del SYMPOSIUM, hacer cumplir las leyes dictadas para los bebedores, y entonces se comenzaba el yantar propiamente dicho. Durante la CENA era cuando los hombres cultos —una cosa así como nosotros, más o menos—, sostenían sus conversaciones más instructivas. El Prioste, ¿qué digo? el Rey hacía que se leyeran las obras de los grandes escritores y las novedades del día. Otros llamaban a músicos, cantores y bailarinas, etc. Fue en Roma donde se implantó el uso de las servilletas y manteles. Los invitados se quitaban las sandalias y la toga y se ponían la VESTI CENATORIA que era una vestidura blanca y muy ligera (el Prioste nos debería proporcionar algunos baberos, porque hay quien se pone las solapas, que vamos). Se bebía, como en Grecia, en la copa magistral, símbolo de la amistad (en una de estas copas bebieron los Apóstoles en la Última Cena de Jesús).

Se dividía la CENA en tres partes, a saber:

LA GUSTACIO, que eran los entremeses. LA CENA PROPIAMENTE DICHA, y la COMISSACIO, en Roma; y SIMPOSIO en Grecia.

Como habrán escuchado y por todo lo expuesto, podemos decir, y decimos, que las costumbres no mueren. Son como esas hierbas que

crecen en los linderos y cellajos, que por mucho que se las cave, arranquen y quemen, siempre vuelven a nacer al influjo renovador de la primavera. En la CENA, en nuestra CENA DE SANTA CATALINA igual, no murió la cultura griega, reencarnó en la cultura romana, cruzó en silencio por la Edad Media, por el Renacimiento por la Ilustración y el Modernismo hasta llegar a nuestros días en los que mi confraternales congregantes y sufridos oyentes vuelve a renacer en esta CENA DE SANTA CATALINA DE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN. He dicho.

Cuando finalizó su intervención el llamado poeta, fue muy aplaudido por todos los comensales, que por cierto se estaban poniendo muy agusto con un vinillo blanco que se etiquetaba "Amanecer Andaluz".

Estos Amigos de San Antón tienen la buena costumbre de que en cada Cena, se colocan en lugares distintos unos y otros, conociéndose más cada año, y se cuentan sus cosas, y hablan de tantas y tantas cosas de Jaén, sus gentes, costumbres...

Animada en grado sumo estaba la Cena, cuando tomó la palabra un hombre mayor de físico y mayor aún de espíritu, que por lo que cuenta la Crónica, había sido director de la casa de los papelotes grandes titulados periódicos de Jaén, y que había escrito muchos libros chicos y grandes. Este hombre erudito habló sobre un lugar que llaman Plaza de San Francisco, que está cerca de donde yo nací y que estuve en cierta ocasión, en una noche clara de luna, en busca de una gatita siamesa que me sacaba de mis casillas. ¡Ay que noche!

Recuerdo que la plaza era muy hermosa y que tenía una casa grande que había sido convento; hoy en día, en ella unos hombres que se llaman políticos, discuten de las cosas de los demás y por desgracia de las suyas propias. Nosotros los gatos no tenemos eso que los humanos llaman democracia, en nuestro mundo manda el más fuerte.

Pero claro, yo vi la plaza en aquella deliciosa noche, desde los tejados de mi calle y no pude observar bien los detalles que en ella

existían. Mejor que lo cuente José Chamorro Lozano, que así es como se llamaba el antiguo director de la casa de los papelotes grandes.

LA PLAZA VIEJA O DE SAN FRANCISCO

No hace mucho tiempo escribí un artículo en el diario "Jaén" en el que tuve un recuerdo para la Plaza Vieja o de San Francisco al saber que se proyectaba una remodelación del hermoso recinto urbano. Siempre tenemos el recelo los que amamos a Jaén de que bastantes lugares giennenses sufran ostentosas variaciones en su perímetro urbano muchas veces con pésimo gusto y con total desacuerdo con las características ambientales e históricas de nuestra amada ciudad. Por eso deseábamos que se pensara seriamente cualquier modificación urbana que atentara a las constantes históricas y ambientales de los lugares entrañables de Jaén.

Gracias a Dios vamos teniendo suerte de que la demolición de las dichosas casuchas de "La Verdadera" nos permitan ver con todo su esplendor la fachada Norte de nuestra catedral, la más venerable del sin par templo, pero mucho me temo que los pinitos modernistas –por decirlo de alguna manera– volvieran a reverdecer esas audaces elucubraciones que rompieran con el tono de grandiosidad y de arte del gran monumento, que tanto significa para Jaén.

Pero circunscribiéndonos a la tradicional y hermosa plaza de San Francisco quiero decir que es amplia, más bien anchurosa, que son muy propias en la arquitectura urbana de otras de España y concretamente las de Santa María de Úbeda o también de la misma calidad de la que se extiende entre la Catedral y lo que fue Seminario y el palacio de Gil Baile de Cabrera en Baeza, todas al estilo castellano que tienen pocos aditamentos ornamentales y que su principal belleza reside en la hermosa anchurosidad.

La Plaza Vieja es tal porque en muchos años fue testigo del pálpito ciudadano. Su origen es trascendental en los caminos de la historia. En la Crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo se describe como "vna grand plaça" donde "avia un cadahalso sobre cuatro vigas de madera, bien alto, asimismo entoldado de muy nuevos paños de Ras, donde estabuan çiertos juezes quel acto advenidero avian de

judgar". Sigue diciendo la Crónica que al otro lado por la parte del monasterio del señor San Francisco se alineaban los caballeros con armas de guerra quienes guiados por el comendador de Montizón libraron un curioso torneo con los otros caballeros que asomaron por la puerta Barrera y libraron un lucido torneo mandados por el capitán Gonçalo Mexia "fijo del comendador Gonçalo Mexia, señor de Santofimia".

No era éste el único espectáculo de la plaza pues en las fiestas, sobre todo las del señor San Lucas el Condestable Iranzo "cavalgaba" a la gineta y se hacían correr los toros en toda la gran explanada.

La plaza de San Francisco, según Madoz, estaba empedrada con mucha inclinación; su extensión se confunde, según el historiador, con la de las calles que van a parar a ella. "Forman la plaza por el S.O. la catedral, por su espalda y el edificio unido a ella llamado el Sagrario; por el S. varias casas de poco mérito; por el E. lo mismo; por el N. el convento de San Francisco; por el O. varias casas insignificantes y la carnicería que tiene buenos soportales sostenidos por pilares cuadrados y sobre ellas una línea de balcones pertenecientes a un café cuya puerta da a la calle de Campanas.

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

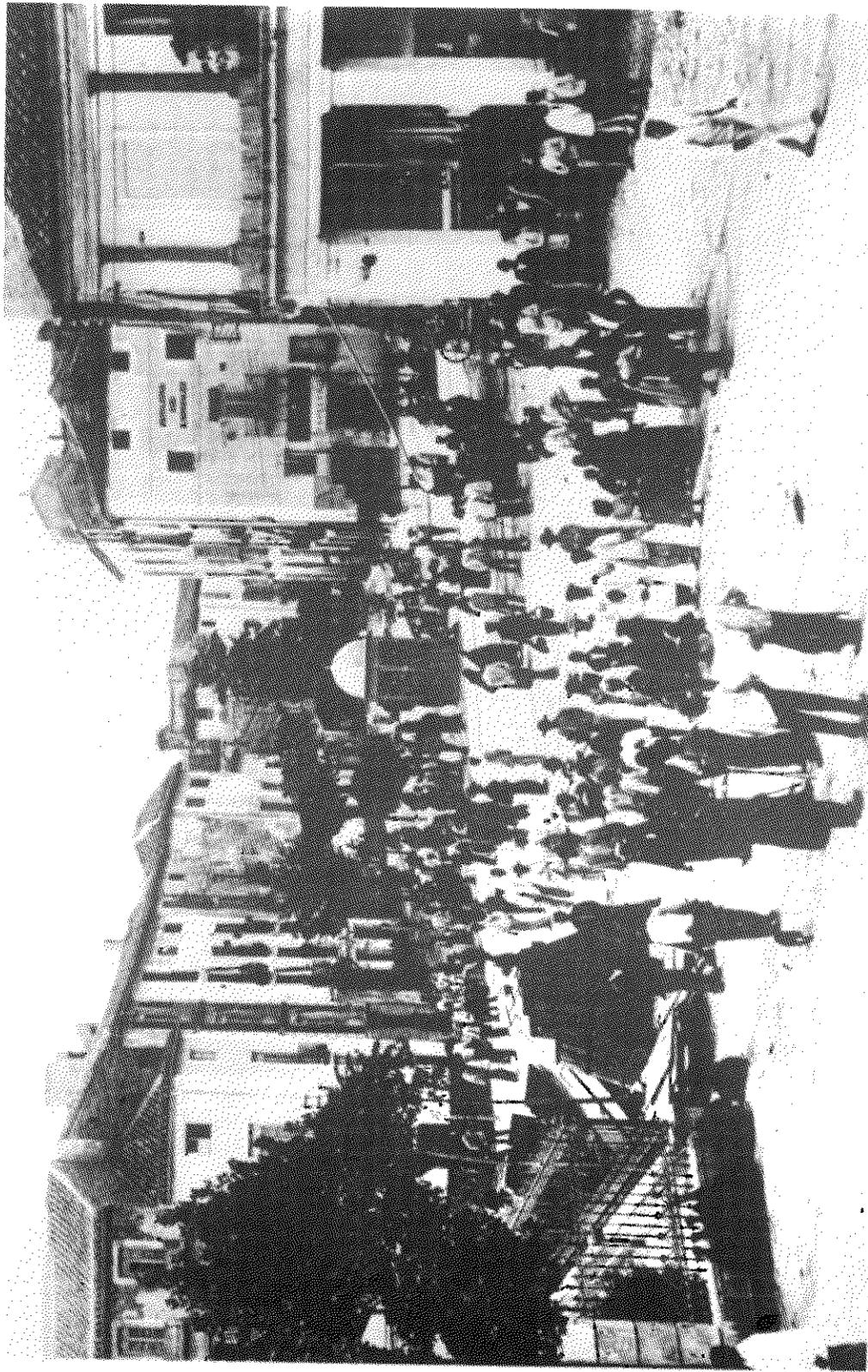
Muchos historiadores dicen que el convento de San Francisco, emplazado en la histórica plaza, fue palacio en el que habitó Fernando III el Santo edificado para su ocupación después de la conquista de Jaén en 1246; más tarde se donó por don Pedro el Cruel en 1354 a los claustrales de San Francisco. Dice Madoz que el edificio era vasto y de buena construcción, con un patio magnífico cercado por un claustro que sostenían 20 columnas de una pieza, de orden dórico. En su centro se elevaba una fuente que derramaba un copiosísimo raudal de agua excelente; refería también a la portada de la iglesia orientada a Poniente que consistía en cuatro columnas dóricas, estriadas y adosadas que sostenían un cornisamiento partido en cuyo centro estaba colocado un San Francisco de piedra, de bastante mérito según el juicio del famoso y reputado viajero. Entre las capillas destacaba la llamada de San Luis de los Caballeros que estaba, según Cazabán, en la nave de la Epístola, teniendo a sus espaldas lo que fue plaza del Pósito,

llamada también Capilla Real porque fue fundada por San Fernando y según varios historiadores reposaban las cenizas del obispo don Gonzalo de Zúñiga, también con otros destacados héroes en las luchas de la reconquista y valiosos objetos como banderas arrebatadas a los moros y distintos trofeos. De este convento se conservan algunas reliquias entre ellas el pendón de la Cofradía de San Luis de los Caballeros y queda la imagen del Santísimo Cristo de la Expiración, hoy en la parroquia de San Bartolomé procedente de la capilla que fundaron los Orbaneja, así como otras imágenes de reconocido mérito que se encuentran en varias iglesias de nuestra ciudad.

El inmenso conjunto del convento de San Francisco constituta, junto a la Catedral, uno de los monasterios de mayor relevancia de Jaén. La desamortización convirtió el cenobio en un edificio ruinoso y el lugar, una vez demolido, fue ocupado por el gran edificio civil del palacio de la Diputación Provincial, edificio modernista que durante años fue y es el símbolo de la edificación oficial de nuestra ciudad.

Y ahora conocemos y admiramos la gran Plaza Vieja, pálpito y ágora de los mas trascendentales episodios de casi dos siglos y que incidentalmente fue marco de turbulentos episodios de la ciudad. Quedan lejos aquellos tiempos palaciegos del Condestable Iranzo, pero siempre hay matices de sensibilidad ciudadana, muchas veces de minúscula realidad episódica, pero que trascienden al conocimiento de muchas vivencias jaeneras. Yo he conocido aquellos viejos soportales de las carnicerías con sus tenderetes, aquellos deliciosos helados de Conchica, o de aquella viejecita de los Nacimientos de los que nos relataba Angel Cruz Rueda en uno de los capítulos de "Horizontes espirituales" y en la hora de siempre, en la de nuestra juventud y bien entrada de la madurez conocimos la gran superficie de la plaza con los corrillos de los jornaleros prestos al avío para la contratación de las labores del campo, la estampa única navideña con las manadas de pavos y los puestos de dulces y turrone para celebrar las fiestas tradicionales, cuando no en los días feriales de Santa María de Agosto o San Lucas, el enmarque de los viejos cafés como el que llevaba el nombre del santo titular de la plaza, los no menos típicos urinarios y también el rebullicio manifestante de los actos políticos, algunos de los cuales fueron regados con sangre...

Habría que decir mucho de la Plaza Vieja, de la secular plaza jaenera, pero no quiero pecar de pesado. Ahí llevan unos girones, mas bien retazos de historia y de vida, de la misma vida de varias genera-



La Plaza Vieja de Jaén, cuando se iniciaba el siglo XX. - A la derecha, parte de las desaparecidas Carnicerías.

ciones que ¡ojalá! permitan conservar la estampa hermosa de una plaza cargada de historia y de vivencias jaeneras.

Los aplausos fueron calurosos, dado que este veterano sanantoniano, siempre que habla vierte nuevas y clarificadoras luces a temas jaeneros que quedan por descubrir. En el decir de mi abuelo, este hombre es de los que llaman investigador. ¡Uf! ¡Que palabreja!

Bien entrada la noche estaba, cuando el avispaado Maestresala sorprendió a los comensales con unas sabrosas chuletas de cordero, acompañadas de abundante verdura, que fueron magníficamente recibidas por los ya menos hambrientos Amigos de San Antón.

En ello estaban, cuando se oyó la ronca, pero segura voz, de un hombre de Jaén a tenor de lo que decía. Era un Amigo con bigotes, de los que hablaban antes, en otros tiempos, a través de unos canutos y que se oían en las casas en unos aparatos que les llamaban "radios".

Leyó y papel diciendo que eran unos "ripios". Yo creía que los ripios estaban en las obras, pero bueno, allá los hombres con sus cosas. Yo creo, después de leer esta vieja Crónica, ¡que están medio locos!

Esto dijo el hombre de la radio que se llama Antonio Martínez Lombardo.

Sres. al Dr. D. Fermín Palma le promettí, (este "promettí" como es natural entre comillas) que ya no podría hacer más ripios, por que los que tenía archivados en la vesícula biliar me los quitó quedándose con ellos en el quirófano. Esto me ha dado pie para hacer el que les leo a continuación que, estirándole un poco el título de "El adiós a mis ripios", se llamará ahora "El adiós a mis ripios y nuevo encuentro con ellos". Dice así:

*Una vez mas a Dios gracias
asisto a Cena Jocosa,
una vez mas el Prioste
me pide que haga un ripio
y les cuente algunas cosas.*

*Y aquí está mi gran problema
¿Cómo podré hacerlo yo
si los que tenía guardados
D. Fermín me los quitó?*

*Entre otras cosas
así decía al Dr.
en el escrito enviado:*

*"Desde ahora en adelante
no haré ni un mal pareado.*

*Vesícula ya no tengo
por habérmela quitado
con ciento cuarenta y ocho ripios
que en ella había almacenado.*

*El colédoco también limpian
de los ripios que tenía
y comprueban que no quedan
haciendo radiografías.*

*Y aquí teneis Dr. Palma
el por que me he "retirao"
del escribir ya mas ripios
¿De dónde los saco yo
si "toos" me los has "quitaos"?*

.....

*Pero he aquí, he aquí
que paseando por Jaén
he sido un afortunado,
frente a la Diputación
viejas casas han tirado.*

*Una del Bar Sanatorio,
otra Mercería "La Verdadera",
las dos tras la Catedral
ambas en la Plaza Vieja
al final de La Carrera.*

*Y aquí está mi gran contento,
aquí mi gran alegría,
pues he llenado dos sacos
de los ripios que allí había.*

*Desde ahora en adelante
tengo nueva colección
para seguir practicando
esta mi gran afición.*

*Y así les puedo contar
lo que querían hacer
en ese solar existente
en el centro de Jaén.*

*Un adefesio moderno
—eso es lo que ahora impera—
una cosa parecida
a la escultura del parque
jesa de las escaleras!*

*Hay que ver lo bien que iría
un edificio cubista
con paredes de cristal
junto a esa joya que es
nuestra bella Catedral.*

*Y el pueblo ha dicho que no,
que ya está bien de desastres
que para muestra un botón
el del Teatro Cervantes.*

*Den un paseo por los barrios,
muestras las hay a montones,
bien en la Plaza de Abastos,
en el Parque de Bomberos
o en los viejos callejones.*

*Cuantas fachadas antiguas
ha tirado la piqueta,
cuantas casonas de piedra
con artísticos sillares
se han perdido con escudos...
con rejas... con barandales...
cuantos rincones perdidos
de rancia tradición jaënera,
cuantas casas han caído
de puertas bien clavadizas
con sus clásicas gateras.*

*De aquestos barrios antiguos
qué poquito va quedando,
las "colmenas" que hoy se hacen
nos los están desfigurando.*

*¿Qué diría desde allí arriba
nuestro buen Jacinto Higuera
cuando viera
a esa fuente ubicada
junto a su gran monumento
de la Plaza Las Batallas?*

*Aquí nadie es responsable,
aquí nadie pone freno,
aquí nadie dice basta,
aquí nadie mueve un dedo
aunque caiga lo que caiga.*

*Más muestras podéis hallar
en las nuevas carreteras
que con curvas mal trazadas
dan acceso a la ciudad.*

*Ya termino, mi Prioste,
me estoy poniendo iracundo
como fue aquel personaje
que Almendros Soto creó
y en Radio Jaén dió vida
que se llamó Furibundo.*

El antiguamente conocido en las ondas radiofónicas como Maolico, fue largamente aplaudido por los comensales, mientras regaban las tiernas chuletillas de cordero con un "Duque de Bailén" que hacía las delicias de los presentes. ¡Como se pusieron en esta noche deliciosa los Amigos de San Antón, madre mía! Pero parece ser y según decir de mi recordado abuelo, que para hablar bien de cosas culturales, hay que tomar buenos alimentos y mejores manjares, a fin de que la mente recupere el fósforo perdido en el aprendizaje de los mismos.

Apurados los últimos sorbos del buen vino de Bailén estaban, cuando por el Prioste requerido, tomó la palabra un hombre alto y

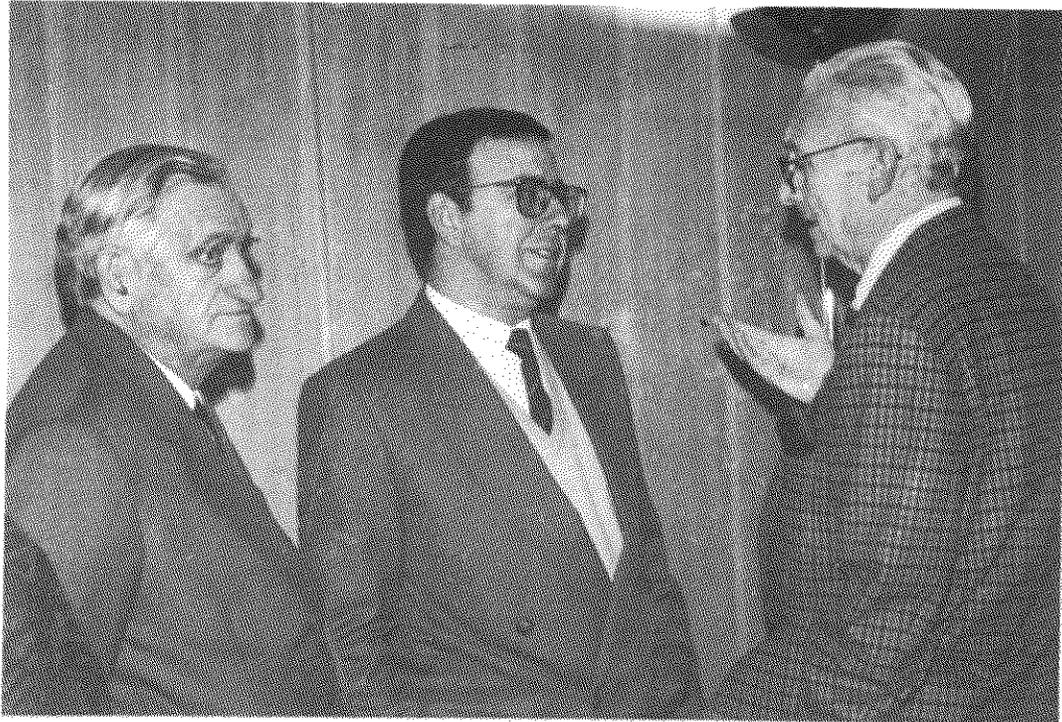
enjuto, y que por lo leído en la Crónica, es de esos hombres que curan los males de sus congéneres. Ellos le llaman "médicos" a esos buenos hombres sabios. Pues bien, el médico, que se llamaba Diego Jerez Justicia, leyó unas cuartillas, contando con gracejo algunas anécdotas médicas que a él, como profesional le habían sucedido. Leámoslas.

Hace unos días, un poco atónico, coincidí como tantas veces, con Juan Castellano (de Dios y de Jaén como yo le llamo por su bondad y amor a esta su tierra), en uno de los cafés que con frecuencia compartimos, como inicio o final de alguna pequeña incursión no exenta nunca de sorpresas afectivas; después nos encontramos con un "zumalacarriguesco" tipo que había pasado por mi consulta hacía tiempo, dejándome la historia de sus dolencias, de su azarosa vida, su agradecimiento, que no el dinero por estar fallo a dicho palo y su reloj por olvido.

Una vez que le hice al bardudo sujeto, que había encontrado tras larga búsqueda, por fin el insistente ruego para que fuese a recoger por favor su "cafetera", que tal era con más propiedad el cronómetro, porque además de estorbo, entre otras razones, no quería que su abandono en mi casa rompiese la virginidad de la gratuidad de la consulta. El bueno de Juan, esgrimiendo como infalible arma su invencible sonrisa, me pidió que hablase esta noche de casos y cosas que con frecuencia vivimos los médicos en nuestro diario discurrir. Cumplo su deseo.

La terminología médica, como decía un célebre profesor que tuve, nos enmascara de sabios, empleando palabras que hace más de veinte siglos empleaban las criadas griegas o romanas y de cuyo pedante uso se hizo molieresca mofa en la Comedia Francesa; son dificultosamente usadas por el vulgo y con frecuencia originan cómicas tergiversaciones.

Recordará Vicente Oya que en una de aquellas noches de trabajo en el periódico "Jaén", sufrió una lipotimia que yo le asistí; para que completara su maltrecho estado, mandé a un sujeto traer un café de la calle, cuando el propio llegó con la infusión, buscó afanoso al de la linotipia para que se reconfortara.



Francisco Olivares Barragán, Manuel López Pérez y Diego Jerez Justicia.



Pedro Casañas Llagostera, Miguel Calvo Morillo y Manuel Caballero Venzalá.



Juan Castellano de Dios, Angel Viedma Guzmán y Ramón Ruiz Ruiz.



Antonio Martos García, Pedro Jiménez Cavallé, Ignacio Ahumada Lara y Juan Cuevas Mata.

Recuerdo a quien vino por estar mal de la "próstata". Una señora me decía que estaba "descalificada" porque tenía descalcificación osteoporótica. A otro lo había visto "Don Bombardino" y aquel que pedía "clarisa" para la "tatarata" (Clarvisan, quería decir).

A diversas situaciones que se repiten con frecuencia, le he dado la categoría de síndromes con personalidad propia. Así el síndrome de la "llave inglesa". Es frecuente que al comunicarle el resultado de un análisis a una diabética grave por la que uno anda preocupado, le digas: tiene Ud. el "azúcar" muy alta, y la enferma responde: ¿pero y el colesterol...? Esto me recuerda a un piloto que se tiró de un avión sin paracaídas y viendo que venía detrás de él una llave inglesa, exclamó: ¡Dios mío que no me pille, porque a lo mejor no está preparada la ambulancia!

El síndrome de Las Sevillanas: de aquellas enfermas que te cuentan sus múltiples dolores llevando una mano a la cabeza: "me duele por aquí", al cuello, a la espalda, la otra mano a la cintura, la otra por detrás, de nuevo por arriba, por abajo... ¡por aquí y luego por aquí! Tal braceo y movimientos están pidiendo unas palmas y música por sevillanas, por lo menos de los Romeros de la Puebla.

Como la profesión de médico imprime carácter y siempre eres médico, te expones a situaciones delicadas. Es corriente que te espeten en la calle cualquier consulta a salto de mata o de sopetón. Recuerdo a uno que me preguntaba que qué sería una "cosilla que le había salido en sus partes", y le dije: ¡a ver, bájate el pantalón! Si no lo paro se los baja.

En cierta época triunfaba en los escenarios la obra de Miguel Delibes, "Cinco horas con Mario". Mi esposa tenía un gran interés por verla. Vino a Jaén, al Asuán, y por circunstancias no pude acompañarla y que cumpliera su deseo. Al año siguiente volvió a reponerse en el mismo teatro y, ya no quise que se repitieran las quejas de mi mujer por no verla. Saqué dos entradas de primera fila y allí que fuimos. A los cinco minutos, que no a las cinco horas, la actriz Lola Herrera que realizaba un patético monólogo junto al catafalco de su supuesto marido muerto, en medio de sollozos cayó como un fardo al suelo. Inmediatamente salté como catapultado al escenario, ante el pasmo del público que creían la caída parte de la representación. Por desgracia para la actriz y suerte mía, fue una auténtica indisposición por pérdida de conocimiento. Se corrió el telón, se suspendió la función y la

gira. Por supuesto mi esposa se volvió a quedar sin ver "Las cinco horas con Mario", conformándose con aquellos cinco minutos... Yo, cada vez que lo pienso me dan sudores al pensar que aquella caída hubiera sido parte de la obra.

Termino con un caso que recuerdo de una señora que había enviado para ser intervenida de determinado proceso ginecológico. Tras un tiempo volvió por la consulta y le pregunté si ya se había operado. ¡Calle Ud. –me dijo– pues no me querían afeitar mis partes y yo me he negado. Porque figurese Ud. que una vez se me ocurrió afeitarme las axilas y mi marido por pocas me da una paliza; si yo llego a mi casa con "eso" afeitado, me mata!

Tras los cumplidos aplausos a tan buena intervención y, ya entrada la madrugada, una refrescante macedonia de frutas, exquisitamente preparada, puso fin como postre, a esta parte de la Cena Jocosa de 1993.

Acto seguido, los Amigos de San Antón se colocaron todos en la escalera de acceso a la planta superior, estaban juntos y muy apretados y, un hombre con una máquina, les tiró un "relámpago", no sin antes decirles: "atentos al pajarito".

Yo a decir verdad, cada vez entiendo menos a estos hombres de la puñeta. ¿Que tendrá que ver el relámpago con el pajarito?

Por lo que se deduce, a la unión del pajarito con el relámpago se le llama "fotografía". El hombre que tiró el relámpago les dijo a los demás que habían salido más bonitos que un San Luis.

Todos salieron sonrientes y como más rejuvenecidos de la llamada fotografía, la cual aparecerá, según dijeron, en la próxima Crónica para inmortalizar el evento cultural–gastronómico. ¡Ja! ¡Ja! Más gastronómico que cultural. ¡Digo yo!

Después de esta "pos" y ya en las estancias altas, fueron servidas finas hojaldrinas y deliciosos roscos de anís, siendo regados con unas copitas de "Castillo de Jaén". El grupo regustaba la noche sorbo a

sorbo. En ello estaban, cuando se levantó un hombre bajo de talla pero con espíritu de gigante. Era también sacerdote de los buenos, de los que con la conducta dignifican su ministerio. Era un clásico, investigador, poeta, escritor y un hombre bueno donde los haya. Decía el abuelo, que estaba escribiendo un libro gordo, desde la letra A hasta que se terminan las letras. Habló de cosas sueltas, con profundidad e interés. Que él os las lea.

UNA BAGATELA LITERARIA

Las viejas bibliotecas tienen un encanto especial. Formadas muchas de ellas en el largo sedimento de los siglos, guardan escondidas sorpresas en la entraña de sus fondos. Allí se encuentran los gustos peculiares de múltiples personas, que fueron y ya no son; se mezclan y entremezclan contenidos diversos, formando un mosaico de plurivalente valor en sus distintos perfiles. Junto al renacentista infolio de Virgilio y Tácito, que nos habla de una pasión humanista, se encuentra el frágil folleto de contenido intrascendente, última huella de espíritus menos ambiciosos.

En una de mis visitas por esos depósitos del dormido ayer, me salió al paso un pequeño volumen titulado "Album de 1852", escrito por un tal Don Miguel Dubá y Navas.

Aunque el autor no me resultaba conocido, tuve la curiosidad de hojearlo. Prosa y verso se sucedían, disputándose el discurrir de las páginas; los temas abordados ofrecían esa característica variedad que preside en este tipo de publicaciones. Singularmente captó mi atención un trabajo que el autor titulaba "Gracias y pesos de todas las mujeres de España por provincias", una colección de breves poemas —mitad piropo, mitad suave censura—, a través de los cuales Miguel Dubá pasa cordial revista al elemento femenino de Norte a Sur y de Este a Occidente.

En tal desfile no podían faltar nuestras abuelas y, en efecto, a la altura de la página 124 del Album, D. Miguel nos dejó su personal visión y experiencia en el siguiente poema:

JAENENSES

Mucho se puede decir
de su garbo y honda traza;
son bonitas e ingeniosas,
vivas como la mostaza;
aman el buen parecer,
son de santa inclinación,
pero como ellas sentencien
ya no hay que esperar perdón.

Saltarinas, un poco coquetas y un tanto "cabezonas", así las sorprendió este enlevitado forastero al subir por la Carrera en busca del Santo Rostro y en su improbable visita a Jaén.

Aunque no con el interés que se pone para esclarecer la autoría de una pieza literaria de singular valor, sí tuvimos un mínimo interés en conocer algo acerca de este galante caballero que puso a nuestras abuelas al filo de su punto de mira.

Y no encontramos mucho sobre el forastero enlevitado, pero sí lo suficiente para desvelar un tanto su figura.

Dubá y Navas vivió en una geografía distante de la nuestra. Probablemente nació en Valencia y se afincó en Barcelona, donde moriría en 1887. De acusado talante progresista, fue durante mucho tiempo redactor del diario La Corona de Aragón. Como Maestro de Primera Educación tiene publicadas una serie de obras, entre las que nos ha sorprendido por su título el Medio barato de no equivocar la letra y ortografía.

Desconocemos la pedagogía del señor Dubá, a la que no tenemos mayor inconveniente en concederle superior eficacia, pero sí nos interesaría averiguar en qué sentido "abataría" el procedimiento a seguir para no tropezar con la letra B cuando correspondiese poner la V. Nosotros fuimos amaestrados con el drástico medio de tener que escribir la palabra ladina hasta cien veces en su correcta forma; quizás, siguiendo a Dubá, se consiga el efecto apetecido con un más módico número de repeticiones, reduciendo el costo de papel y lápiz, con lo que queda justificada su nominación como "medio barato".

Por otra parte, en su condición de Maestro de Prima Educación, Dubá debió tener unos emolumentos profesionales cuya bajura ventía



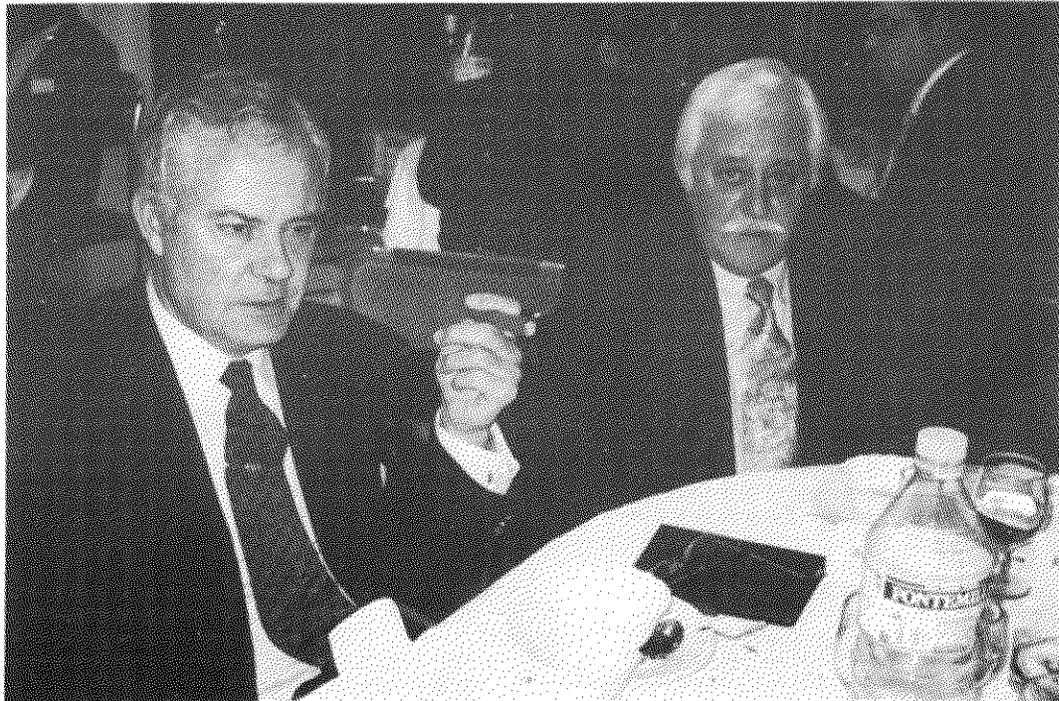
Vicente Oya Rodríguez y Francisco Espinosa García-Olaya.



Luis Coronas Tejada y Julio Puga Romero.



Juan Higuera Maldonado y Juan Eslava Galán.



José María Pardo Crespo y Felipe Molina Verdejo.

acuñando el consabido proverbio; ello espoleó su ingenio para buscarse medios que le permitiesen mayor soltura económica y encontró la salida haciéndose autor y editor del Calendario profético, popular y progresivo para el Reino de Valencia, que repetidamente fue publicando en sucesivos años a partir de 1845. Con ello, no sólo remedió su penuria, sino que también llegó a constituirse en "profeta menor", anunciador de rayos y granizadas, al tiempo que adquiría la inmarcesible gloria de abrir camino por donde discurriría posteriormente D. Mariano del Castillo y Osciero, alertador de agricultores con su célebre "Almanaque Zaragozano" y altamente conocido por estos pagos.

Finalmente, D. Miguel Dubá y Navas dio a luz, tras laborioso parto, un libro que en el mundo del comercio alcanza un alto interés por su delicada y sutil temática. Se titula Arte de Vender o Guía de los Dependientes de Comercio. Aunque editado en 1876, tal arte cobra singular relevancia en nuestro momento, dada la recesión económica presente y lo mostrencos que se muestran los clientes en sus transacciones comerciales. De ahí que me permito brindar a la consideración de D. Francisco Espinosa y García Olaya, dignísimo Presidente de la Cámara y generoso anfitrión de esta Cena, la idea de buscar y reeditar este libro, ayuda para el ingenio de los Dependientes en su lucha con el agarrotamiento y recelo de la suspicaz clientela. Creo que con esto se beneficiaría mucho el comercio interior, exterior y ultramarino, y obtendríamos el aplauso del consorcio mercantil y financiero. No desaproveche, D. Francisco, la oportunidad de financiar tan meritoria empresa; el actualmente renqueante dios Mercurio encontrará en su acción un alivio de sus penas.

Esto es todo lo que hemos podido averiguar sobre el enlevitado caballero que piropó a nuestras abuelas, allá por 1852. En homenaje a ellas abandonamos el viejo infolio de pasión renacentista y nos detuvimos en esta bagatela literaria.

Comentando las palabras del venerable estaban, cuando aparecieron unas Yemas de Las Descalzas, que hicieron recordar a la santa congregación de sus mejores tiempos. Entre Yema y Sultana de Coco,

unos paladeados sorbitos de Crema de Café, debida como el "Castillo de Jaén" a las destilerías giennenses de Angel Tirado, hicieron las delicias de los ya algunos despeinados comensales.

De pronto y a golpe de campanilla, un hombre con bigotazo blanco y con cara de intelectual, leyó unas cuartillas deliciosas que él mismo tituló como "coplillas". Refiere mi abuelo, que este Amigo de San Antón, cuando declamó sus trabajos, lo hizo con un sentimiento extraordinario y que los demás compañeros se quedaron como embobados. ¡Es un pedazo de poeta!

Estas fueron las sensibles y encantadoras palabras del hombre poeta Felipe Molina Verdejo, que así era como le llamaban.

Yo creo que volvemos. Cuando nos marchamos, se van con nosotros la imágenes, las impresiones que nos llegaron hondas. Y son los resortes que nos devuelven a un determinado momento, a un escenario preciso.

Embobado en esta idea, que declaro exclusivamente literaria y no dogmática, me sorprendí escribiendo unas coplillas, que ahora voy a deciros, en la seguridad de que en seguida descubriréis cuál sería el lugar, cual el motivo y la ocasión de mi retorno, si de verdad lo hubiere.

*Una noche de enero,
cuando florecen
en fogosas macetas
ramujos verdes,
hermosa mía,
volveré a tu regazo
desde mi orilla.*

*Una mítica noche
de yelo y brasa,
volveré para verte
ruborizada.
Rondas de hogueras
te enrojecen mejillas
de cal y piedra.*

*Siempre tú, amada mía,
pálida y grave,
una noche pareces
de fuego y sangre.
La noche maga,
que convierte en carrozas
las calabazas.*

*Prodigiosa es la noche,
mi Cenicienta;
el reloj más premioso
rompió su cuerda.
Y para el baile,
son redondas tus plazas,
pinas tus calles.*

*En los pliegues airosos
de tu corpiño,
lentejuelas de lumbres
pugnan en brillos.
Sus parpadeos,
como manos que agitan
rojos pañuelos.*

*Como lenguas que gritan
holas y adioses
a centallas que vuelan
hacia las torres.
Y se desmayan,
lágrimas de ceniza
desangeladas.*

*Al calor de tu noche,
mentido enero,
las mazorcas se vuelven
flores de almendro.
Y empieza un rito
de palomas ahogadas
en ríos de vino.*

*En los rostros bermejos,
los coribantes
llevan fraguas que enciende
Vulcano el aire.
Y cuando danzan,
se transfieren a sombras
y se agigantan.*

*Humaredas rojizas
burlan al viento,
y se yerguen, memoria
de aspa y sahumerio.
Viejas liturgias
de doncellas y mozos,
trascos y brujas.*

.....

*A la noche más tuya,
hermosa mía,
San Antón me devuelve,
me paganiza.
Vestal de llamas,
al compás de los corros
me rueda el alma.*

Aún hacían eco en los oídos las palabras del poeta de los bigotes blancos, cuando el Prioste con voz de irresistible satisfacción, a la vez que con nostálgica esperanza, daba por terminada esta inolvidable Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1993, dirigiéndoles unas palabritas.

Amigos: Horas satisfactorias y gratificantes han sido estas que hemos compartido. Horas en las que hemos recibido, con el fraternal espíritu que caracteriza a la Asociación, a dos nuevos miembros, horas

en que hemos intercambiado afectos, hemos departido –mesa y mantel de por medio– franca y alegre conversación, hemos escuchado sabrosas y curiosas intervenciones, y hemos en fin culminado con idéntico espíritu que en ediciones anteriores, la cota número dieciséis de estas tan íntimas, tan jaeneras y tan particularmente nuestras Cenas Jocosas.

Cuando salgamos de esta casa, que tan generosamente nos ha acogido, la Cena de 1993 será ya historia, una historia muy reciente pero historia al fin y que veremos plasmada D.m. en la sabrosa Crónica que en la cena venidera presentaremos.

Con esa pena que producen las cosas buenas cuando se acaban, finaliza la Cena de 1993, pena que rápidamente veremos disipada pensando ya en la Cena de Santa Catalina de 1994.

Antes que las notas del Himno a Jaén pongan el broche final, es bueno y de obligado cumplimiento, expresar una vez más a la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Jaén, el testimonio de nuestra más sincera gratitud por la acogida que nos ha dispensado, rogando a sus responsabilidades sepan disculpar las molestias ocasionadas.

Amigos, que la paz, los afectos sinceros y la fraternal amistad que nos ha unido en esta Cena de 1993, nos vuelva a reunir en la Cena de 1994.

Todos los comensales en pie cantaron el himno a nuestro querido Jaén y, cuenta mi abuelo, con cierta sorna y mucho retintín, que algunos Amigos daba la impresión que no se lo sabían, después de haber cenado dieciséis noches. ¡Tiene guasa el asunto!

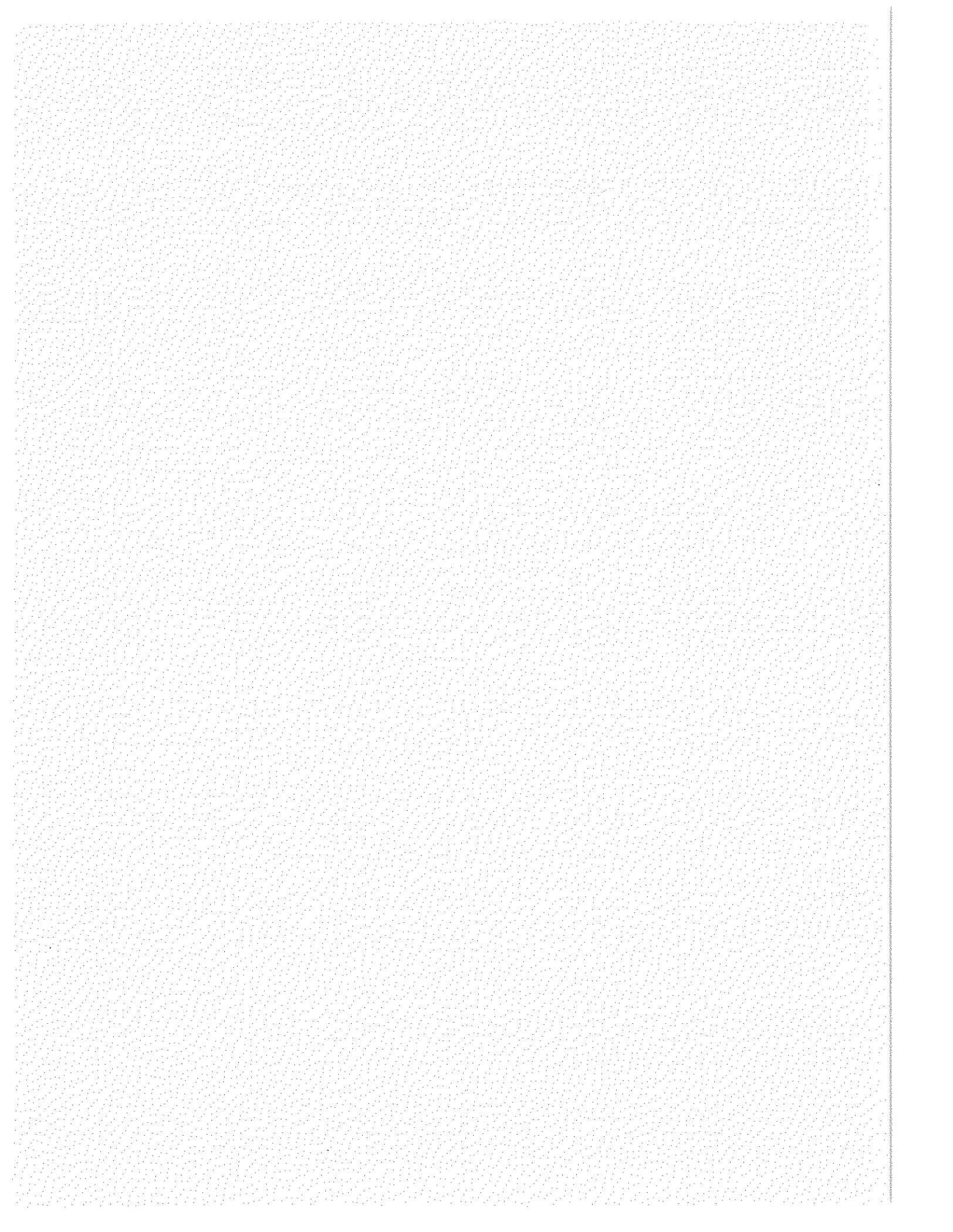
Mi abuelo, como gato viejo y pellejo, no se le escapaba detalle alguno, teniendo así la oportunidad y gran satisfacción de poder conocer a través de la fiel y sabrosa Crónica, qué es lo que sucedió y que es lo que cenaron y bebieron estos buenos Amigos de San Antón en esta Cena Jocosa de 1993.

Yo particularmente doy las gracias a todos, y en particular al hombre de los dibujos y pintarrajos que, gracias a él que tomó nota de todo, pudo mi abuelo guardar este tesoro inolvidable. Pero... ¡que cabeza la mía! estoy terminando y en todo el relato se me había pasado decir que este hombre de los pintarrajos y que tomó tan puntual nota de esta cena, era llamado por José María Pardo Crespo. ¡Que perdone este olvido!

¡Ah! Y perdonad vosotros. Olvidaba contaros que en el último papelote viejo de la Crónica de mi inolvidable y venerable abuelo, relata de como los comensales se llevaron a sus casa, los trozos del sabroso pan de trigo de la Panadería de la Plaza, de Cazorla, que habían sobrado. También portaban ejemplares de la Crónica de la Cena del anterior año de 1992, y el precioso pucherillo de cerámica, que era una joya. Se lo llevaron como si de un tesoro se tratara y, locos de contentos, como niños con zapatos nuevos, abandonaron la calle Hurtado camino de sus casas. Era ya avanzada la madrugada y los gallos habían cantado anunciando un nuevo día.

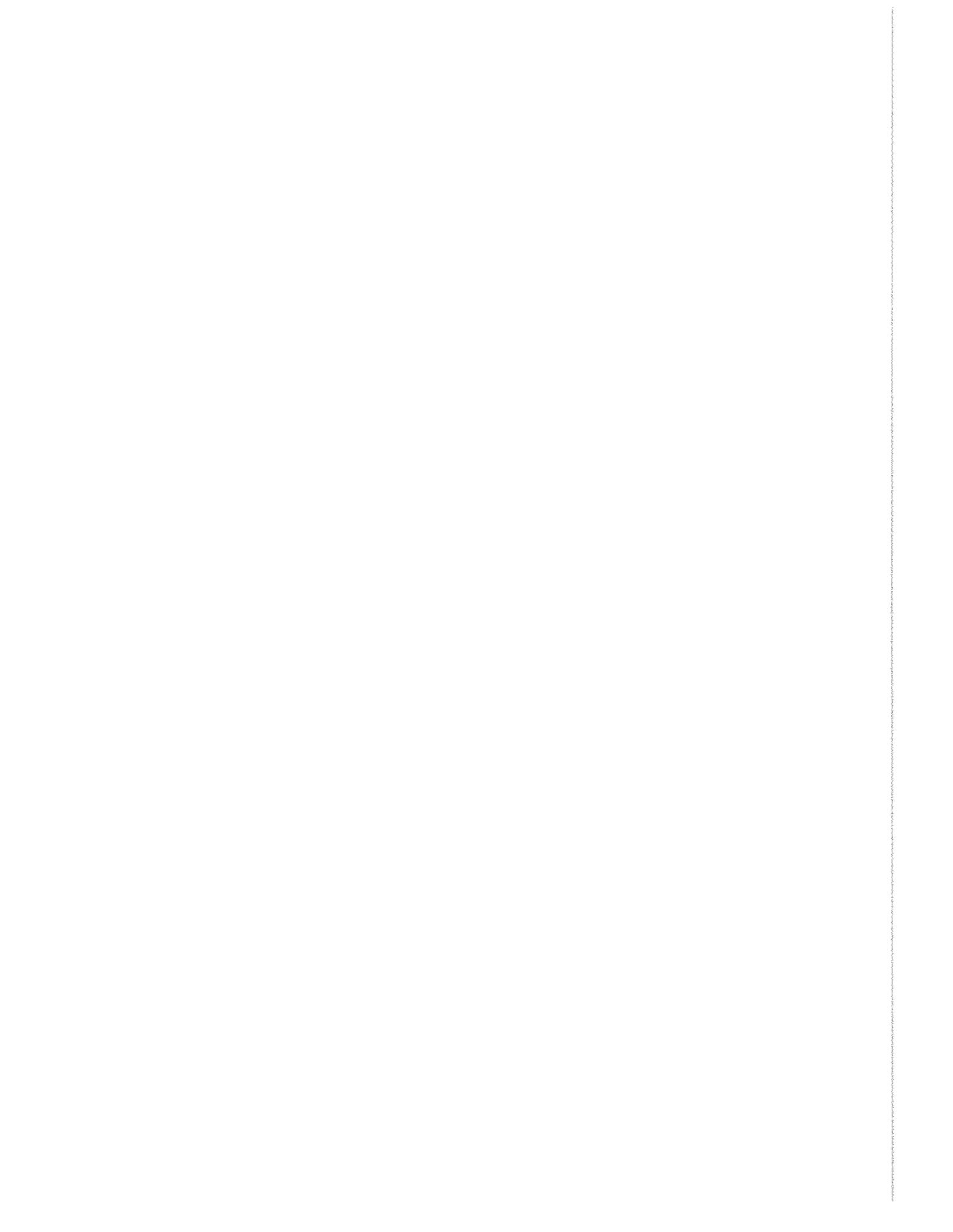
Después de leer esta sabrosa y deliciosa Crónica en mi tejado favorito, miro a las estrellas y me pregunto: ¿estarán locos estos Amigos de San Antón o, acaso seré yo un gato inculto e ignorante?

¡A mi abuelo se le olvidó explicármelo!





San Antón Abad.- Grabado al boj.- Archivo Histórico de la ciudad de Barcelona.- (*Gentileza de José Ureña Castro*).



ADDENDA

Comunicaciones que no pudieron leerse en el transcurso de la Cena, por falta de tiempo.

Antonio Martos García.

Amigos:

"Decíamos ayer..." le soltó a la concurrencia Fray Luis de León después de haber saldado su deuda con el Santo Oficio.

Y fue ayer, en el recuerdo, cuando dejamos para hogaño nuestra visita al llamado "real de la feria".

Antes de hacerla, quisiera traer a colación unas consideraciones, que si bien nada tenían que ver con la celebración, sí la condicionaba poderosamente.

Eran los años en que nuestro país, salido de la más incivil de las guerras, trataba de cerrar sus heridas.

En el mundo, las llamadas potencias del Eje, combatían con las fuerzas de otros países llamados democráticos, a la vez que la climatología se mostraba en desacuerdo con nuestras necesidades puvio-métricas, dando lugar a un largo período al que se dio en llamar de "pertinaz sequía".

Esto os dará una clara idea de las muchas privaciones que por entonces "gozábamos".

Con el tiempo y dentro de un orden, el periódico local calificó a nuestra provincia de "cenicienta", por lo que el General Franco tuvo que pronunciar aquella frase que, esculpida en mármoles, fue colocada en los lugares más prominentes de nuestros ayuntamientos y que venía a decir algo así como: "La provincia de Jaén, me quita el sueño".

La llegada de la democracia, propició la desaparición de tales lápidas, sin que Jaén desaparezca del último lugar del "ranking" de "renta per cápita", según se empeña en demostrar un año sí y otro también, prestigiosa entidad bancaria. O sea que...

Pero esto que ahora apunto, ni lo conocíamos entonces ni falta que nos hacía. El hecho gozoso era que las fiestas de San Lucas estaban ahí y que había que vivirlas durante los días que duraban, con la intensidad de los pocos años y con los ojos muy abiertos para absorber la cantidad de sensaciones que, en fechas tan señaladas, nuestra escasa edad es capaz de atesorar.

Y es con esos ojos y con esa capacidad de asombro, con lo que os pido me acompañéis a vivir unas fiestas desconocidas por alguno de vosotros, pero que a buen seguro se renovarán en el recuerdo de otros.

El día señalado para la salida de los gigantes y cabezudos, la chiquillería se agolpaba ante las puertas del ayuntamiento, pidiendo portar sobre sus débiles hombros, aquellas grotescas cabezas hechas de cartón y con entreabiertas bocas, a través de las cuales, ansiosos ojos infantiles oteaban a los espectadores a los que poder gastar pesadas bromas.

Eran unas cabezas enormes que casi tapaban la menguada figura de los que las portaban, dejando ver algo del tronco y unas débiles y no siempre limpias piernecillas de postguerra.

Los gigantes eran pareja: giganta y gigante, soportando sus pintadas cabezotas con un armazón de madera revestido de largos ropajes que, a la altura hipotética del bajo vientre, llevaban una especie de ventanilla que dejaba ver el rostro ratonil y de mirada huidiza de las personas que los portaban.

Sin duda, de ahí puede venir la frase de: "Ves como los gigantes, por la bragueta".

Estos dos ganapanes, debían ser personas mayores que participaban en el jolgorio mediante modesto estipendio. No así los cabezudos, por cuyas cabezas había algún que otro sostrazo.

Con lanzamiento de cohetes, (no muchos, que eran tiempos de escaseces) la menuda tropilla se daba un garbeo por las principales calles.

Terminado el recorrido, se volvían a guardar todas aquellas figuras en un almacén del ayuntamiento sito en la Plaza del Conde y que también estaba habilitado como albergue de "transeúntes", eufemística denominación a destrozados mendigos que podían descansar sus miserias sobre duros jergones echados en el suelo.

Uno o dos años después, aquellas desconchadas y deformes figuras se vieron incrementadas por las de "Blanca Nieves y los siete enanitos" y por un enorme lagarto que, recostado sobre un remolque, abría y cerraba su amenazadora boca.

Unas fiestas pobres, es verdad, pero tan nuestras...

Nos dice el ilustrado e ilustrador miembro de esta Confraternidad, D. Manuel López Pérez, que en el año de 1883, la docta corporación que por entonces regía los destinos de nuestro ayuntamiento, y en consideración a la muy razonada exposición que en este sentido hacía la Real Sociedad Económica de Amigos del País, tomaba el acuerdo de trasladar al mes de octubre los festejos y feria de ganado que tradicionalmente se venían celebrando en el mes de agosto.

De este modo, añadido yo, se convirtió en una de las últimas ferias ganaderas de España, por lo que llegó a gozar de justa fama por la cantidad y calidad del ganado que a ella concurría y el importante número de transacciones que allí se realizaban.

Dicha feria de ganado, era instalada en descampados próximos al casco urbano, por lo que en años de lluvia aquello se convertía en un barrizal y en los de calor, cuando el sol arreaba de firme, avinagraba el vino que se expendía en unos aguaduchos habilitados bajo cuatro palos y una sucia lona.

En ellos, payos y gitanos abrían y cerraban tratos con grandes aspavientos y estrechamientos de manos o negativas a dárselas, mientras que los llamados "marchantes" o "tratantes" ponían todo su empeño en que llegaran a un acuerdo, jurando por todos sus ancestros que la burra objeto del trato, estaba bien vendida y era bien comprada.

Al tiempo de esta feria de ganado, se celebraba otra de tipo comercial y que era instalada en lo que tradicionalmente, y al margen de unos y otros, los jaeneros hemos conocido por *camino de la estación*.

Allí, moros venidos del entonces protectorado de Marruecos, tocados con fez o sucios turbantes, vendían esencias de perfumes envasadas en pequeñas ampollas de vidrio, objetos de cuero repujado, alfombras, no faltando los que, dedicados a la gastronomía, con manos de dudosa limpieza, introducían sanguinolentos trozos de carne en un espeso mejunge de color amarillento. Después, ensartados en renegridos alambres, eran puestos sobre las ascuas de una especie de hornillo de carbón. Cuando estaban a punto, los ofrecían como "pinchitos morunos".

Todos ellos, tenían un común denominador. Provocaban la atención de posible cliente llamándole "páisa".

También había casetas dedicadas a la venta de bisutería, donde las mozas elegían entre el serrín pendientes, pulseras y sortijas con las que alhajarse.

Asimismo, las casetas de los turroneiros, donde sus propietarios, blandiendo espantamoscas, trataban de preservar unos peguntosos trozos de turrón, con polvo de muchas ferias, de la voracidad de moscas y abejas.

Manejando diestramente sus combreras, unos churreros vertían blanca masa de harina salida de unos cupos especiales que para estos días se concedía, sobre unas sartenes que contenían un aceite que olía a demonios y que provocaba molesta carraspera al que lo aspiraba.

Sobre hornillos de carbón y en calderos de cobre, se preparaban almendras garrapiñadas, cuyo olor transcendía por todo el paseo.

Casetas de tiro al blanco, rifas, así como otras dedicadas a la venta de unos pobres juguetes hechos de cartón o de hojalata, donde los más pequeños berreaban a modo tratando de conseguir alguno de ellos, completaban la oferta comercial, haciendo que en los días de feria, dicho paseo fuera el más transitado de la ciudad.

¿Os acordáis de él?

Marginado en su primer tramo por edificios de poca altura y bella arquitectura, allí estaban ubicados los cines de verano *Triación* y *Victoria*, destacando en el primero su fachada llena de dibujos publicitarios donde *Sutil* dejó su impronta.

También el *Norte*, que alternaba sesiones de cine con obras de teatro. En los tres, llegada la feria, se instalaban bellas casetas donde al decir de las crónicas, se celebraban animados bailes. ¿Lo sabría el Cardenal Segura?

Tras las tapias del asilo de ancianos, se podía ver el reloj y las copas de los árboles, así como sus gráciles palmeras. También su airosa espadaña, en la que un solitario esquilón marcaba las horas de rezos monjiles.

Todas las mañanas se abría uno de los portones por donde salía un coche tirado por un caballo blanco y ocupado, además de por el cochero, por dos monjas, quienes recorrían todos los puestos del mercado de abastos recogiendo las pobres dádivas que, en aquellos tiempos de escaseces les podían dar y con cuya ayuda, mantenían a unos ancianos faltos de todo.

¡Qué gran labor la de estas monjas!

¿Para cuando el homenaje de nuestra ciudad?

Junto a las edificaciones, amplios acerados y junto a ellos, dos carriles destinados a vehículos ascendente y descendente. En medio de ambos, hermoso paseo flanqueado por artísticas farolas y asientos de listones de madera sobre bellos soportes de hierro.

Cuatro hileras de frondosos árboles, le daban sombra, finalizando en una amplia rotonda de suelo de garrufo conocida como *La Guitarra*, en cuyo centro se emplazaba el monumento a las batallas de las Navas de Tolosa y Bailén, con gran profusión de jardines y asientos donde reposar bajo tanta arboleda, al tiempo de hojear alguno de los libros que Bedoya (una especie de bibliotecario) se encargaba de sacar del habitáculo habilitado en la base del monumento y cerrado con puerta de hierro.

Todo ello, bajo la atenta mirada de un guarda de fiero semblante, sobre cuyo labio superior, un recortado bigote añadía, si cabe, más fiereza a su estampa.

Era conocido por el *Manco* y colgaba del brazo al que le faltaba la mano, una flexible garrota con la que más de una vez midió las costillas de quién osó tocar "sus" flores o entrar en "sus" jardines.

Toda una institución a la que los chiquillos temíamos como a una vara verde.

A partir de ahí, recto como un huso, iba a parar a la puerta de la vieja estación de ferrocarril.

Precioso paseo desaparecido en aras de un mejor tránsito rodado, lo que motivó que nuestra ciudad perdiera un idílico lugar donde dejar a un lado el ajetreo de la vida, que por allí discurría remansada, muy lejos de lo que hoy es, una pista de carreras, polvo y ruido.

Paseo que formaba parte del folklore local y que era cantado cuando llegaba la ocasión, que casi siempre solía ser por los últimos días de agosto, cuando el aire formaba enormes remolinos donde giraban gran cantidad de vilanos, y de las nubes negras como el cerote, el relámpago, seguido del retumbar del trueno, saltaba de una a otra.

Grandes goterones de lluvia caían sobre el empedrado de las calles de donde parecía salir fuego, y era entonces, cuando con más fe que acierto, cantábamos:

Que llueva, que llueva
la Virgen de la Cueva.
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.
Que sí, que no,
que caiga un chaparrón
encima de un peñón,
que rompa los cristales
del Camino la Estación.

Mientras que, gozosos, poníamos los cueros a remojar por aquellas primeras lluvias venidas después del caluroso estío.

Era allí, en los días de feria donde, aprovechando su trazado, se organizaban carreras en las que participaban las glorias locales de nuestro ciclismo disputándose unas pocas pesetas en metálico y alguna copeja de desvaído metal. Eran los *Patavino, Anguita, Castro, Cortés, Barriuso, Chilanco, Catena...*

Muy cerca del Camino de la Estación, en los descampados que había en lo que hoy se conoce como calle de Arquitecto Berges y

aledaños, ¡la feria! Algo a lo que los sesudos varones y el periódico local llamaban "atracciones de feria" y nosotros, con la parquedad de los pocos años y de forma más directa, conocíamos como "cacharros".

Allí las voladoras, que eran unos asientos de madera pendientes de unas cadenas colgadas de unos ganchos y que al girar con ayuda de un motor y gracias al continuo movimiento de nuestras piernas, hacía que unos a otros nos alcanzáramos, dando lugar a unos racimos de chavales a los que costaba Dios y ayuda separar. "Cacharro" que, en aquellos tiempos de *pertinaz sequía*, no gozaba de nuestra total predilección, ya que se corría el riesgo de quedarse parados a mitad de viaje por falta de fluido eléctrico o que después de pagado el peaje, tener que esperar el tiempo necesario hasta que se reanudara de nuevo la corriente eléctrica.

Estaban las "barquillas" que, como su nombre indica, era una atracción formada por varios artilugios en forma de pequeñas barcas sujetas mediante unas tirantas de hierro a un eje central que corría a todo lo largo del aparato. Con el movimiento de nuestro cuerpo, hacíamos que dichas "barquillas" llegaran a todo lo alto, dando lugar a que el encargado, tuviera que frenar nuestros ímpetus de forma un tanto abrupta y mediante el tablón con goma que había colocado debajo de cada una de ellas.

Al ser independientes, y permitir uno o dos ocupantes, daba lugar a emocionantes carreras por ver quién o quienes conseguían ponerlas antes en todo lo alto. O boca abajo, que era lo mismo.

También la noria, accionada a base del empuje de dos mozos que imprimían celeridad a aquellos asientos y que ofrecían todo un espectáculo circense cuando acabado el viaje, tenían que frenarlo.

Venía también un carrusel de lujosos y cómodos asientos con caballos y otras figuras de animales que subían y bajaban al tiempo de dar vueltas, pero al que teníamos en poca estima por aquellos tan frecuentes apagones, lo que ocurría asimismo con otros aparatos como las *olas*, *el látigo*...

Además de uno o dos circos, había casetas de espejos que deformaban la figura y que hacía que nos riéramos los unos de los otros. La del laberinto, en la que pasábamos un buen rato hasta encontrar la salida. La de los *Hermanos Canarios*, que a ojo de buen cubero deberían de pesar cada uno de ellos algo así como doscientos kilos. La

caseta del fakir, que exhibía en una urna de cristal instalada en la puerta de entrada, la cabeza de una hurí que movía ojos y labios, hacía mohines y no tenía cuerpo...

Por allí andaba intrépido motorista vestido de cuero y que después de hacer petardear su motocicleta durante un buen rato, emprendía veloz carrera por las paredes de tablas que habían sido dispuestas de forma circular, estando los espectadores colocados en una especie de balconcillo desde donde nos emocionábamos viendo las evoluciones del arriesgado conductor.

Y el *chin-chin-pum* del *tío Juanico*.

Tratar de describirlo, pertenece a lo casi imposible por que en sí mismo era algo indescriptible, desde su nombre onomatopéyico propio, hasta su misma estructura. Tarea harto difícil que trataré de cumplimentar con más voluntad que acierto.

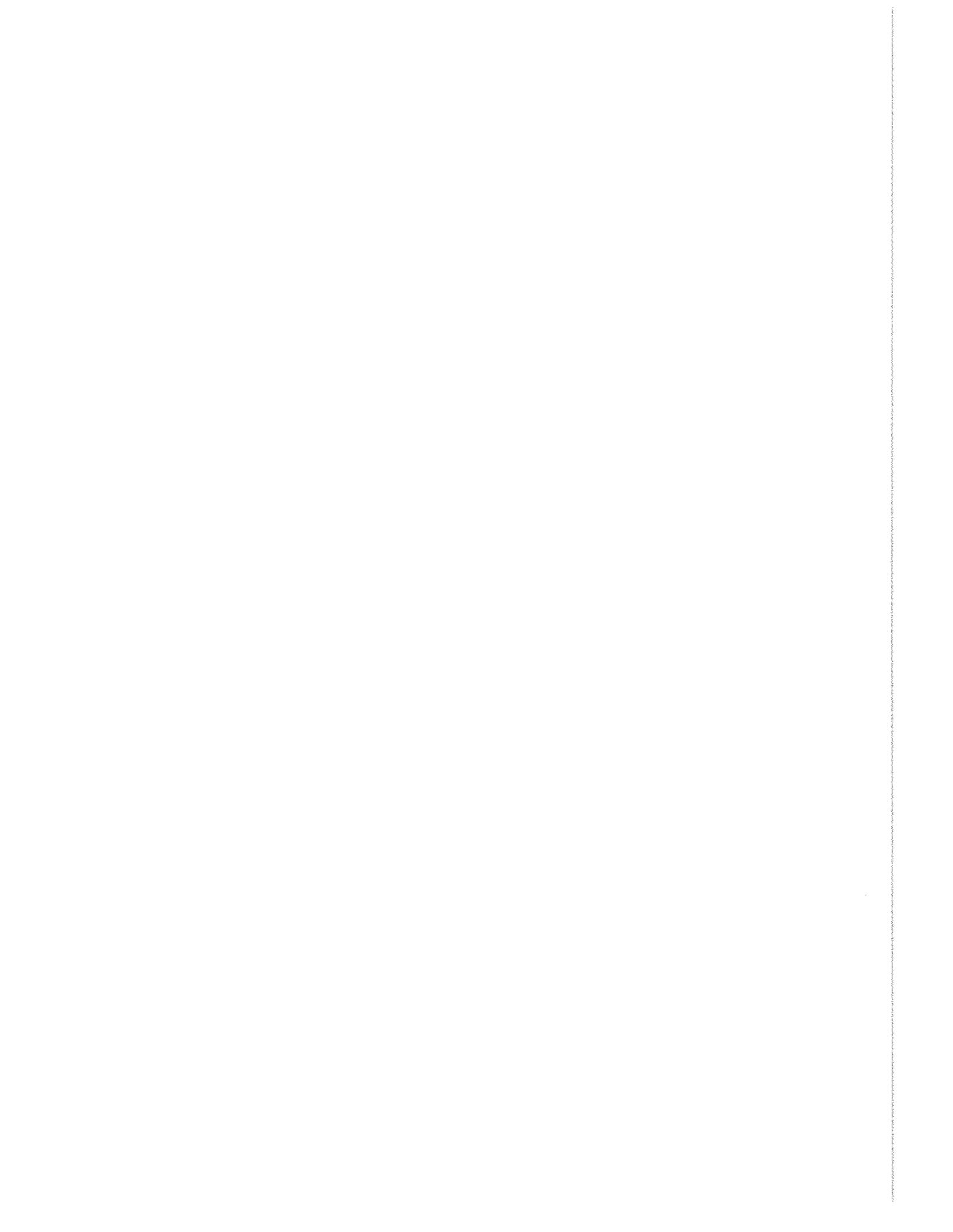
Comandaba aquel revoltijo de hierros de distintos calibres, formas y tamaños, con tableros polvorientos y rotos, unidos con puntas, tuercas y alambres, el *tío Juanico*, curioso personaje vestido con rota camiseta de manga corta que en tiempos debió de ser blanca. Sujetaba a su cintura unos remendados pantalones llenos de piezas y suciedad, con una fuerte tomiza de esparto y movía de una a otra comisura de sus encallecidos labios, con notable soltura, una ensalivada colilla de maloliente picadura a la que de tarde en tarde propinaba vigorosa chupada y de la que milagrosamente salía humo, sin que nunca llegara, que se sepa, a quemarse los labios.

Remataba su atuendo, tocado con un orinal de desconchada porcelana que de vez en cuando se quitaba de forma reverente para preguntar a la concurrencia con cascada voz salida de una boca totalmente desdentada: *¿Quereis máaaaaas?*

Ni que decir tiene que la respuesta de la grey infantil era unánime, de consenso, como diría cualquier político al uso, y un prolongado *¡siiiiiii!* se escuchaba por todo el recinto ferial, al tiempo que el *tío Juanico* ceremoniosamente, igual que cuando se la había quitado, volvía a encasquetarse su particular "chistera" y seguía atizándole a una tambora de desmayado pellejo, con un corto palo, en uno de cuyos extremos, informe amasijo de cuerdas y trapos hacía las veces de



Barquillero en la Feria de San Lucas.- (Fotografía de Manuel Romero Avila).



mazo, no sin antes haber dado dos golpes de platillo. De ahí el otro nombre de la "atracción": *chin-chin-pum*.

En el centro de tan inverosímil aparato, y arropado por todos los enseres de que disponía la familia, un alto y recio tronco, semejante a un palo de vela mayor, sujetaba aquel entramado de hierros de las más distintas formas que, a modo de radios terminaban sujetando unos polvorientos y rotos tableros sobre los que se habían instalado la más extraña mezcla de algo que intentaban parecer briosos corceles hechos de madera, pero cuyo parecido más aproximado estaba a medio camino entre la figura de un cerdo y de un toro de Guisando.

Ni el más surrealista de los pintores, en un ataque de "delirium tremens", hubiera sido capaz de darles los colores que "lucían".

Los había totalmente rojos con redondos lunares pintados de amarillo, mezclados con otros pintados de negro con lunares rojos, o amarillos con lunares negros...

Sin embargo, era el "cacharro" más visitado de la feria. En él no se corría el riesgo de quedarse sin fluido eléctrico.

Si se tenía dinero, uno se subía a cualquiera de aquellos extraños caballos y con el mismo espíritu que el gran Alejandro debió de cabalgar sobre "Bucéfalo", se disponía a dar las vueltas reglamentadas por el *tío Juanico* y contestar cuantas veces fuera preciso y si necesario fuera llegar hasta la ronquera, a sus preguntas de si *¿Quereis máaaaaas?*

Si por el contrario los caudales ya habían sido gastados, no importaba. El *chin-chin-pum* era tierra de promisión y acogía a unos y otros.

El *tío Juanico* invitaba de forma alegre y con elegante gesto a meterse dentro de aquella especie de carrusel y empujar hasta alcanzar velocidades de vértigo, en cuyo momento uno podía dar lo que se denominaba "la culá" y sentarse en uno de aquellos tableros que más de un guinchón ocasionaron en recién estrenados pantalones, pudiendo ir montado durante unos minutos. Cuando perdía velocidad, abajo otra vez a seguir empujando.

Terminada la feria, un profundo surco circular daba fe de que allí había estado instalado el *chin-chin-pum*.

Era la huella que habían dejado sobre la tierra los muchos pies que la habían pisado a mayor gloria del tío *Juanico* y su artefacto.

El *real de la feria* estaba muy concurrido de gente. Unos subiendo o haciendo subir a sus vástagos a los aparatos, otros viendo o paseando, todo ello entre una espesa nube de polvo que se elevaba a buena altura y que era visible desde lejos al contraluz de la escasa iluminación que proporcionaba un deficiente tendido eléctrico y algunas lámparas de carburo instaladas en casetas.

Iluminación que, cuando se interrumpía, daba lugar a enorme griterío por parte de las mozas que por allí se encontraban.

Mozos reprimidos y algo bestias (que todo hay que decirlo) soltaban sus pecadoras manos sin ton ni son procurando tocar la mayor parte posible de femeninos cuerpos, lo que producía una gran grito por parte de las "beneficiadas", aunque uno, viendo lo que sucedía, sacaba en consecuencia que unas gritaban por haber sido tocadas y otras, por que no lo eran. Que así es a veces la condición humana.

Cuando volvía la luz, todo recuperaba su habitual compostura. Hasta el nuevo apagón.

Por aquellas calendas, vino a sumarse a los festejos feriales el Concurso Hípico, que empezó celebrándose en el campo de fútbol de *Peñamefécit* (j) para trasladarse después a un descampado que había en lo que hoy ocupa el colegio de los Hermanos Maristas, separando a los espectadores del terreno hípico por unas estacas clavadas en tierra y recia sogas de esparto acotando todo el recinto.

Pasado el tiempo, aquella feria trashumante, encontró un lugar fijo y apropiado para su instalación.

Con dinero destinado a paliar el paro obrero, se construyó un ferial sobre las otrora feraces huertas de la *Salobreja*.

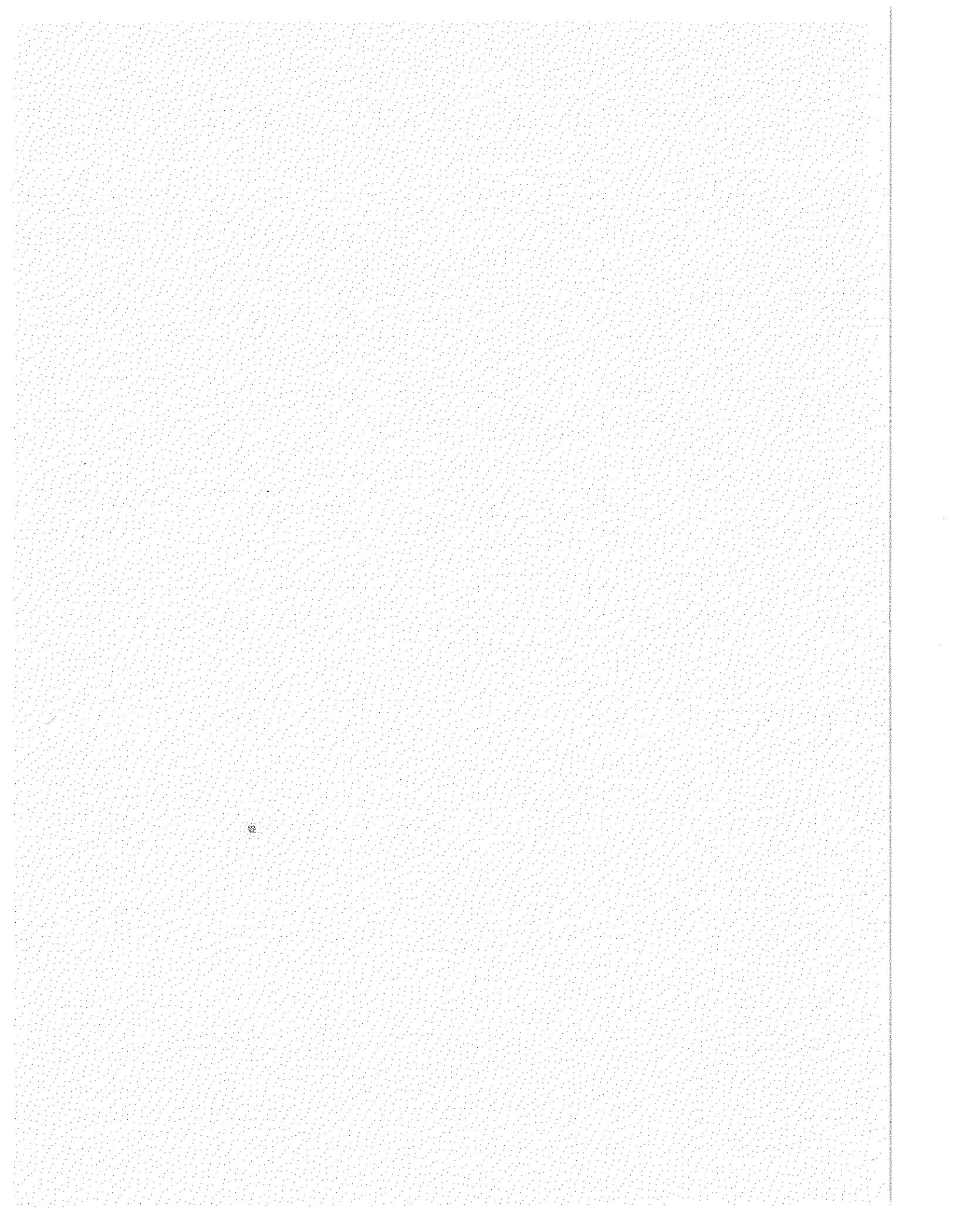
Igual ocurrió con el campo hípico, construido sobre lo que había sido tierra de viñedo y que había ocasionado no pocos sinsabores a su propietario por aquello de los amigos de lo ajeno.

De aquellos tiempos, uno recuerda nombres de caballos tales como *Helsinki*, *Quorum*, *División*... y guarda en la memoria nombres de

jinetes como el Comandante Andújar, el Teniente Coronel Noguera, el Sr. Goyoaga...

Para entonces, el país había mejorado, remitido la pertinaz sequía y nosotros habíamos crecido, viendo la feria con otros ojos, de otra manera. O sea, que ya era otra feria.

Muchas gracias.



Francisco Olivares Barragán.

SANTA CATALINA

Es de extrañar que a lo largo de las dieciséis cenas que hemos celebrado ya los «Amigos de San Antón», no se haya levantado alguna voz para que esté presente la Santa que le da nombre a las mismas, y que además, es la Patrona principal de Jaén: Santa Catalina.

He querido ser yo el que, aunque de forma breve, la traiga aquí esta noche. Y tengo que comenzar diciendo que me ha sido muy difícil encontrar datos sobre la Santa, y no deja de ser raro, que siendo desde hace tantos siglos Patrona nuestra, no haya una abundante bibliografía sobre ella, por esto, y para que plumas más autorizadas que la mía hagan un estudio más profundo, quiero yo dar unas pinceladas sobre su vida y de las teorías del porqué fue declarada Patrona de Jaén.

Nació Santa Catalina en el año 310 en la ciudad de Alejandría en Egipto, en el seno de una importante familia. Desde pequeña se distinguió no sólo por su sin par belleza, sino por su sabiduría e ingenio.

En aquella época regía la ciudad Maximino II, príncipe cruel y enemigo implacable de los cristianos, llegando a publicar un edicto en el que pedía a la población que ofreciera sacrificios a los dioses, y que los que no obedecieran esta orden serían severamente castigados.

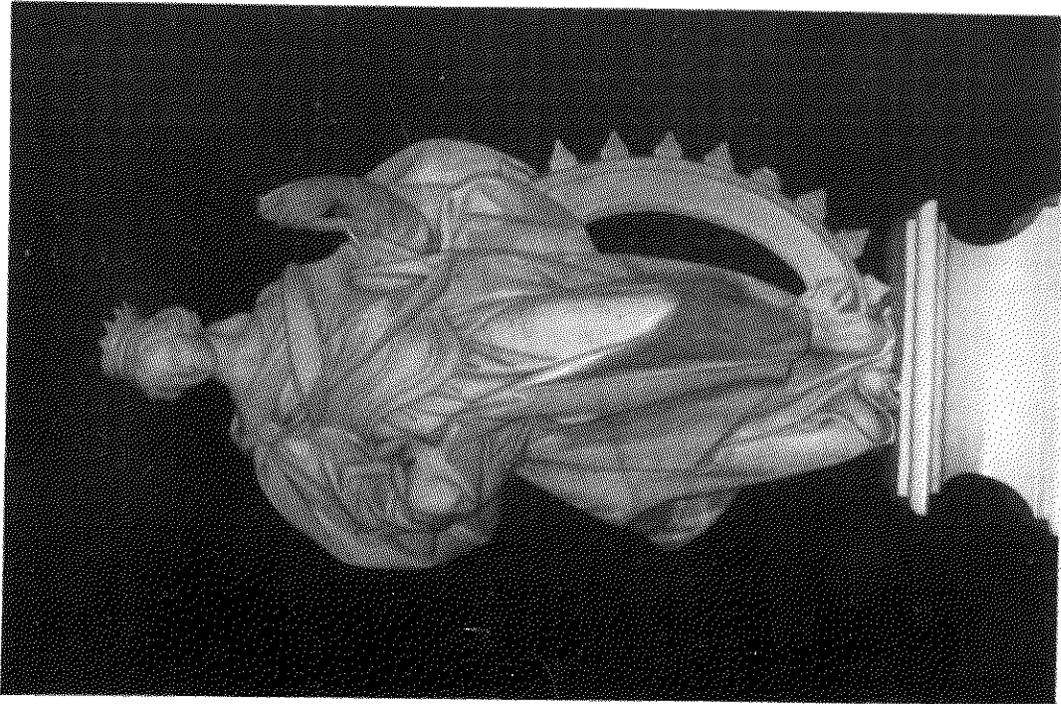
Mientras tanto Catalina llevada por su inquebrantable fe, no sólo no acudió a la llamada de Maximino, sino que se dedicaba a sostener la fe de los cristianos predicando las verdades de Dios. Finalmente se presentó ante el Emperador, quien la recibió en audiencia, y al que le habló largamente para tratar de convencerlo de que era un error adorar a los dioses de la gentilidad, y que si él no sabía discernir entre la verdadera religión y la falsa, se diera cuenta de que la misma razón natural demostraba que no podía haber más que un Ser Supremo y único principio de todas las cosas, y que este Ser verdadero era Jesucristo, y que si él solo no era capaz de comprender una verdad tan patente, que al menos oyera a sus más sabios doctores como Diodoro

Sículo o Plutarco que lo sacarían de sus errores. Preguntó el Emperador a Catalina que quien era para hablarse así, a lo que ella contestó: «—Quien soy es bien sabido en toda la ciudad de Alejandría: llámome Catalina y mi casa es de las más ilustres del país. Me he dedicado toda la vida al conocimiento de la verdad: cuanto más estudiaba, casi más iba descubriendo la vanidad de los ídolos que adoras. Mi gloria y mis riquezas consisten en ser cristiana y esposa de Jesucristo. Todo mi deseo es que tú y tu imperio le conozca, renunciando a las supersticiones en que os habéis criado; esto me dió aliento para presentarme sin otro fin que el de hacerte una representación tan humilde como importante y verdadera».

Abrumado el Emperador por las palabras de Catalina, y sin saber qué contestarle, convocó a cincuenta filósofos de los más renombrados del país para que nuestra Santa se enfrentara con ellos. Cuando iba a ir al encuentro de los sabios se le apareció un Angel y le dijo que no temiese, que Dios le daría tanta luz que convertiría a aquellos hombres aunque finalmente recibiría la palma del martirio. Le dieron asiento en medio de los filósofos y uno de ellos trató de persuadirla para que adorara a Apolo, dios del Sol, a lo que le contestó Catalina con irrefutables argumentos, terminando por decirle que si Apolo era el más hermoso de todos los astros, toda la luz con que brillaba se la debía a la magnificencia de Dios. Quedó el filósofo confundido e invitó a sus compañeros a que le rebatieran sus palabras; pero todos se excusaron, por lo que ninguno osó responder a Catalina, declarando todos que no había más que un solo Dios verdadero y que estaban dispuestos a defender con su sangre esta verdad.

Enfurecido Maximino condenó a muerte a los que habían abrazado la fe de Jesucristo y martirizó a Catalina atormentándola con una rueda de cuchillas, que se rompió en mil pedazos, por lo que fue decapitada, corriendo por la herida leche en lugar de sangre en señal de la pureza e inocencia de la víctima sacrificada. Los Angeles que bajaron del cielo para reconfortarla y asistirle en su muerte, llevaron su cuerpo a la cima del Monte Sinaí donde le dieron sepultura.

Sobre el porqué fue declarada Patrona de Jaén hay varias teorías: unos creen que fue conquistada la ciudad por Fernando III el día 25 de Noviembre, festividad de la Santa. Esta creencia fue recogida de forma oficial por el Obispo de Jaén Don Luis Osorio, quien en las Constituciones Sinodales y Estatutos de la Santa Iglesia de Jaén de



Santa Catalina de Alejandría.- Figura de alabastro, en el trascoro de la Catedral de Jaén.- (Fotografía de Arturo Aragón Moriana).

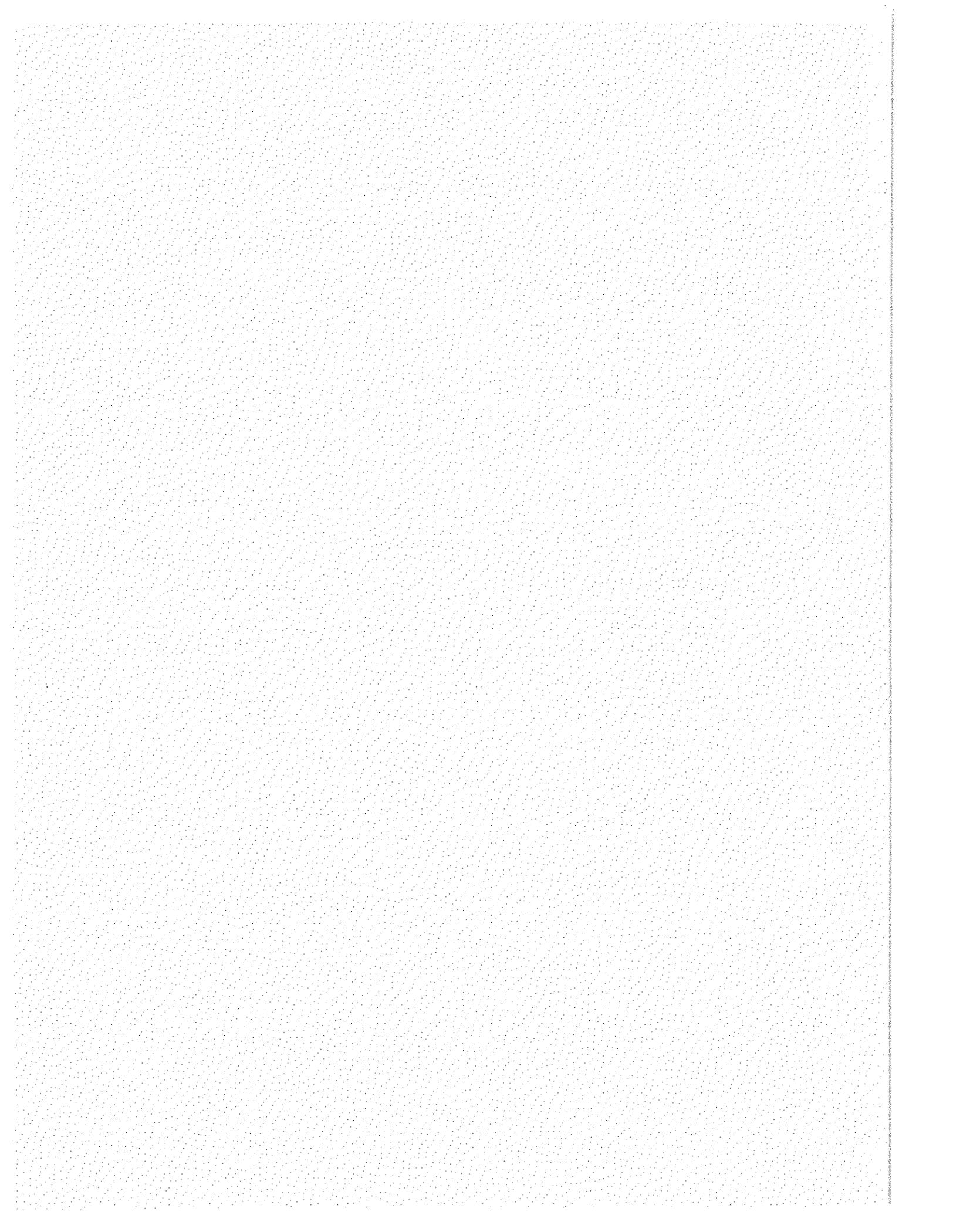


24 de Mayo de 1492 dispuso: «E por quanto la Ciudad de Jaén, título y cabeza de nuestro Obispado fue ganada de los infieles día de Santa Catalina Virgen, por revelación y milagro suyo, cuya fiesta la dicha Ciudad ha en gran veneración, mandamos que de hoy en adelante sea celebrada de seis capas...».

También Rus Puerta recoge esta creencia, así como otros autores.

Otros son de la opinión que Jaén no se conquistó en aquella fecha, sino en la primavera de 1246, y que la intervención de Santa Catalina fue por haber sido la reveladora a Fernando III de que la toma de la ciudad tendría lugar por aquellas fechas. Ximena Jurado dice: «Más yo tengo por cierto que el haber hecho elección la ciudad de Jaén de este Patronato de Santa Catalina y el celebrarse su fiesta, no se originó ni pudo tener principio por haberse ganado en su día, sino por la revelación que tuvo de Dios por medio de esta Santa el Rey Don Fernando, de que había de hacerse señor de esta ciudad dentro de poco tiempo».

Esta tradición de la revelación la recogen otros autores: El Padre Francisco de Vilches dice que «hallándose dudoso el Santo Rey en emprender el cerco de Jaén, por las dificultades que preveía, se le apareció una noche la Santa y con palabras distintas le animó a la empresa y le dió unas llaves como en señal de que había de tomar la ciudad». La escena de la entrega de las llaves por Santa Catalina fue representada en unas pinturas en el Convento de Religiosos de Santo Domingo, fundado en Jaén por Real Cédula de Don Juan I de 27 de Octubre de 1382. Según refiere el Obispo fray Juan López en su "Historia de la Orden de Santo Domingo", se le dió el nombre de Santa Catalina a este Convento porque la Mártir dió orden de como se tomase la ciudad de Jaén y cuando le hizo entrega de las llaves al Santo Rey, éste "estaua acostado en su cama y Santa Catalina le daba las llaves de la ciudad".



Manuel López Pérez.

UN ATRACO MISTERIOSO EN EL JAÉN DE 1802

Mucho se habla en estos tiempos que corren de granujerías, de atracos de mayor o menor cuantía y de cotidiana inseguridad ciudadana. Pero lo cierto es que en todo tiempo se cocieron habas. Y que pícaros y mangantes siempre los hubo, pues es ésta una especie inherente a la humana condición, desde que el mundo es mundo.

Algo de eso sabemos quienes somos aficionados a revolver papeles viejos y rancios en los archivos, en los que con frecuencia nos salen al paso hechos y sucesos que merecen los honores de hacer con ellos todo un novelón.

Valga como ejemplo esta historia de pícaros y bandidos ocurrida en el Jaén pacífico y tranquilo de 1802, a la sombra de la recatada iglesia del bendito San Andrés.

En la mañana del sábado 20 de noviembre de 1802, se reunían en la Sala Capitular de la Santa Capilla de San Andrés los muy ilustres señores D. Joaquín de Gámiz y Laegui, prebendado de la S. I. Catedral, a la sazón Gobernador de la Santa Capilla y Noble Cofradía de la Purísima Concepción; D. Pedro de Vargas-Machuca, beneficiado propio de la parroquial de San Bartolomé y consiliario-administrador de la Santa Capilla; D. Esteban del Pozo, abad de la Venerable Universidad de Curas Párrocos; D. Pedro Tomás de Quesada, canónigo de la S. I. Catedral y D. Alonso Coello y Góngora, ambos consiliarios de la Noble Institución; D. Juan de Dios de Torres y D. José Antonio Toral, diputados y D. José Ibáñez Colomo, receptor de caudales de la Santa Capilla, auxiliados por el secretario D. Antonio José de la Barrera. Todos reflejaban en sus rostros cierta intriga y aun algún estupor por lo desusado de tan urgente cabildo.

Cumplido el ritual de entrada, el Gobernador D. Joaquín de Gámiz, con la ceremonia y retórica tan propia de aquellos tiempos les informó del tremendo "... *insulto y atropellamiento que en la noche y madruga-*

da anterior se había verificado, quebrantando la puerta del Archivo de la Santa Capilla, en el modo que ella misma demostraba por existir en la Sala Capitular y de cuyo atentado debía esperarse que hubiesen robado las existencias, así del caudal de la Santa Capilla, como de los Patronatos que se custodiaban en sus respectivas gavetas del Archivo y que este suceso era sensible para el Gobierno por la sustracción de unos intereses que debían refundirse en beneficio del público y de los pobres, verdaderos interesados a las dotes y limosnas que tienen por objeto las fundaciones a que correspondían y en el culto divino y sufragios de los fundadores..."

Comunicaba, que a las siete de la mañana el sacristán menor Rafael de Molina daba cuenta al Sr. Administrador de lo sucedido, notificándose al instante tan grave asunto al Gobernador, que al instante lo notificó a su vez al señor Corregidor y al Vicario General y Provisor del Obispado, a fin de que cada autoridad, en lo que atañía a sus respectivas jurisdicciones iniciara diligencias en orden al descubrimiento de los autores de tan horroroso delito.

Indicaba que ya había llegado a la Santa Capilla el Sr. D. Francisco de Torres, delegado del Corregidor y que de un momento a otro llegaría el Vicario General. Y que en consecuencia, no estaba de más que el Ilustre Gobierno estuviera "*a la vista de todas las operaciones que en el día se practicasen en la Santa Capilla*", tanto para auxiliar a las diligencias judiciales, como para evitar el extravío de papeles y bulas, también guardadas en el Archivo.

Todos, de común acuerdo, decidieron constituirse en Cabildo Permanente, ordenando que "*... no se llegue a nada de cuanto manifiesta el quebrantamiento de la puerta del Archivo, ni se permita que por persona alguna se mueva cosa alguna de los fragmentos que se ven en el suelo, ni se entre a lo interior de dicho Archivo y que verificado su reconocimiento, lo inspeccione y presencie con la mayor atención el Gobierno, enterándose con cuidado de si faltan papeles y los caudales que se hayan sustraído...*". Además, como se presumía que las diligencias iban a ser largas, se dispuso que se atendiera con todo celo "*...a los S. S. Jueces, demostrando la atención que se merecen y la política que es propia del Gobierno y se les atiende y a los dependientes del Juzgado, dándoles de comer y beber a las horas cómodas si se extendiese el trabajo..*". Para todo, se comisionó al diputado D. José Toral, encargándole redactase luego un detallado informe de las actuaciones practicadas.

Las diligencias judiciales las iniciaron de común acuerdo, D. Francisco de Torres, Regente de la Real Jurisdicción y D. José Segundo Moreno, Fiscal General Eclesiástico, a los que asistía como asesor D. Bernardo López y Bago.

La primera providencia, como es natural, fue tomar declaración al sacristán Rafael de Molina, que era quien había denunciado los hechos.

El tal Rafael de Molina, de entrada, no era muy de fiar. Ejercía como sacristán menor desde noviembre de 1797, compatibilizando sus obligaciones con la actuación como músico en la capilla de la institución. En los cinco años de ejercicio del cargo, había demostrado andar escaso de cuartos, porque más de una vez había solicitado préstamos y anticipos... Desde julio de 1799 tenía la obligación de limpiar la Sala Capitular, junto a la que se encontraba el Archivo... Aunque denunciante, era pues sospechoso. Y por ello se le interrogó a fondo.

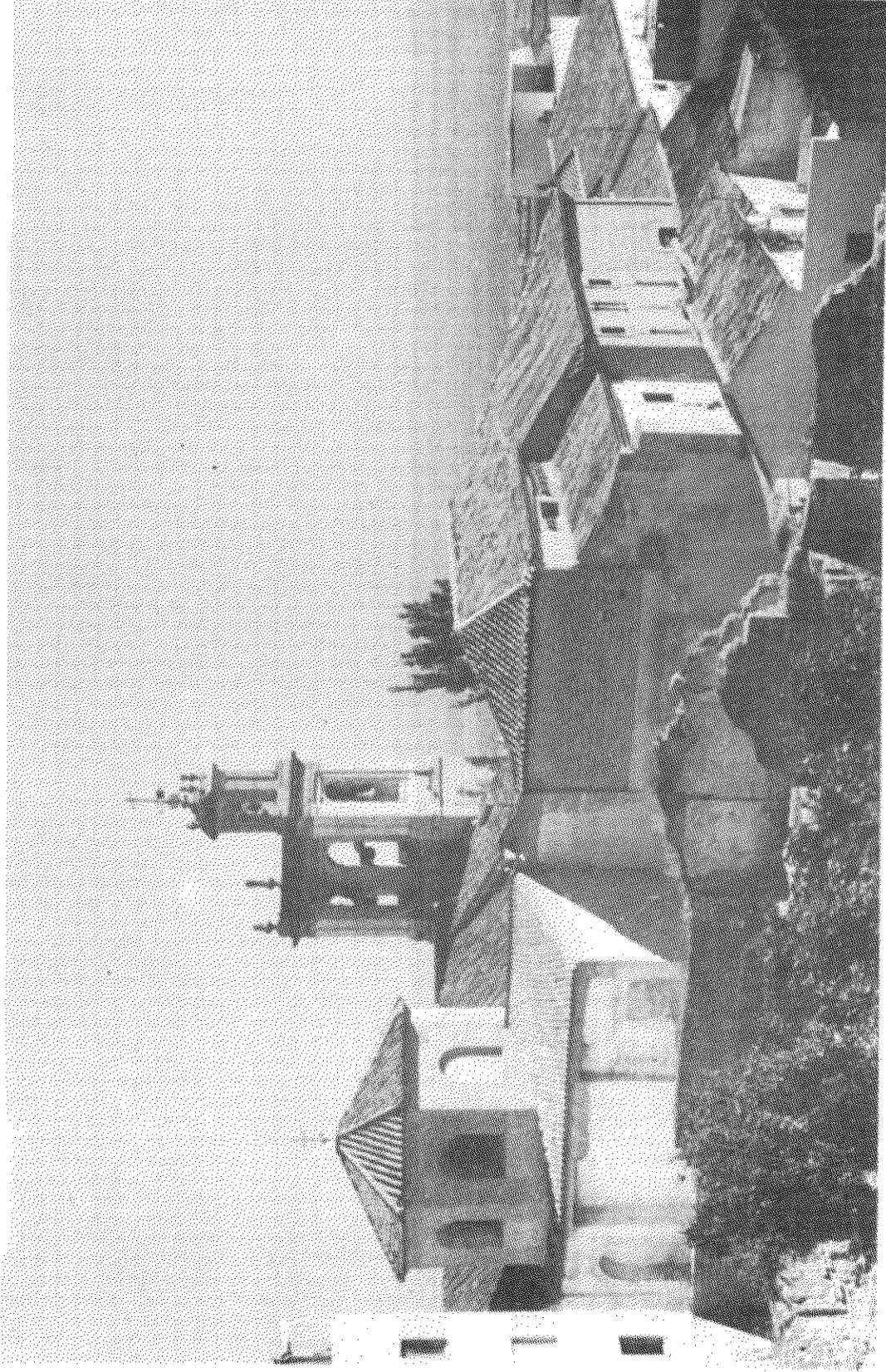
A las preguntas que se le hicieron, con gran aplomo, dijo:

"... Que en la noche del diez y nueve de este mes y como a hora de las ocho y media, salió de la casa de Pedro Sánchez de Alarcón, en la calle Maestra Baja, junto a la esquina de la de San Andrés, para venirse a su vivienda y que bajando por dicha calle de San Andrés vio dos hombres que le pareció que habían salido de la del Alguacil, que está un poco más bajo del frente de la puerta de la iglesia y que al llegar a ésta y poner el pie en la grada, le acometieron dichos hombres que venían embozados en sus capas, con monteras, echado un pico a la cara y uno era más alto y de estatura como algo más de dos varas y el otro más pequeño y por entonces no pudo percibir sus señas, por ser mucha la oscuridad de la noche. Que dichos hombres le sorprendieron diciendo ¡date, pícaro! y les respondió, —¿Qué quieren Vuestas mercedes de mí...?, y el más alto le dijo, —"Si no callas, ¡te mato!..." Que advirtió que traían armas blancas y enseguida el hombre más alto le ató con un cordel los brazos atrás por los molteros, sacándole el pañuelo que tenía en el bolsillo, le vendó los ojos, aunque en ésto tuvo variación Rafael de Molina —advierten sagazmente los jueces— pues después, en las preguntas de inquirir que le fueron hechas, manifestó que los ojos se los habían vendado con el pañuelo, ya por bajo de la bocacalle del Alguacil, entre las dos primeras casas que siguen a dicha bocacalle y lo condujeron hasta aquel sitio, yendo el hombre más pequeño delante del y llevándole asestada un arma blanca al pecho. Que vendados los ojos, según los pasos que dió y la dirección con que lo

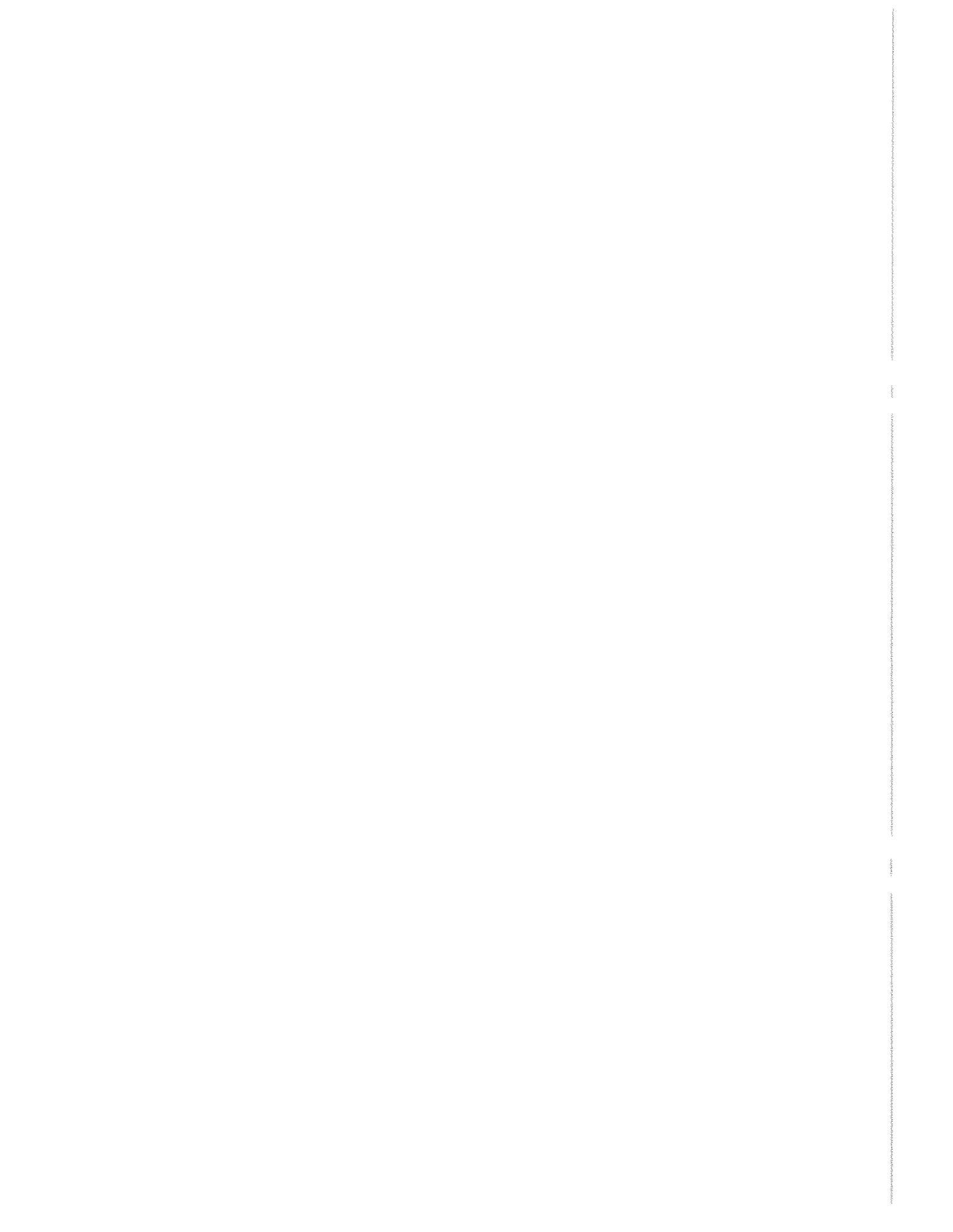
encaminaron, lo pusieron en el Callejón del Gato, donde permaneció como hasta las diez y media. Y en este tiempo, el hombre más pequeño, con frecuencia se llegaba a la salida de dicho callejón para la Calle de San Andrés y el otro le preguntaba, "... Andrés, ¿no viene ese...? y respondía que no. Y una vez añadió el más alto, "... si no estarán allí; si no le habrán dado la herramienta...". Que en el mismo intermedio le preguntó el hombre más alto cuando había habido Cabildo en la Santa Capilla y le respondió, que el domingo anterior; volvió a preguntarle que si había habido voces en él y le dijo que no y le siguió preguntando que si en otros cabildos las había habido y le contestó que sí. Que con estas conversaciones hubo la de haberse desazonado el hombre más alto con la tardanza del que esperaban y que profirió que solo sentía el mal rato que estaba sufriendo el sacristán, a quien preguntó como se llamaba y de donde era natural y que porque suspiró como efecto de la tribulación de aquel lance, le previno que callase y que alargase la mano y tentase y le acercó a ella un arma, que por el tacto conoció ser de tres espinas, la que le expresó le había de meter por la tetilla izquierda si resollaba. Y llegada dicha hora de las diez y media lo trajeron los dos hombres, asido cada uno de un brazo, a la puerta de la iglesia, donde comprendió había ya otro hombre, porque oyó sonar dos herramientas de yerro, una con otra y le dijeron que le importaba la vida en llamar a la puerta como acostumbraba y en no mudar la voz. Y que habiendo llamado, respondió Juana Caballero, su mujer y abrió dicha puerta el acólito Diego Malpica, sobrino de aquella. Y que inmediatamente uno de dichos hombres se abrazó al Malpica y el otro lo llevó por la iglesia asido del brazo. Que al estruendo, su mujer preguntó que era aquello y uno de los hombres se arrojó a ella estando en lo bajo de la escalera de su vivienda, sujetándola del cuello y poniéndole en los ojos el pañuelo que aquella tenía en la cabeza. Y que reparando el Rafael Molina que estaba suelto de los hombres, se quitó el pañuelo de los ojos y se entró en la cajonera y pieza por donde está la entrada para el camarín de N.^a Señora —y vuelven a advertir contradicciones los jueces— en lo que también está vario el susodicho, pues en las preguntas de inquirir manifestó después, que había entrado en la cajonera con los ojos vendados. Y que en ella se desasió los brazos del cordel con las manos, se quitó el pañuelo; en dicha cajonera se quitó también los zapatos y se escondió en la alacena o taca que está inmediata al camarín y atrancando la puerta por dentro, oyó que uno de los hombres preguntaba por él y que decía le

había de quitar la vida. Y su mujer suplicaba no le hiciese daño. Y habiendo llegado a aquel sitio el hombre más alto y su mujer, por los zapatos se enteró aquel de que estaba escondido y con amenazas de muerte le mandó que saliese y su mujer, hincada de rodillas le pidió que no lo ofendiese y a instancias de ésta salió de la taca y entonces vió que el hombre más alto, que tenía luz en la mano, estaba embozado en una capa de paño azul muy servido, que tenía zapatos como de cordobán vuelto, descoloridos y un pañuelo con listas encarnadas puesto por la frente y atado con un nudo por bajo de las narices, en disposición de que uno de los picos le cubriese la cara. Y que habiéndoselo alzado en aquella ocasión, por lo que se descubría de su rostro reconoció que su color era blanco y la nariz larga, aunque no en demasía. Que habiendo salido de aquel paraje, le expresó dicho hombre más alto le diese la llave de la Sala Capitular, para lo que él abrió el escaparate de la sacristía donde se encierra la plata del servicio de la iglesia y existía dicha llave con la de la puerta primera de la Iglesia y escalera. Y al mostrar dicha plata, le suplicó que mirase por Dios a que con sus hermanos tenía dada fianza para la seguridad de aquellas alhajas y que si las quitaban los perdían. A lo que le contestó que no tuviese cuidado, porque solo venían por unos papeles de la Santa Capilla para trasladarlos (copiarlos) y que al día siguiente se volverían bajo secreto de confesión. Y del mismo modo se diría que Rafael Molina no había tenido culpa en nada. Que sacadas dichas llaves, volvió a decirle "...¡Vamos a la Sala Capitular!..." Y al tiempo de abrir la puerta que sale al patio, advirtió Molina que dentro de la iglesia había otro hombre con la montera puesta, que se ocultaba de él y habiéndoles dicho "... Caballeros, miren que están en la iglesia y no es regular tengan puestas las monteras...", aquel más pequeño le respondió desde la escalera de su habitación, "...!Esto no es iglesia...!". Que efectivamente se fue con el más alto a la Sala Capitular, abriendo por sí la expresada puerta de la escalera y la de la misma sala y estando en ella le preguntó al Molina cual era la del Archivo y habiéndosela señalado, profirió "...¡Vámonos abajo...!, lo que hicieron dejando abiertas aquellas puertas de que Molina tenía las llaves y conducido a un cuarto de su habitación, lo dejaron en él con su mujer y el Diego Malpica, quedándose en custodia de ellos a la parte de afuera y con la puerta del cuarto abierta, el otro hombre más pequeño y con este motivo se enteró de que la capa en que estaba embozado era de paño negro raida, que tenía cubierta la cara con una cosa negra, que los zapatos eran tam-

bién negros y que tenía botines de cordobán negro con botones blancos, al parecer de estaño que dicho hombre más bajo volvió a repetir, al ver las exclamaciones de la Juana Caballero, que no tuviesen cuidado, porque solo venían por los enunciados papeles que habían de volver del modo explicado; que el más alto se volvió a la Sala Capitular según advirtió por sus pasos y que por esta misma razón se enteró de que dos o tres veces había venido gente hacia la iglesia desde la mencionada sala y aun le pareció que había sonado la puerta de dicha iglesia, por lo cual pidió al más pequeño, que como queda dicho estaba a la puerta del cuarto, tuviese cuidado por Dios con la iglesia porque había oído la puerta y aunque aquel le aseguró que no era así, no se aquietó el Molina y para satisfacerlo se avino el referido hombre a que fuesen ambos a registrarla, lo que pusieron por obra y bajando Molina la escalera delante de aquel y habiendo éste tropezado, advirtió Molina que una mano de él, que llegó a la suya, era blanca y suave y que efectivamente registraron la puerta de la iglesia y estaba cerrada, con lo que se volvieron al propio cuarto de su habitación. Y pasadas dos horas el hombre alto volvió a aquel sitio y habiendo hablado con el más pequeño, sin que Molina entendiese lo que fue, se bajó el más pequeño y se quedó en aquel paraje el más alto, el cual cerró la puerta echando la llave por fuera y dejó asegurados de este modo a Molina, su mujer y Malpica y el Rafael le preguntó si no se acababa aquella operación y su respuesta fue decirle que ya se hubiera concluido sino hubiera sido necesario enviar por una barrena. Y el repetido hombre profirió que si hubiera sabido como estaba la puerta, no se hubiera metido en tal cosa y se quejó de quien lo había persuadido para ello y después principiaron los golpes y estruendo en la puerta del Archivo, con lo cual la Juan Caballero volvió a exclamar sobre que los perdían y el hombre más alto a asegurarles que no les había de venir perjuicio y que así podía jurarlo delante de un Santo Cristo. Que siendo como las dos y media, expresó el propio hombre más alto: "... —Rafael, los compañeros dicen que digas donde está el tesoro de la Santa Capilla y que sino te matan. Y yo he dicho que no...". Y a breve rato volvió a decirle: "...—Rafael, luego que pase un poco de tiempo baja y cierra la puerta de la iglesia, que nos vamos. Y ¡cuidado con lo que haces!...". Y para poder hacerlo le pidió que desechase la llave de la puerta del cuarto, como lo hizo. Que el Molina y su mujer bajaron y registraron la de la Iglesia que encontraron entornada y la cerraron. Subieron a la Sala Capitular y no pasaron de su inmediación porque vieron el



Vista posterior del conjunto de San Andrés y Santa Capilla. - (Fotografía de Pedro Casañas Llagostera).



destrazo de la puerta del Archivo y se encerraron en la sacristía, donde permanecieron hasta que vino el día, pues entonces salió a dar cuenta del suceso a los señores Gobernador y Administrador..."

La declaración del sacristán, aunque prolija y detallada, ofrece como en una película de intriga y misterio, una incitante y rocambolesca aventura, llena de puntos oscuros.

Los jueces recogieron como pruebas del delito, el cordel con que habían atado al sacristán y un talego de lienzo, que una muchacha entregó al alguacil Vicente Pérez, asegurando lo había hallado junto al púlpito de la Santa Capilla.

La inspección ocular practicada en la puerta del Archivo fue minuciosa y dió el resultado siguiente:

"...que la estera que pisa el escaño inmediato a dicha puerta por el lado de la engoznadura, estaba retirado de su sitio como media cuarta y sobre él el extremo de la estera, arrugada ésta. Y en el suelo delante de la puerta se encontraron cinco chapas de los remates de los clavos de las cerrajas y algunos de éstos, manifestándose que habían sido como las chapas, arrancados con violencia y unas astillas de madera sacadas de la pieza que tenía el marco de la puerta junto a la cerraja más baja y otra anilla delgada, como de media vara, del mismo marco y en la puerta se halló pendiente de un solo clavo la cerraja más alta y a la parte de adentro, en el suelo, la otra cerraja, más diferentes clavos de las chapas de yerro donde entran los pasadores de las cerrajas, todo ello ladeado, indicando que se habían desprendido violentamente. Después se vio sobre la mesa que estaba en medio de la pieza del Archivo, un cajón de éste y una de las dos cerrajas de sus puertas y en el suelo los dos libros de entrada y salida y existencia de caudales de la Santa Capilla y Patronatos. Las puertas de dicho archivo estaban abiertas, desprendidas de la falleba las dos manos o pestillos que entran en las cerrajas y hechados los pasadores de éstas y encorvada dicha falleba, manifestándose que había sido violentado con una palanqueta de yerro..."

Reconocido el Archivo, no se advirtió la falta de papel alguno. Y únicamente se observó la desaparición de un talego que contenía 2.070 reales, 8 maravedís, cantidad correspondiente al caudal de la Santa Capilla y 72 reales que había en la gaveta del Patronato de Diego Madrigal.

Extrañó a todos, que estando inmediatos otros cajoncitos donde

había 12.892 reales y 10 maravedís correspondientes al Pósito de Luis de Aguilar y 15.151 reales, 32 maravedís propios de los Patronatos de Juan Ramiro y Maestro Palomino, no hubieran tocado suma tan cuantiosa, y que solo hubieran sustraído precisamente el contenido del cajón más alto " *... a donde cuesta trabajo alcanzar...* ".

Los actuantes, algo mosqueados, decidieron hacer un registro en la vivienda del sacristán, "*... por ver si se le encontraba alguna herramienta con que se pudiera haber hecho el quebrantamiento, a causa de ser su ejercicio carpintero...*". No se encontró nada. De todas formas, los jueces determinaron su arresto domiciliario, disponiendo que la mujer quedara recluida en la casa de Andrés Extremera y su sobrino, el acólito, en la de D. Cristóbal Guerrero, para que estuviesen todos incomunicados hasta que se les tomara declaración. Ya eran las once de la noche y se hacía forzoso suspender las actuaciones que estaban siendo muy fatigosas "*... por lo mismo, se dispuso comida para todos y se dió de beber decentemente...*". ¡Qué ya estaba bien el día...!

Por su parte, los señores que formaban el Ilustre Gobierno, una vez calmados los ánimos, acordaron que lo más prudente era dejar actuar a la Justicia. Muy finamente, dispusieron que se gratificara a los dependientes por los trabajos y fatigas que tomaran en las averiguaciones, comisionando para ello a D. Pedro de Vargas y D. José Toral.

Luego de mucho platicar, llegaron a la conclusión de "*... no ser decoroso a este Ilustre Cuerpo presentarse en los tribunales con acusaciones criminales a que deban recaer las mayores penas...*". El robo se penaba en aquellos días con dura severidad y no resultaba muy ejemplar, que la Santa Capilla anduviese en boca de las gentes como la inductora de unas actuaciones que podían llevar a unos pobres diablos a colgar de la horca en la Plaza del Mercado.

Se decidió pues, dejar que la Justicia Civil siguiera curso a su aire. Y que si se solicitaba que la Santa Capilla se personara en la causa, no se hiciera otra pretensión que informar de las graves penas canónicas en que según las bulas y privilegios pontificios incurrían quienes usurpaban los bienes de la institución, así como que en caso de aparecer los ladrones, se les obligara a resarcir lo robado y el destrozo causado en las puertas...

Y que mejor era no menear más las cosas. Y dado que era tercer domingo de Noviembre, y estaba convocado el Cabildo General de

elecciones, a él se dedicaron, procurando que el tema no trascendiera y obviando cualquier alusión a tan desagradable incidente.

La Justicia, en sus averiguaciones, poco sacó en claro.

El Gobierno de la Santa Capilla, como una vez analizado el suceso, ya se maliciaba el origen de la cuestión, empezó a tomar sus medidas.

En 5 de Diciembre, llamó a capítulo al sacristán Rafael Molina y el Sr. Gobernador en presencia de todo el Ilustre Gobierno, le leyó la cartilla. Le prohibió cualquier salida de las dependencias, sin contar con la autorización previa de los Jueces. Y se le advirtió que en lo sucesivo se abstuviera de estar zascandileando por las calles al anochecer. Que antes de las oraciones ya estuviera recogido en su vivienda y que no abriera la iglesia, ni mantuviera comunicación con nadie, "*salvo para asunto de sacramentos*".

También se llamó al receptor y se le exigió severamente que en un plazo límite de ocho días, entregara las cuentas puestas al día y saldara el débito que mantenía con la Santa Capilla por valor de 20.000 reales. Que como ambas cosas se le estaban pidiendo desde el mes de julio anterior, ya se había terminado la paciencia de sus señorías.

El receptor fue menos humilde que el sacristán. De inmediato, se hizo el sueco ante los requerimientos, por lo que cumplido el plazo, el Ilustre Gobierno lo declaró suspenso de empleo y sueldo y volvió a reclamarle los libros y por supuesto, los 20.000 reales.

Debía ser un tipo contumaz, porque en lugar de amilanarse, les plantó cara y empezó a litigar ante la Real Chancillería de Granada.

Con tanto trajín, el asalto al Archivo empezó a olvidarse. Y los ladrones continuaron en ignorado paradero.

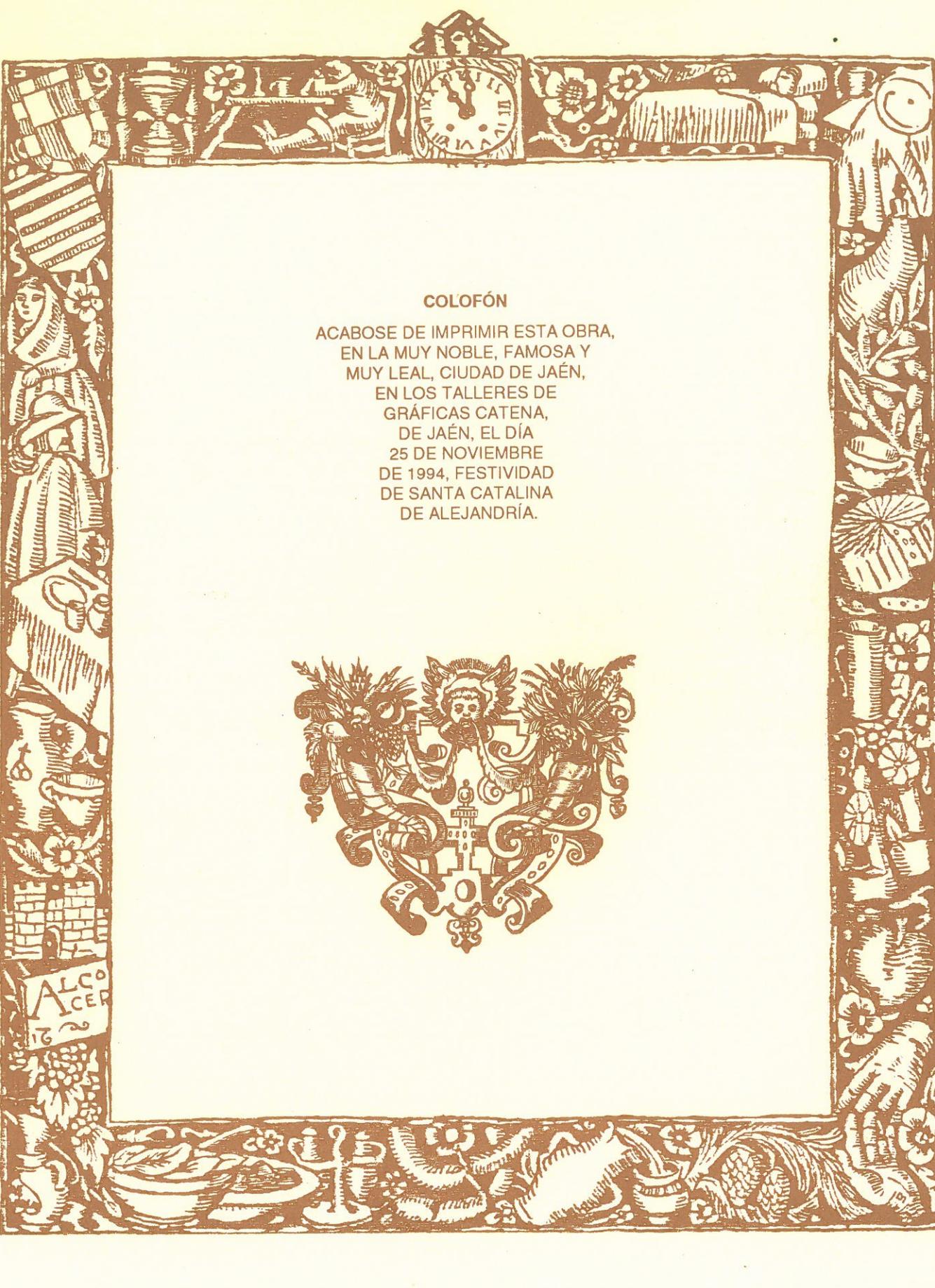
Las malas lenguas decían por lo bajini, que todo había sido un montaje del sacristán, que acuciado por las deudas había simulado el atraco para echarle el guante al taleguillo y remediar así sus incurias familiares. No lo debía creer así el Gobierno de la Santa Capilla, que le mantuvo en el ejercicio del cargo hasta que en Marzo de 1812, un "cólico miserere" lo llevó a mejor vida. ¡Dios le haya perdonado!

Otros, más sagaces o con peor intención, aseguraban que detrás de los enmascarados, andaba la mano larga de D. Juan Ibáñez Colomo, el

receptor, que buscaba desesperado un recurso para justificar la oscuridad de sus cuentas y el saldo deudor de los dichosos 20.000 reales. No debían ir muy descaminados. Porque agotada la santa paciencia del Ilustre Gobierno y luego de mucho pleitear, en Enero de 1808 se decidió cesarle sin contemplaciones, después de seis largos años de líos y disgustos.

La llegada a poco de los franceses y los quebraderos de cabeza que dio la Guerra de la Independencia, acabaron de echar tierra al turbio asunto del que no volvió nadie a acordarse.

Pero como la historia es implacable, en un venerable infolio cubierto de roído pergamino, se dejó constancia escrita del suceso. Que nosotros hemos resucitado como fiel comprobante de que en este mundo de pícaros y pecadores, granujas siempre los hubo.



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA MUY NOBLE, FAMOSA Y
MUY LEAL, CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE
GRÁFICAS CATENA,
DE JAÉN, EL DÍA
25 DE NOVIEMBRE
DE 1994, FESTIVIDAD
DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.

